Alianza Universidad

Alvin W.
Gouldner

El futuro de los intelectuales y el ascenso de la Nueva Clase

Un marco de referencia, tesis,
conjeturas, argumentos y
una perspectiva histórica sobre
el papel de los intelectuales y la intelligentsia
en la lucha de clases internacional
de la Era Moderna

Versión castellana de
Néstor Míguez

Alianza
Editorial

Título original:
The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class

Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-2256-7
Depósito legal: M. 40.423-1979
Compuesto en Fernández - Oudrid, 11 - Madrid-20
Impreso en Hijos de E. Minuesa, S. L.
Ronda de Toledo, 24 - Madrid-5
Printed in Spain

INDICE

AGRADECIMIENTO

Durante el verano de 1977 dirigí un seminario en la Universidad de Washington patrocinado por la Fundación Nacional para las Humanidades, en el cual discutí todo el conjunto de tesis sobre la Nueva Clase presentadas aquí con algunas revisiones. Los estudiosos que asistieron al seminario, cuyas críticas agradezco, fueron: Andrew Arato, Rod Camp, Richard Colvard, Cornelis Disco, Geoffrey Fox, Suren Gupta, Joseph Healy, Will Keim, Khalil Nakhlel, John Neumaier, Roger Newcomb y Edward Price. Aproveché la oportunidad de discutir las tesis con colegas de la Universidad de Zagreb, la Universidad de Copenhague, el Instituto de Estudios Superiores de Viena y la Escuela de Economía de Estocolmo, mientras estuve dando conferencias en Europa durante el otoño de 1977. Agradezco particularmente la ayuda de Robert McAulay, Judy Green y Janet Walker Gouldner. Los errores y lagunas que subsisten en este libro son totalmente míos.

Sed ladrones y conquistadores mientras no podais ser gobernantes y propietarios, ¡oh, vosotros los amantes del conocimiento! Pronto pasará el tiempo en que podais contentaros con vivir como tímidos venados, ocultos en los bosques. Por fin la búsqueda del conocimiento volverá por sus fueros: ¡querrá *gobernar* y *poseer*, y vosotros con ella!

Nietzsche, *La gaya ciencia*

El descontento entre las clases inferiores puede producir una seria enfermedad, para la que tenemos remedios; pero el descontento entre la minoría culta lleva a una enfermedad crónica, cuyo diagnóstico es difícil y la cura prolongada.

Otto von Bismarck, *Werke*, XIII, 563

INTRODUCCION

En todos los países que en el siglo XX llegaron a formar parte del orden socioeconómico mundial naciente, una Nueva Clase compuesta de intelectuales y la *intelligentsia* técnica —que no son iguales— entra en conflicto con los grupos que ya controlan la economía de la sociedad, sean empresarios o líderes políticos. Una nueva lucha de clases y un nuevo sistema de clases está surgiendo lentamente en el Tercer Mundo de las naciones en desarrollo, en el segundo mundo de la U.R.S.S. y sus Estados clientes, y en el primer mundo del capitalismo tardío formado por América del Norte, Europa Occidental y Japón.

La evolución histórica temprana de la Nueva Clase en Europa Occidental, su aparición en la esfera pública como estrato social estructuralmente diferenciado y (relativamente) autónomo, puede ser considerada en términos de ciertos episodios críticos. Lo que sigue sólo es un inventario sinóptico de *algunos* episodios decisivos en la formación de la Nueva Clase.

1. Un proceso de secularización por el cual la mayoría de la *intelligentsia* ya no es educada por una organización eclesiástica dentro

de la cual vive y a cuya supervisión está sujeta, separada por ende de la vida cotidiana de la sociedad [1].

La secularización es importante porque quita carácter sagrado a las pretensiones de autoridad y facilita los desafíos a las definiciones de la realidad social de autoridades tradicionales vinculadas a la iglesia. La secularización es importante también porque es una infraestructura sobre la cual se desarrolla la gramática moderna de la racionalidad, o cultura del discurso crítico, con su característico énfasis en la autofundamentación, en el sentido de Martin Heidegger del «proyecto matemático» [2].

2. Un segundo episodio en el surgimiento de la Nueva Clase es la aparición de las diversas lenguas vernáculas, la correspondiente declinación del latín como lengua de los intelectuales y, sobre todo, de su producción erudita. El latín se convierte en un ritual, más que en un lenguaje técnico. Este proceso disuelve aún más la membrana separatoria entre la vida cotidiana y los intelectuales, clericales o seculares.

3. Se produce la quiebra del sistema feudal y del antiguo régimen de las relaciones personalizadas de *patronato* entre la vieja élite hegemónica y los miembros individuales de la Nueva Clase como productores de cultura, y

4. El correspondiente desarrollo de un *mercado* anónimo para los productos y servicios de la Nueva Clase, lo cual permite a ésta vivir independiente, libre de la estrecha supervisión y los *controles personalizados de los patrones*. Junto con la secularización, esto significa que la residencia y el trabajo de los intelectuales son ahora menos estrechamente supervisados por otros.

   Ahora pueden más fácilmente tomar iniciativas personales en la esfera pública, política, y tener al mismo tiempo una vida «privada».

5. El carácter y el desarrollo de la naciente Nueva Clase también dependió en grado importante de la estructura multinacional del orden político europeo. El hecho de que Europa no fuese un solo imperio con una autoridad central capaz de imponer un único conjunto de normas en todo su territorio, sino un sistema de estados rivales y autónomos con culturas y religiones diversas, hizo que los intelectuales, científicos y teólogos disidentes pudieran proteger —y protegieron— sus innovaciones intelectuales emigrando de su patria cuando las condiciones se hacían insoportables en ella y estableciéndose en tierras extranjeras. El forzado viaje de los intelectuales exiliados les permitió incluso entrar en una red de comunicación de amplitud europea. En un artículo (todavía inédito), Robert Muthnow ha sostenido que los viajes a menudo extensos llevaron a muchos intelectuales a compartir una identidad cosmopolita que trascendía de los límites nacionales y reforzaba su autonomía de las élites locales.

[1] No es mi intención sugerir que los intelectuales modernos sólo son la contrapartida secular de los clérigos. En verdad, lo que deseo hacer resaltar (a diferencia, por ejemplo, de Edward Shils, quien parece considerar a los intelectuales como sacerdotes *manqués*) es la discontinuidad que hay entre unos y otros.

[2] Un extenso desarrollo de esta cuestión se hallará en el capítulo 2, especialmente páginas 69-70, de mi *La Dialéctica de la ideología y la tecnología*.

6. Un sexto episodio en la formación de la Nueva Clase es la desaparición del extenso sistema de familia patriarcal y su reemplazo por la familia nuclear más pequeña. A medida que las mujeres de la clase media se cultivaron y emanciparon, pudieron desafiar en forma creciente la autoridad paterna y alinearse junto a sus hijos en la resistencia contra ella. Con el declinar de la autoridad paterna y la creciente influencia materna, las tendencias a la autonomía de los hijos son ahora más difíciles de reprimir; la hostilidad y la rebelión contra la autoridad paterna se hace entonces más manifiesta. En concordancia con esto, la autoridad paterna halla crecientes dificultades para imponerse y reproducir sus valores sociales e ideologías políticas en los hijos.

7. Después de la Revolución Francesa, se produce en muchas partes de Europa, sobre todo en Francia y Alemania, una profunda reforma de la educación *pública*, no controlada por la iglesia, y (relativamente más) *multiclasista*, en los niveles inferiores como en los colegiales, politécnicos y universitarios. Por una parte, la educación superior en la escuela pública se convierte en la base institucional para la producción *en masa* de la Nueva Clase de *intelligentsia* e intelectuales; por otra, la expansión de la enseñanza pública primaria y secundaria incrementó mucho los trabajos disponibles para la Nueva Clase.

   En su calidad de maestros, los intelectuales llegaron a ser definidos, y a definirse a sí mismos, como responsables por la

sociedad en su *conjunto* y «representantes» de ella[3], no obligados a ser fieles a los intereses de clase de sus alumnos o sus padres. Como maestros, no se considera que tienen la *obligación* de reproducir los valores paternos en los hijos. Los maestros públicos desplazan a los tutores privados.

8. El nuevo sistema educacional estructuralmente diferenciado está cada vez más aislado del sistema familiar y se transforma, entre los estudiantes, en una importante fuente de valores, divergentes de los de sus familias. La socialización del joven por su familia recibe ahora la mediación de un grupo *semi*autónomo de maestros.

9. A la par que la educación pública en aumento limita la influencia familiar sobre la educación, también aumenta la influencia sobre ella del Estado. Así, el sistema educacional público se convierte en una importante influencia *cosmopolizante* sobre los estudiantes, con un concomitante alejamiento de los intereses y valores *localistas*.

10. Asimismo, el nuevo sistema escolar se está transformando en un importante encuadre para la conversión lingüística intensiva de los estudiantes del lenguaje casual al lenguaje reflexivo, o (en términos de Basil Bernstein) de los códigos lingüísticos «restringidos» a los códigos lingüísticos «elaborados»[4], a una cultura

[3] Sin duda, algunos sostendrán que esto es una «falsa conciencia», pero sería erróneo. Lo que me interesa aquí son sus definiciones de su rol social, precisamente porque ellas influyen en la manera como los desempeñan. Como W. I. Thomas y Florian Znaniecki han afirmado hace tiempo (correctamente), una cosa definida como real es real en sus consecuencias. Además, el Estado que emplea a la mayoría de esos maestros está interesado en consolidar el vínculo de los maestros y estudiantes con él, no el vínculo con los padres de los estudiantes.

[4] Véase Basil Bernstein, *Class, Codes and Control*, vol. 1, *Theoretical Studie Towards a Sociology of Language* (Londres, 1971); vol. 2, *Applied Studies Towards a Sociology of Language* (Londres, 1973); vol. 3, *Towards a Theory of Educational Transmission* (Londres, 1975). La teoría de Bernstein es usada aquí en una apropiación crítica facilitada por la obra de Dell Hymes y William Labov. Mi crítica de Bernstein aparece, al menos tácitamente, en mi *Dialéctica de la ideología y la tecnología*, pp. 89-97. Si bien Labov ha criticado acerbamente a Bernstein, también él destaca la importancia del lenguaje autocontrolado y de la *reflexividad* lingüística en general (esto es, no sólo de la pronunciación cuidadosa), con lo cual coincide con el énfasis de Bernstein en la reflexividad como característica de la variante lingüística elaborada que la distingue de la variante restringida. Véase William Labov, *Sociolinguistic Patterns* (Filadelfia, 1972), p. 208.

del discurso en que las afirmaciones y aserciones *no* pueden ser justificadas por la referencia al status social del hablante. Esto tiene la profunda consecuencia de hacer potencialmente problemáticas todas las afirmaciones basadas en la *referencia a la autoridad*.

11. Esta nueva cultura del discurso a menudo diverge de los supuestos fundamentales de la vida cotidiana y tiende a ponerlos en tela de juicio, aunque estén vinculados con las clases superiores. Estos modos de lenguaje inculcados por la escuela son también (relativamente) variantes lingüísticas ajenas a la situación. Esta libertad con respecto a la situación es reforzada aún más por la «revolución en las comunicaciones» en general, y por el desarrollo de la técnica de la imprenta en particular. Con la difusión de los materiales impresos, las definiciones de la realidad social de que disponen los intelectuales pueden ahora provenir cada vez más de personas *distantes*, de grupos geográfica, cultural e históricamente distantes, y hasta de personas muertas, y por lo tanto pueden discrepar mucho de cualquier entorno local en el que sean recibidas. Las definiciones de la realidad social ofrecidas por las élites locales pueden ahora ser odiosamente contrastadas con las definiciones dadas en otros lugares y tiempos.

12. Con la difusión de las escuelas públicas, aumentó la alfabetización; los intelectuales humanistas perdieron su exclusividad y su posición de mercado privilegiada, y ahora experimentan una disparidad de status entre su «elevada» cultura, según ellos la consideran, y su prestigio, su reputación, sus ingresos y su poder social inferiores. La posición social de los intelectuales humanistas, *particularmente en una sociedad tecnocrática e industrial*, se hace más marginal y alienada que la de la *intelligentsia* técnica. La Nueva Clase se diferencia internamente.

13. Finalmente, un episodio importante en el surgimiento de la *intelligentsia* moderna es la forma cambiante de la *organización* revolucionaria. La revolución misma se convierte en una tecnología que debe ser ejercida con «racionalidad instrumental». La organización revolucionaria evoluciona de una sociedad secreta ritualista, cuyos miembros están ligados por juramento, al moderno partido de «vanguardia». Cuando el *Manifiesto Comunis-*

ta señala que los comunistas no tienen nada que ocultar[5], lo que se propone es exactamente aparecer en la vida pública. Esta obra fue escrita por Marx y Engels para la «Liga de los Comunistas», nacida de la «Liga de los Justos», que a su vez descendía de la «Liga de los Proscritos». Este último grupo de emigrantes alemanes en París tenía una estructura piramidal, hacía una tajante distinción entre miembros superiores e inferiores, vendaba los ojos a sus miembros durante las ceremonias de iniciación, usaba signos y consignas de reconocimiento, y ligaba a sus integrantes por juramento[6]. La organización de vanguardia, en cambio, desritualiza la participación e incluye elementos de la «sociedad secreta» y del partido político público. En la organización de vanguardia, lo público se refiere a la disponibilidad pública de la *doctrina*, no a la accesibilidad de la organización o de sus miembros a la inspección pública. Aquí lo «público» entraña el rechazo por la organización de «doctrinas secretas» sólo conocidas por una élite de la organización, como, por ejemplo, la doctrina de Bakunin de una élite dictatorial de anarquistas[7]. La moderna estructura de vanguardia fue expuesta por primera vez claramente en el libro de Lenin *¿Qué hacer?* Aquí se sostiene llanamente que el proletariado no puede por sí mismo desarrollar una conciencia *socialista,* sino que se la debe procurar de una teoría científica elaborada por la *intelligentsia*[8]. El partido de «vanguardia» expresa la modernización y las ambiciones de élite de la Nueva Clase, y es también un esfuerzo dirigido a superar sus limitaciones políticas. El llamado de Lenin a la formación de revolucionarios «profesionales», como núcleo de la vanguardia, es una retórica que contiene la tácita promesa de una vida de *carrera* que invita a los miembros jóvenes de la Nueva Clase a «normalizar» la existencia revolucionaria.

[5] Por ejemplo, «los comunistas no ocultan sus ideas y objetivos. Declaran abiertamente...» *(Manifiesto Comunista,* Chicago, 1888, edición inglesa autorizada a cargo de Engels, p. 58).

[6] Véase E. Hobsbawm, *Primitive Rebels* (Manchester, 1959), pp. 167 y ss. [Trad. castellana, *Rebeldes primitivos,* Barcelona, 1970.]

[7] Una doctrina secreta es aquella que, reservada sólo para la élite de la organización, sólo puede darse a conocer a las personas después de que éstas se incorporen a la organización y alcancen cierta posición dentro de ella. Por ello, una doctrina secreta nunca es, inicialmente, un *motivo* para unirse a la organización.

[8] La obra *¿Qué hacer?* fue publicada originalmente en 1902.

Volveré con mayor detalle a *algunos* de los episodios críticos que acabamos de inventariar. Lo que intentamos hacer sobre todo es ofrecer un marco de referencia dentro del cual pueda ser situada la Nueva Clase, con algunas indicaciones sobre la labor intelectual —teórica y empírica— que es necesario llevar a cabo para comprender a la Nueva Clase como fenómeno histórico mundial. En vez de considerar a la Nueva Clase como si estuviera compuesta solamente de técnicos e ingenieros, nos esforzaremos por esbozar una teoría *general* de la Nueva Clase que abarque *tanto* a la *intelligentsia* técnica *como a* los intelectuales. En lugar de concentrarme sólo en los Estados Unidos parroquialmente, me interesa la Nueva Clase en el capitalismo tardío y en el socialismo de Estado autoritario de la U.R.S.S., sin defender o suponer una tesis de «convergencia» más general. Sostendré que los dos cimientos teóricos más importantes que se necesitan para una teoría general de la Nueva Clase son: primero, una teoría sobre su conducta lingüística distintiva, su cultura distintiva del discurso; y, segundo, una teoría general del capital, de la cual el «capital humano» de la Nueva Clase y el capital dinerario de la vieja clase sean casos especiales.

El análisis que sigue se funda en lo que sólo puedo llamar mi propia versión de una sociología «neohegeliana», un neohegelianismo que es «de izquierdas», pero ciertamente no es «joven». Es un hegelianismo de *izquierdas* por cuanto sostiene que el conocimiento y los sistemas de conocimiento son importantes para moldear los productos sociales, pero, lejos de considerar éstos como esencias eternas desencarnadas, los ve como la ideología de clases sociales especiales; y si bien está dispuesto a creer que el conocimiento es una de las mayores esperanzas que tenemos para una reconstrucción social humana, también ve nuestros sistemas de conocimiento como fuerzas configuradas históricamente que tienen límites y, en verdad, patologías.

Como todo objeto social, la Nueva Clase puede ser definida en términos de su valor, o bondad, imputado y su poder imputado[9]. En

[9] Me baso aquí en el análisis de las dimensiones del significado común a los objetos sociales que se halla en la precursora labor de Charles Osgood y sus colaboradores. Estas investigaciones han encontrado reiteradamente tres dimensiones: bien/mal, debilidad/fuerza y actividad/pasividad. En *La Crisis de la sociología occidental,* propuse una condición de *equilibrio* para las dos primeras dimensiones, al hablar allí de mundos sociales culturalmente permitidos y no permitidos, y al definir estos últimos en términos de una disonancia entre el bien/mal y la debilidad/fuerza imputados. «Normalizar» es lograr ver un mundo no permitido como si fuera permitido, es decir, eliminar la disonancia. Véase A. W. Gouldner, *The Coming Crisis of Western Sociology* (Nueva York,

la mayoría de las gramáticas culturales se supone que un mundo social «normal» es aquel en el que los poderosos son buenos, y los malos, débiles. La tentación de ver el mundo de esta manera, de *normalizarlo*, es difícil de resistir, y se observa su presencia en algunas concepciones de la Nueva Clase. Así, Noam Chomsky considera a la Nueva Clase como cínicamente corrupta *y* débil, dócil herramienta en manos de otros. A la inversa, John Galbraith juzga la *intelligentsia* técnica productivamente benigna *y* ya dominante. Tales juicios llevan el sello (aunque en direcciones diferentes) de tendencias normalizadoras y, por lo común, deben ser sospechosos.

En contraste con tales tendencias normalizadoras, una sociología hegeliana de izquierdas acepta la disonancia como parte de la realidad. No supone que los fuertes son buenos, o los malos débiles. Acepta la posibilidad de que los que se están haciendo más fuertes —como la Nueva Clase— y a quienes el futuro *puede* pertenecer no sean siempre los mejores y, en verdad, quizá sean moralmente ambiguos.

Hay, pues, varias concepciones distinguibles de la Nueva Clase:

1. *La Nueva Clase como formada por Tecnócratas Benignos:* Aquí se juzga a la Nueva Clase como una nueva élite histórica ya poseedora de influencia institucional, que usa de modos benignos para la sociedad; es más o menos inevitable y fiable; por ejemplo, Galbraith [10], Bell [11], Berle y Means [12].
   (Sed contra: Esta concepción oscurece el hecho de que la Nueva Clase defiende egoístamente sus intereses creados especiales. Además, el poder de la Nueva Clase se halla hoy escasamente afirmado. Esta tesis también ignora los límites de la racionalidad de la Nueva Clase.)

2. *La Nueva Clase como Clase Dominante:* En esta concepción se contempla la Nueva Clase como otro momento de una permanente circulación de las élites históricas, como una *intelligentsia* socialista que trae poco de nuevo al mundo y sigue explotando al resto de la sociedad como lo hacía la vieja clase, sólo que ahora usa la educación, en lugar del dinero, para explotar a otros: Bakunin [13] y Machajski [14]. *(Sed contra:* La Nueva Clase tiene mayor unicidad y discontinuidad históricas que lo que esta concepción supone; si bien protege sus propios intereses especiales, no está sujeta a los mismos *límites* que la vieja clase y, al menos transitoriamente, contribuye a satisfacer necesidades sociales.)

3. *La Nueva Clase como Aliada de la Vieja Clase:* En este enfoque, la Nueva Clase es vista como un grupo benigno de «profesionales» dedicados a su labor que elevará a la vieja clase (adinerada) de un grupo venal a una élite orientada hacia la colectividad y que, al fundirse con ella, creará una nueva élite benéfica que guardará continuidad con el pasado, pero será mejor que él: Talcott Parsons [15].
   (Sed contra: Ninguno de estos grupos es en especial un agente moralmente comprometido; la vieja clase está obligada a proteger sus beneficios, la Nueva Clase saca provecho de su educación. Inmersa en el presente, esta concepción pasa por alto el hecho de que cada una de ellas está dispuesta a explotar a la otra, si es necesario, y muestra poca comprensión de los profundos —aunque diferentes— límites impuestos a la racionalidad y la moralidad de cada uno de estos grupos, y de las grandes tensiones que hay entre ellos.)

4. *La Nueva Clase como Sirvienta del Poder:* En esta concepción se juzga la Nueva Clase como sometida a la vieja clase (adinerada), que sigue conservando el poder tanto como siempre, y sencillamente utiliza a la Nueva Clase para mantener su dominación sobre la sociedad: Noam Chomsky [16] y Maurice Zeitlin [17].
   (Sed contra: Esta concepción ignora la historia revolucionaria del

1970), especialmente pp. 484-88. Sobre las primeras investigaciones de Osgood, véase Charles E. Osgood, George Suci y Percy Tannenbaum, *The Measurement of Meaning* (Urbana, 1957).

[10] *The New Industrial State.*

[11] *The Coming of Post-Industrial Society.*

[12] *The Modern Corporation and Private Property.*

[13] «Es lógico que quien sabe más domine a quien sabe menos.» M. Bakounine, *Oeuvres*, vol. 5 (París, 1911), p. 106.

[14] Sobre los escritos de Machajski, véase p. 99.

[15] Talcott Parsons, *The Social System* (Glencoe, 1951), capítulo 10 [trad. castellana: *El sistema social*, Madrid, 1976]; *Essays in Sociological Theory* (Glencoe, 1954), capítulo 18; «The Professions», *International Encyclopedia of Social Sciences* (Nueva York, 1968).

[16] Aunque Chomsky expone su posición en varios de sus escritos, me basaré aquí en su formulación más reciente en la conferencia Huizinga «Los intelectuales y el Estado», pronunciada en Leiden el 9 de octubre de 1977. Las citas están tomadas del ejemplar manuscrito. Cf. N. Chomsky, *American Power and the New Mandarins* (Nueva York, 1969).

[17] Maurice Zeitlin, «Corporate Ownership and Control: The Large Corporations and the Capitalist Class», *American Journal of Sociology*, marzo de 1974, pp. 1073-1119.

siglo XX, en la que los elementos radicalizados de la Nueva Clase desempeñaron un importante papel de liderazgo en las revoluciones principales de nuestro tiempo. Da demasiada importancia a los intereses comunes que unen a la Nueva y la vieja clase, y pasa por alto sistemáticamente las tensiones que existen entre ellas; ignora el hecho de que la eliminación de la vieja clase es una opción histórica que se abre ante la Nueva Clase. Esta concepción estática subestima el crecimiento, en número e influencia, de la Nueva Clase. Esta tesis es también inesperadamente marcusiana, al exagerar las perspectivas de continuidad de la vieja clase; realmente, considera que la vieja clase no tiene opositores efectivos, ni en la Nueva Clase ni en la vieja clase enemiga, el proletariado. Así, termina por ver aún menos cambios sociales en perspectiva que la concepción de Parsons.)

5. *La Nueva Clase como Agrietada Clase Universal (mi propia concepción):* La Nueva Clase es elitista y egoísta; usa su conocimiento especial para promover sus intereses y su propio poder, y para controlar su propia situación laboral. Sin embargo, la Nueva Clase puede también ser la mejor carta que la historia nos ha dado para jugar. El poder de la Nueva Clase está creciendo. Es sustancialmente más poderosa e independiente de lo que supone Chomsky, aunque mucho menos de lo que afirma Galbraith, quien parece mezclar la realidad actual con la posibilidad futura. El poder de esta Nueva Clase moralmente ambigua está en ascenso y tiene una hipoteca sobre, al menos, *un* futuro histórico.

En mi propia sociología hegeliana de izquierdas, los portadores de conocimiento de la Nueva Clase son contemplados como una embrionaria nueva «clase universal», como la encarnación prefigurada del futuro que aún tiene la clase obrera. Es la parte de la clase obrera que sobrevivirá a las aplicaciones de la cibernética. Al mismo tiempo, una sociología hegeliana de izquierdas también afirma que la Nueva Clase está profundamente agrietada como clase universal. Además, la Nueva Clase no es un objeto unificado o una totalidad inconsútil; también ella tiene sus propias contradicciones internas. Es una clase internamente dividida, con tensiones entre la *intelligentsia* (técnica) y los intelectuales (humanistas). No hay por qué alegrarse, pues la mía es una crítica de la Nueva Clase que no considera su creciente poder como inevitable, que la juzga moralmente ambivalente, que encarna el interés colectivo pero en forma parcial y transitoria, mientras simultáneamente promueve sus propias ventajas gremiales.

Nota Terminológica: Hay quienes se espantarán (y hasta encolerizarán) de que a la Nueva Clase yo la llame una «clase», y quienes insistirán en que no se trata realmente de una clase. Mi actitud ante esta cuestión es, si puedo decirlo así, más marxista que la de ellos. En primer término, les recuerdo que, puesto que Marx hizo poco por definir «clase» de manera formal y connotativa, me siento en libertad para no hacer de este asunto un problema escolástico. En segundo lugar, en la medida en que hay en Marx un concepto claro de clase, parecería que para él una clase es el conjunto de aquéllos que tienen la misma relación con los medios de producción. De igual modo, también yo sostendré que hay ciertos rasgos comunes en la relación de la Nueva Clase con los medios de producción y, en particular, con lo que llamaré capital cultural o capital humano. En tercer lugar, y por último, recordaré a quienes objeten el uso que hago de la voz «clase» que el *Manifiesto Comunista* muestra un uso similar. Sostiene que el término puede ser aplicado propiamente a grupos históricamente tan diversos como los esclavos, los siervos, obreros cualificados o burgueses, y evidentemente no limita el término «clase» a las sociedades capitalistas. Si los obreros cualificados y los plebeyos pueden ser «clases», entonces, sin duda alguna, los intelectuales y la *intelligentsia* pueden constituir una nueva «clase» [18].

Con respecto a la «Tesis»: Uso el término de la manera corriente, para significar la exposición de una postura o la clarificación de controversias esenciales. El propósito de las «tesis» es circunscribir la *discusión* y obligar a la clarificación de la *posición* del hablante, para que no se lo interprete mal en la confusión de la controversia intelectual.

La «virtud» de una tesis, pues, es contribuir a organizar la discusión en una comunidad intelectual por sus tajantes implicaciones para ciertas tradiciones intelectuales. El objetivo de las tesis es promover la claridad en el *significado,* lo cual es necesariamente previo a la prueba. Pero la claridad siempre depende de una visión *pobre,* no de una buena visión, de esfumar los detalles complejos para hacer resaltar la estructura principal. La misión de las tesis siguientes, por tanto, es contribuir a la arquitectura de una discusión.

[18] Obviamente, el *Manifiesto* no reserva el nombre de «clase» para esos estratos característicos de la sociedad capitalista. Plantear si la Nueva Clase es «realmente» una clase, aparte de la cuestión de si tiene ciertas características importantes en común, es una cuestión estéril (no metafísica). Mi posición sobre la cuestión de las características *comunes* de la Nueva Clase es expuesta en la Tesis 6.5.

TESIS

Tesis I: Defectos del esquema marxista

El espectro del que se había dicho que «merodeaba Europa» era una ilusión. La afirmación de que los protagonistas principales de la lucha de clases moderna son el proletariado y la clase capitalista era una ilusión. Tal era el esquema marxista, y era fundamentalmente inadecuado.

1.1. Primera inadecuación. Las importantes luchas revolucionarias del siglo XX involucraron al campesinado tanto o más que al proletariado. Este es claramente el caso de la Revolución China, y fue también lo que ocurrió en la Revolución Soviética. El campesinado, que odiaba la guerra y aspiraba a obtener tierras para sí, constituyó el núcleo de la guarnición de Petrogrado, que fue la principal fuerza de combate en el derrocamiento del Gobierno Zarista y que hizo la Revolución de Octubre. Fue principalmente el campesinado el que,

interesado en asegurarse la posesión de sus nuevas tierras, formó el núcleo del Ejército Rojo que repelió a las fuerzas de la contrarrevolución. En verdad, las raíces del estalinismo se hallan en la decepción y el desengaño del campesinado por obra de una pequeña élite urbana que aspiraba a controlar esa vasta mayoría rural [19].

1.2. Segunda inadecuación: El esquema marxista de la lucha de clases nunca fue capaz de explicarse a sí mismo, de explicar a quienes elaboraron el esquema, a los mismos Marx y Engels. ¿Dónde estaban situados los *teóricos* de esta lucha de clases, en la supuesta grieta entre el proletariado y la clase capitalista? Cuando se plantea esta cuestión, sólo se observa un embarazo recubierto por el silencio. (Se supone que uno no pregunta al público de la televisión: «¿dónde está el operador?») Sí, hay una clase capitalista y un proletariado. Y a menudo luchan entre sí. Pero éstas no han sido las luchas de clases decisivas que en el siglo XX han provocado revoluciones que derrocaron Estados. Y *las que me interesan aquí* son las revoluciones que *conquistan el poder estatal y lo usan para efectuar una gran transferencia de la propiedad: la colectivización.*

Tesis II: Los campesinos y las vanguardias

2.1. Lo que se necesitaba para tales revoluciones era: *a)* la anulación del aparato represivo del viejo Estado, de sus ejércitos y policía, a menudo mediante su destrucción por ejércitos enemigos; *b)* un declinar de la legitimación de la vieja clase gobernante de la sociedad, con frecuencia a causa de su incapacidad para proteger su propia sociedad de la invasión y la explotación extranjeras; *c)* un campesinado rebelde, alienado en parte por su posición económica; *d)* la alienación de los intelectuales; *e)* el surgimiento de una nueva organización, el «partido de vanguardia», que logra identificarse con el movimiento por la unidad nacional y con la resistencia a los extranjeros; y *f)* Es-

[19] Esta tesis ha sido desarrollada en mi artículo «Stalinism: A Study of Internal Colonialism», *Telos,* Invierno 1977-78, pp. 5-48. Materiales relacionados con la tesis de que «los campesinos, no los obreros industriales, fueron la principal fuerza impulsora del proceso revolucionario [ruso]» se hallarán en John L. H. Keep, *The Russian Revolution* (Nueva York, 1977).

tados extranjeros renuentes o incapaces de ayudar al antiguo régimen asediado.

2.2. En el período moderno, la alienación de los campesinos en ninguna parte ha logrado derrocar un Estado y efectuar una importante transferencia de la propiedad excepto en asociación con los intelectuales y bajo la tutela política y cultural de éstos.

2.3. La relación de los intelectuales con el campesinado y otros grupos populares recibe la mediación del nuevo tipo de organización que se considera a sí misma como un «partido de vanguardia». Sin esta mediación organizativa, los intelectuales no tienen base popular ni, por ende, poder. En la medida en que las grandes masas no están sujetas a la movilización política por los intelectuales, son incapaces de coordinar y legitimar su resistencia al viejo régimen a nivel nacional. Sin los intelectuales y la vanguardia, puede haber ejércitos locales «amotinados», incluso ejércitos de bandidos, y puede haber una «rebelión», pero no una *revolución* de nivel nacional que logre realizar una importante transferencia de la propiedad.

2.4. ¿A qué revoluciones se aplican estas observaciones sobre el papel que les cabe a los intelectuales en las revoluciones? Principalmente, a las revoluciones *de éxito,* pues me interesa distinguir éstas de los fracasos. Las revoluciones de éxito son aquellas en las que: *a)* el viejo aparato estatal es destruido (especialmente, su aparato represivo) y reemplazado por otro nuevo; *b)* se produce una importante transferencia de la propiedad. Ambos hechos están vinculados, pues no se puede llevar a cabo con éxito una importante transferencia de la propiedad mediante la expropiación de una vieja clase poderosa sin la previa destrucción del aparato estatal que protegía a esa clase. Además, no me interesan aquí las revoluciones en las que la transferencia de la propiedad fortaleció a una clase burguesa, media o adinerada. En otras palabras, mis observaciones no se aplican a las revoluciones *burguesas,* que colocan proporciones mayores de los medios de producción en manos *privadas.* Me refiero a las revoluciones en las que la transferencia de la propiedad adopta la forma de una colectivización de la propiedad privada que aumenta los medios de producción a disposición del aparato *estatal.* En las primeras, en las revoluciones burguesas, el poder pasa de los que poseen la tierra a los que invierten reservas de capital dinerario; en las segundas, en las revoluciones colectivizantes, el poder pasa de aquellos cuyos in-

gresos provienen de las inversiones de dinero o de la propiedad territorial a los que tienen «capital humano» [20], esto es, una educación relativamente avanzada [21].

Tesis III: La Nueva Clase, visible e invisible

3.1. En la política revolucionaria que apunta a una movilización de masas, el papel visiblemente dirigente de los miembros de la Nueva Clase entra en disonancia con las tendencias populistas, igualitarias o comunales del movimiento. Surge así una presión dirigida a disimular, desvirtuar, ignorar, negar o deformar la importancia de la Nueva Clase en los movimientos de carácter revolucionario. En la política revolucionaria, la Nueva Clase ha sido una clase invisible. La tarea especial de la teoría crítica y de los teóricos críticos es impedir la

[20] Véase J. Kelley y H. S. Klein, «Revolution and the Rebirth of Inequality», *American Journal of Sociology,* julio de 1977. Se trata de un interesante examen de las ventajas que poseen quienes disponen de «capital humano» después de una revolución, examen en el que se arguye que «si subsisten las diferencias en educación, habilidades, lenguaje, capacidad u otros tipos de capital humano, con el tiempo aquéllas llevarán a la desigualdad (aunque más lentamente) y, si los niños no son educados lejos de sus padres, a una ventaja heredada» (p. 97).

[21] A menudo se cita la Revolución Mexicana como un caso anormal que, se suele decir, ejemplifica una revolución de éxito en la que los intelectuales no desempeñaron ningún papel dirigente. Sin embargo, es apropiado considerar la Revolución Mexicana, con su intento de reformar el sistema educacional, legalizar las huelgas y redistribuir las tierras (con frecuencia ambiguamente, en manos privadas o colectivas) como una revolución *burguesa,* en lo esencial. Los ejércitos campesinos locales que se reclutaron carecían a menudo del tipo de integración que los ideólogos intelectuales con organizaciones de vanguardia pueden proporcionar en un plano nacional. Con todo, si bien la Revolución Mexicana no es el tipo de revolución al que nuestra formulación pretende referirse, también es evidente que se unió a ella una parte elevada de los intelectuales y la *intelligentsia.* Ciertamente, muchos de los llamados «precursores» fueron intelectuales. Véase James D. Cockcroft, *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution* (Austin, 1968). [Hay trad. cast.: *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana* (1900-1913), México, Siglo XXI.] Asimismo, la Asamblea Nacional Constituyente de 1916-17 estuvo formada principalmente por individuos con educación universitaria. Si se *excluye,* pues, la Revolución Mexicana, al parecer en toda lucha de clases importante que conduce a la conquista del poder estatal y *a una importante transferencia de la propiedad en el siglo* XX, la victoria la logró una coalición política dominada por los intelectuales y la *intelligentsia.*

represión del papel revolucionario de la Nueva Clase y hacer que surja a la visibilidad pública.

3.2. En las sociedades industriales avanzadas, la Nueva Clase no sólo es a veces *políticamente* revolucionaria, sino que también revoluciona constantemente el modo de producción. En esas economías, la Nueva Clase sirve como *intelligentsia* técnica cuya labor está subordinada a la vieja clase adinerada. La Nueva Clase es útil a la vieja por los servicios técnicos que presta y también para legitimar la sociedad por su carácter moderno y científico. En cierta medida, pues, la Nueva Clase puede tener una presencia manifiesta, pública, y su papel puede ser reconocido en las economías industriales avanzadas. Por tanto, no necesita ser invisible.

3.3. La Nueva Clase acepta su papel subordinado en las economías avanzadas en buena parte porque (y *en la medida* en que) esto es compatible con sus intereses materiales e ideales; en resumen, con su estilo privilegiado de vida y su capacidad para promover sus propios intereses técnicos.

3.4. En Occidente, la Nueva Clase de intelectuales e *intelligentsia* persigue sus intereses de clase, materiales e ideales, de diversos modos, que incluyen la negociación y la resistencia. Como otras clases subordinadas, la Nueva Clase no obtiene todo lo que quiere o lo que cree merecer; se resiste a su subordinación y trata de mejorar su posición.

3.5. Sin embargo, la capacidad de la Nueva Clase para promover su propio engrandecimiento y superar la resistencia de la vieja clase (adinerada) es considerablemente mayor que la de otras clases subordinadas. Gracias a su conocimiento técnico de las fuerzas productivas y de los medios de administración, la Nueva Clase ya tiene un considerable control *de facto* sobre el modo de producción y, por consiguiente, una considerable ventaja con la cual promover sus intereses. La nueva y la vieja clase libran una *batalla* por el control sobre la maquinaria de la producción y la administración. Se trata en parte de una batalla entre la clase que tiene la *propiedad legal* del modo de producción y la clase cuyo conocimiento técnico le proporciona cada vez más la *posesión* efectiva del modo de producción.

3.6. Hay vastos y repetidos indicios de que los administradores, los hombres que tienen gran poder, sin propiedades equivalentes, están lentamente desplazando a la vieja clase adinerada al archivo histórico.

Con todo, los estudios sobre la creciente escisión entre la propiedad y la administración no son tan carentes de ambigüedades como se sostiene a veces. En una excelente revisión crítica de esos elementos de juicio, Maurice Zeitlin afirma que él «no brinda respuesta alguna a esta cuestión». Su conclusión final es esencialmente metodológica y «negativa»: «... la ausencia de control por los propietarios en las más grandes corporaciones no es en modo alguno un hecho social 'indiscutible', 'incontrovertible', 'singular' o 'crítico'»[22].

Sin embargo, Zeitlin admite que la opinión aceptada entre los expertos es que la clase propietaria se ha vuelto pasiva y que el control ha pasado a manos de los administradores profesionales, que los administradores no propietarios están desplazando a los capitalistas adinerados. La de Zeitlin es esencialmente una acción de retaguardia. Señala correctamente que las cuidadosas reservas que Berle y Means han hecho sobre sus análisis estadísticos han sido a menudo pasadas por alto, y que otros han llegado demasiado apresuradamente a la conclusión de que la investigación de aquéllos documenta sin reservas el control por la administración. Zeitlin concluye que «ellos tenían una información que les permitió clasificar como definidamente bajo control administrativo a sólo el 22 por 100 de las 200 corporaciones más grandes».

Sin embargo, uno se pregunta por qué Zeitlin dice «sólo», en especial si se considera que se refiere al grado de control administrativo de *hace casi medio siglo*, de 1929. ¿Cuánto es «mucho» y cuánto es «poco» en lo que concierne al control de las grandes corporaciones por los administradores? Mejor aún, la cuestión importante en lo referente al control administrativo no es *cuánto* de él hay *en cualquier momento determinado, sino la tendencia secular*. ¿El control por los administradores se está haciendo mayor o menor, está aumentando o declinando, a largo plazo? Aunque los administradores sólo controlaran la minoría de las grandes corporaciones en un momento determinado, sería enormemente significativo que ese control estuviera *creciendo continuamente*.

Para mí, pues, la cuestión no es la que plantea Zeitlin, a saber, si las «más grandes corporaciones están (ahora) prácticamente todas bajo el control de los administradores». Lo que me interesa es a *qué se tiende*.

Zeitlin cita un estudio de Philip Burch que abarca el período de

[22] Zeitlin, «Corporate Ownership and Control», *American Journal of Sociology*, marzo de 1974, pp. 1073, 1107.

1950 a 1971, y en el que concluye que el 58 por 100 de las 50 corporaciones industriales más grandes están «probablemente» bajo el control de los administradores, y que el 40 por 100 de las 300 más grandes «probablemente» lo estén también. Desde luego, caracterizar como «probable» el control por los administradores no disminuye la importancia de estos hallazgos, como la observación paralela de Burch de que el 45 por 100 de las 300 corporaciones industriales más grandes «probablemente» están bajo controles familiares no disminuye la significación de la propiedad privada. Los dos «probablemente» se anulan uno al otro, probablemente. Tampoco es importante que el control familiar exceda al control por administradores en un 5 por 100, en las 300 compañías industriales más grandes. Una vez más, la consideración importante es la tendencia: ¿está declinando o creciendo el control por administradores y, de igual modo, qué pasa con el control familiar? Si bien es difícil llegar a pruebas históricas rigurosas, la tendencia a largo plazo parece clara. Aun por los datos estadísticos que el mismo Zeitlin cita, es evidente que el control por los administradores ya es enorme.

Nadie parece creer que, por mucho que la Constitución Soviética sostenga que los medios de producción de la U.R.S.S. son propiedad pública de la ciudadanía soviética, esto nos diga mucho acerca de quién controla realmente la industria y quién se beneficia de ella. Al someter a examen la Unión Soviética, se reconoce por lo general que la propiedad legal en gran medida es de escasa importancia para la vida cotidiana de los obreros. Sin embargo, cuando se analizan los Estados Unidos de capitalismo tardío, se destina considerable energía a determinar el papel de la propiedad. La «izquierda» nos dice que aquí la propiedad aún importa mucho, aunque duda cada vez más de su significación cuando examina la industria soviética.

Al responder a la afirmación de Peter Drucker de que los obreros están gradualmente comprando los medios de producción, mediante la inversión de su «fondo de jubilaciones», la izquierda responde, con bastante razón, «que, si bien los fondos de jubilaciones pueden ser *propiedad* de los sindicatos, son administrados por los grandes bancos y las instituciones de inversión. Cuando un sindicato pasa su fondo de jubilaciones a un banco, y éste a su vez invierte el dinero en acciones, es el banco, no el sindicato, el que controla los votos de los accionistas[23]. Para algunos, pues, al considerar las inversiones hechas por los *sindicatos*, lo importante es que éstos no las controlan aunque

[23] Barbara Ehrenreich, «Who Owns America?» *Seven Days*, 24 de febrero de 1968, p. 29.

las posean; pero, cuando consideran las inversiones de los *capitalistas*, lo importante es que las poseen. Sin duda, ambas cosas son importantes; pero lo más importante de todo es la tendencia secular. ¿El control de la administración sin propiedad está creciendo con el tiempo? Esta es la cuestión. Sería coherente con nuestra argumentación sostener que la *tendencia secular* favorece a la administración profesional.

Del mismo modo que no debemos preguntar cuánta influencia tiene ahora la Nueva Clase, sino cómo evoluciona su influencia en la economía, así también debemos preguntar sobre *cuál* sector institucional, sobre *qué* tipo de decisiones, se ejerce esa influencia. Por ejemplo, ¿están aumentando entre los *militares* del mundo los tipos de individuos de la Nueva Clase, a medida que los equipos de las fuerzas armadas se hacen cada vez más técnicos y cientificados? ¿Y son estos nuevos generales meramente dóciles «siervos del poder»? Asimismo, y para seguir las sugerencias de Christopher Lasch [24], es evidente que en las profesiones de «asistencia» la Nueva Clase tiene una influencia creciente sobre el bienestar, la educación, los estilos de vida, y la salud mental y física de las familias. Análogamente, ¿por qué algunos comentaristas, como Daniel Monyhan, se han quejado de la hostilidad de la prensa y otros medios de comunicación contra el gobierno, si la vieja clase aún conserva su anterior predominio sobre ellos? ¿Y cómo pueden las universidades estar aún dominadas por la vieja clase cuando aumenta el papel del Estado en la educación?

Considerado históricamente, «la *intelligentsia* se ha arrogado una competencia cada vez mayor en las decisiones concernientes a ámbitos cada vez más diversos. La Nueva Clase comenzó criticando los sistemas normativos tradicionales (*à la* Voltaire y Diderot) en nombre de la razón y al servicio de la hegemonía política potencial de la burguesía, y concluyó por arrogarse, no sólo la competencia en las decisiones administrativas, sino también, finalmente, el papel de jueces y reguladores de las estructuras normativas de las sociedades contemporáneas. La resurrección por Jürgen Habermas del idealismo alemán tiene esencialmente esta última pretensión» [25].

[24] Véase Christopher Lasch, *Haven in a Heartless World: The Family Besieged* (Nueva York, 1977). Lasch muestra claramente la creciente influencia de diversas profesiones de «ayuda» sobre la familia, pero, sin la menor justificación, supone que fundamentalmente está al servicio del capitalismo y su *vieja* clase. Si es así, uno se pregunta por qué a ésta le disgusta pagar los impuestos resultantes.

[25] De una carta de Cornelis Disco del 21 de noviembre de 1977.

¿Es la Nueva Clase ahora la clase gobernante? Ciertamente que no. ¿Llegará a serlo algún día? Tal vez. Si está en vías de serlo, ¿por qué tarda tanto en llegar a ello? Pero ¿por qué suponer que *tarda*?

¿Cuánto tiempo le llevó a la vieja clase adueñarse del poder? Estaba en camino de surgir con la urbanización y el debilitamiento del poder «espiritual» quizá desde el siglo XIV; en otras palabras, unos cuatro siglos antes de la revolución de 1789. La Nueva Clase apenas ha llegado a la madurez; en verdad, sólo recientemente ha comenzado a reproducirse. Como indica el Cuadro I, sólo entre 1900 y 1930 la Nueva Clase pasó por su período de «despegue» en los Estados Unidos.

CUADRO I

EL PERIODO DE «DESPEGUE» DE LA NUEVA CLASE EN ESTADOS UNIDOS

Población de la Nueva Clase (en millares, excepto para la población total, que se da en millones)

	1870	1880	1900	1910	1920	1930
Ingenieros	5,6	7	38	77	134	217
Administradores (ind.)	57	—	—	126	250	313
Social, esparcimiento, religiosos-no clero	—	—	—	19	46	71
Profesorado universitario	5,6	11,6	24	—	49	82
Contables, auditores	—	—	23	39	118	192
Funcionarios, administradores e inspectores del gobierno	—	—	58	72	100	124
Directores editoriales, periodistas	—	—	32	—	41	61
Población total	39,9	50,3	76,1	92,4	106,5	123,1

Tomado de: Barbara y John Ehrenreich, «The Professional Managerial Class», *Radical America* (marzo-abril de 1977), p. 19.

Tesis IV: Campos de lucha

4.1. El surgimiento de los intelectuales y la *intelligentsia* en la escena política nacional de la vida norteamericana no parece haber adquirido importancia hasta el gobierno de Woodrow Wilson y hasta

la adhesión de los intelectuales a los Movimientos Socialista y Progresista que lo precedieron [26]. Después del movimiento «de revelación de escándalos» y de la Primera Guerra Mundial, hubo pruebas de una creciente alienación de los intelectuales norteamericanos. Fue intensificada por la Gran Crisis de los años treinta y por los movimientos contra la guerra y contra el fascismo. El macartismo también contribuyó mucho a alienar y politizar a los intelectuales norteamericanos. Con el tiempo, tendieron a poseer sus propios candidatos favoritos en las elecciones nacionales, entre ellos, Adlai Stevenson, Eugene McCarthy, Hubert Humphrey y George McGovern. Si en los Estados Unidos la Nueva Clase no ha logrado todavía la elección de sus candidatos, al menos ha demostrado poder para desplazar a un presidente, Lyndon Johnson. No fueron los sindicatos, la prensa o los hombres de negocios los que obligaron a Johnson a retirarse, observaba Galbraith, sino las universidades que dirigieron la oposición a la guerra de Vietnam.

Los intelectuales (a diferencia de la *intelligentsia*) tienen una clara preferencia partidista en los Estados Unidos. Están unidos en su rechazo del Partido Republicano y su preferencia por los Demócratas. Charles Kadushin y sus colaboradores han observado que esto es particularmente cierto de sus líderes de opinión: «... casi toda la élite intelectual vota al Partido Demócrata» [27].

4.2. En el plano de la controversia pública, hay diferentes *campos* de lucha entre la nueva y la vieja clase: 1) La libertad académica ha sido un tema reiterado, sobre el que los académicos y los miembros de la vieja clase de las Juntas Directivas de las universidades [28] han

[26] Las Tesis 4.1 y 4.2 son una adaptación del artículo de Ehrenreich citado en el Cuadro I.

[27] Charles Kadushin y otros, «Relations Between Elite American Intellectuals and men of Power», artículo presentado en las reuniones de 1973 de la American Sociological Association.

[28] La dominación por la vieja clase de los centros de control legal de universidades y colegios está documentada en David N. Smith, *Who Rules the Universities: An Essay in Class Analysis* (Nueva York, 1974). Para un resumen de diversos estudios sobre la composición de los consejos de administración, véase especialmente el capítulo 2. Los datos de Troy Duster muestran que cuanto más piensan los administradores que las universidades deben ser gobernadas como una empresa, tanto menos dispuestos están a concederles libertad académica. Sin embargo, otros datos muestran también que los administradores de universidades privadas están a menudo menos dispuestos a limitar la libertad académica que los de universidades públicas. A medida que las universidades reciben cada vez más fondos de los gobiernos, la influencia de la vieja clase sobre ellas se debilita. Esto puede ocurrir con las inversiones gubernamentales para investigación y desarrollo en escuelas privadas, o por el crecimiento de las escuelas públicas. Unas y otras han revelado un crecimiento a largo plazo, secular. Así, los gastos para instituciones *privadas* de educación superior aumentaron de 100.300.000 dólares en 1920 a 2.634.000.000 de dólares en 1960, y 31.900.000.000 de dólares en 1977. Pero los gastos para educación superior *pública* pasaron de 115.600.000 dólares en 1920 a 3.596.000.000 de dólares en 1960, y 68.100.000.000 dólares en 1977 (*Statistical Abstract of the United States, 1977*; y Fritz Machlup, *The Production and Distribution of Knowledge*, Princeton, 1972, p. 79). Las matrículas en instituciones privadas de educación superior fueron 147.000 en 1900, y aumentaron a 1.540.000 en 1960; las matrículas en instituciones públicas de educación superior fueron 91.000 en 1900, y 2.210.000 en 1960 (Machlup, *ibid.*, p. 88). Del total de inversiones en investigación y desarrollo en colegios y universidades en 1960, 405.000.000. de dólares provenían de fondos federales, mientras que sólo 40.000.000 de dólares provenían de la industria; para 1977, se calculó que los fondos federales para investigación y desarrollo destinados a colegios y universidades eran de 2.634.000.000 de dólares, mientras que la industria sólo proporcionó 134.000.000 (*Statistical Abstract of the United States, 1977*, p. 612). A medida que aumenta la financiación gubernamental de universidades y colegios, la política universitaria se convierte cada vez más en una cuestión política general, y no está gobernada por los administradores privados. Quienes controlan escuelas, pues, son menos directamente influibles por la vieja clase, y están más expuestos directamente a la influencia y la presión públicas.

disputado entre sí. 2) La protección de los derechos del «consumidor» ha sido, desde los días de la «revelación de escándalos», un tema que la Nueva Clase ha usado para hostigar a la vieja clase. 3) Inesperadamente, hasta la creación de la Administración Científica fue en parte una crítica al despilfarro en el sistema empresarial y a la renuencia de los empresarios a emplear los métodos más eficientes. 4) La tendencia a usar «grupos de cerebros» y expertos en la elaboración de la política pública sirvió para limitar la influencia de la vieja clase sobre el gobierno, así como la de las maquinarias políticas con las que ella trabajaba. 5) La creación de una Administración Pública «independiente» ha tenido las mismas consecuencias. 6) Los movimientos reformistas que luchan por la «honestidad en el gobierno» son un recurso perenne de la Nueva Clase contra la vieja que ha sido usado desde hace tiempo para el pago de los favores políticos deseados. 7) El nuevo movimiento ecologista internacional, con su crítica al despilfarro de materias primas y fuentes de energía y a la polución del ambiente, sólo es una estrategia más reciente de la guerra de guerrillas que la Nueva Clase libra contra la vieja [29]. 8) Una parte importante del Movimiento de Liberación Femenina no es sólo expresión de la resistencia contra la opresión de las mujeres-en-general,

[29] Una exposición más detallada se hallará en A. W. Gouldner, *La dialéctica de la ideología y la tecnología*, especialmente, pp. 335-337.

sino también una exigencia de las mujeres cultas de la clase media dirigida a lograr la plenitud de derechos en la Nueva Clase.

4.3. La influencia de la Nueva Clase se extiende a la *inversión de capitales* tanto como a la administración de la producción. La vieja clase inversora se está transformando lentamente en un grupo de status privilegiado pero sin funciones, en una «nobleza» sin funciones en la producción y la administración. Poco a poco, la Nueva Clase de los intelectuales convierte a la vieja clase en una clase de rentistas, en pensionistas que viven de sus beneficios, rentas e intereses, o reorganiza su carácter de clase haciéndole adoptar el de la Nueva Clase.

4.4. Salvo ir a las barricadas, la Nueva Clase está dispuesta a acosar a la vieja, sabotearla, criticarla, denunciarla, expresar superioridad moral, técnica y cultural sobre ella, y exponerla al desprecio y el ridículo. Pero la Nueva Clase no busca la lucha por la lucha misma. Ninguna clase lo hace. Sencillamente trata de asegurar sus intereses materiales e ideales con un mínimo esfuerzo. La lucha de clases sólo es uno de un vasto repertorio de recursos con los que la Nueva Clase promueve sus intereses. Ninguna clase llega a la guerra antes de ver qué puede obtener mediante la negociación o la amenaza.

4.5. Una estrategia básica de la Nueva Clase es cultivar la alianza con una clase trabajadora de masas, proletariado o campesinado, agudizar el conflicto entre esa masa y la vieja clase, y dirigir la alianza contra ésta y su posición hegemónica en el viejo orden social.

4.6. Un Estado «benefactor» y un Estado «socialista» son ambos estrategias políticas de la Nueva Clase. Una diferencia esencial es que en un Estado socialista la hegemonía de la Nueva Clase es más completa, su control sobre la clase trabajadora es mayor. En el Estado benefactor (a) la nueva y la vieja clase se limitan mutuamente, y (b) comparten el control sobre la clase trabajadora, aunque (c) la Nueva Clase a veces se alía con la clase trabajadora para mejorar su propia posición contra la vieja clase.

Tesis V: La Nueva Clase como burguesía cultural

5.1. La Nueva Clase y la vieja al principio no se hallan diferenciadas: comúnmente la Nueva Clase tiene su origen en clases con ventajas de propiedad, esto es, en la vieja clase, o es patrocinada por ella. La Nueva Clase de intelectuales e *intelligentsia* constituye la contrapartida relativamente más *culta* —a menudo los hermanos, hermanas o hijos— de la vieja clase adinerada. Así, la lucha de la Nueva Clase tiene a veces el carácter de *una guerra civil dentro de las clases superiores*. Es la diferenciación de la vieja clase de facciones rivales. Para comprender la lucha de la Nueva Clase es vital comprender cómo los *privilegiados*, y no sólo los sufrientes, llegan a alienarse del mismo sistema que les otorga sus privilegios.

5.2. Los objetivos «no negociables» de la vieja clase adinerada son reproducir su capital, al menos, pero preferiblemente acumularlo y hacer que rinda un beneficio: D-M-D; como decía Marx. Se hace esto dentro de una estructura en la cual todos ellos deben competir unos con otros. Esta implacable competencia ejerce una presión dirigida a racionalizar sus actividades productivas y administrativas y a elevar incesantemente la eficiencia. (Marx la llamaba «producción revolucionadora».) Pero esta racionalización depende cada vez más de los esfuerzos de la *intelligentsia* de Nueva Clase y de sus habilidades especializadas. Es inherente a esta situación estructural, pues, que la vieja clase dé nacimiento a la Nueva Clase.

5.3. Buena parte de la Nueva Clase al principio es entrenada bajo el control directo de las firmas o empresas de la vieja clase. Pero pronto la vieja clase es separada de la reproducción de la Nueva Clase por el surgimiento y el desarrollo de un sistema público de educación, cuyos costes son «socializados» [30].

5.4. Cuanto más depende la reproducción de la Nueva Clase de sistemas especializados de educación pública, en tanto mayor grado la Nueva Clase desarrolla una ideología que subraya su *autonomía*, su separación y presunta independencia de los intereses «empresariales» o políticos. Se dice que esta autonomía se funda en el conocimiento o capital cultural especializado que transmite el sistema educacional, y se pone de relieve la obligación de las personas cultas de

[30] Cf. James O'Connor, *Corporations and the State* (Nueva York, 1974), páginas 126-28, para el argumento de que la financiación gubernamental de la investigación y el desarrollo y la educación avanzada constituye una socialización de parte de los costes de producción cuyo superávit neto sufre una apropiación privada.

contribuir al bienestar de la colectividad. En otras palabras, surge la *ideología* del «profesionalismo»[31].

[31] No pretendo sugerir que el profesionalismo es *sólo* una ideología, sino que es *también* eso. En un valioso intento de desmitificar las profesiones (y su estudio), Eliot Freidson ha afirmado que la dedicación a los servicios y el oficio (que yo *no identifico)* no son distintivos de los profesionales y «es más conveniente tratarlos como elementos de una ideología que como características empíricas de la conducta profesional individual y colectiva. Tomados como ideología, tienen un status empírico en la forma de exigencias a sus miembros que hacen las ocupaciones que intentan obtener y mantener el monopolio y la dominación profesionales». Puede decirse que la ideología es un componente importante del proceso por el que las ocupaciones tratan de lograr y conservar el control sobre su trabajo y sus condiciones laborales (Eliot Freidson, «The Futures of Professionalisation», en M. Stacey y otros, recs., *Health and the Division of Labor,* Londres, 1977, pp. 32-33). La obra de Freidson es la culminación del prolongado esfuerzo de la «Sociología de Chicago» dirigido a «secularizar» el estudio de las ocupaciones y a considerar las profesiones sencillamente como otras ocupaciones. Sobre un temprano esfuerzo para distinguir los enfoques de Chicago y de Harvard-Columbia en el estudio de las profesiones, véase A. W. Gouldner, *For Sociologia* (Harmondsworth, 1975, p. 17) [edición castellana de Alianza Editorial, *La sociología actual: renovación y crítica]*. El enfoque de la Escuela de Chicago rebaja la importancia de la habilidad, el oficio y el conocimiento en el condicionamiento de la labor y la conducta político-gremial de las profesiones, y tiende a sostener que no difieren fundamentalmente en grado o tipo de otras ocupaciones. De este modo, aquí la educación avanzada no es entendida tanto como un proceso de transmisión de habilidades y conocimiento, sino como *legitimaciones* de privilegios y como técnicas para distribuir tareas e ingresos. Esta escuela, pues, sostiene que las profesiones afirman poseer habilidades, conocimiento y educación como maneras de reforzar los privilegios y la autonomía que todas las ocupaciones dicen poseer. Dos objeciones: (1) El hecho de que tales pretensiones de poseer habilidades superiores sean *usadas* de tal modo, sin embargo, no demuestran que tales habilidades no existan. (2) Puesto que todas las ocupaciones buscan la autonomía, ¿por qué algunas la consiguen considerablemente más que otras? La naturaleza de su habilidad y conocimiento es *uno* de los factores. Admitiendo que la autonomía conquistada no depende *solamente* de las habilidades especiales de quienes aspiran a ella, con todo, las habilidades valoradas también constituyen bases importantes de poder e influencia públicos. Es menester insistir en la dimensión ideológica de las pretensiones profesionales; pero esto no excluye el reconocimiento de la especial base en habilidades y conocimiento de algunas ocupaciones. Así, yo distinguiría entre las habilidades y conocimientos de una ocupación, por una parte, y sus pretensiones ideologizantes de poseer tales habilidades y conocimientos, por la otra, y señalaría las *funciones* diferentes de unas y otras. También distinguiría entre las pretensiones de poseer habilidad/conocimiento y las pretensiones de dedicación al bien público, y señalaría que la ausencia de ésta no demuestra *forzosamente* la carencia de las primeras. Entre otros escritos atinentes a estas cuestiones, véase Eliot Freidson, *Doctoring Together* (Nueva York, 1975); E. Freidson, *Professional Dominance* (Nueva York, 1970); E. C. Hughes, *The Sociological Eye,* 3 vols. (Chicago, 1971); W. J. Goode, «Encroachment, Charlatanism and the Emerging Profession», *American Sociological Review,* diciembre de 1960; y Robert K. Merton, «Some Thoughts on the Professions in American Society», *Brown University Papers,* XXXVII, 1960.

5.5. El profesionalismo es una de las *ideologías* públicas de la Nueva Clase, y es la amable subversión de la vieja clase por la nueva. El profesionalismo es una fase del desarrollo histórico de la «conciencia colectiva» de la Nueva Clase. Si bien no es una crítica abierta a la vieja clase, el profesionalismo es una tácita pretensión de la Nueva Clase de poseer la *superioridad técnica y moral* sobre la vieja clase, lo cual implica que ésta carece de autoridad técnica y se guía por motivos de venalidad comercial. El profesionalismo instala silenciosamente a la Nueva Clase como el paradigma de la autoridad virtuosa y legítima, que actúa con habilidad técnica y dedicada preocupación en pro del conjunto de la sociedad. El profesionalismo exalta la legitimidad de la Nueva Clase de un modo que tácitamente desautoriza a la vieja.

Por un lado, se trata de una puja por el prestigio *dentro* de la sociedad establecida; por otro, tácitamente se presenta la Nueva Clase como una *alternativa* a la vieja. Al afirmar sus pretensiones a la autoridad, el profesionalismo, de hecho, *devalúa la autoridad de la vieja clase.*

5.6. Los privilegios y poderes especiales de la Nueva Clase se fundan en su control *individual* de culturas, lenguajes y técnicas especiales y de las habilidades que resultan de ellos. La Nueva Clase es una burguesía cultural que se apropia privadamente de las ventajas de un capital cultural histórica y colectivamente elaborado. Dejemos bien en claro, pues, que la Nueva Clase no es *como* la vieja clase; su cultura especial no es *como* el capital. No hay aquí ninguna metáfora. La cultura especial de la Nueva Clase es un acervo de capital que genera una corriente de ingreso (de algunos) de los cuales se apropia privadamente.

5.7. Los objetivos fundamentales de la Nueva Clase son: aumentar su parte del producto nacional; producir y reproducir las condiciones sociales especiales que le permiten apropiarse privadamente de partes mayores de los ingresos producidos por las culturas especiales que posee; controlar su trabajo y sus entornos de trabajo; y aumentar su poder político, en parte para lograr lo anterior. La lucha de la Nueva Clase, pues, tiende a *institucionalizar un sistema de salarios,* esto es, un sistema social con un principio claro de justicia distributiva: «de cada uno según su capacidad, a cada uno según su trabajo», que es

también la norma del «socialismo». De acuerdo con esto, la Nueva Clase puede oponerse a otros sistemas sociales y a sus sistemas diferentes de privilegios, por ejemplo, a los sistemas que asignan privilegios e ingresos sobre la base de reservas dominantes de dinero (es decir, el viejo capital). La Nueva Clase, pues, está dispuesta a ser igualitaria en lo que concierne a los privilegios de la *vieja* clase. Es decir, en ciertas condiciones está dispuesta a eliminar o restringir los ingresos especiales de la vieja clase: beneficios, rentas o intereses. Pero la Nueva Clase es anti-igualitaria en la medida en que busca ventajas gremiales especiales —poder político e ingresos— sobre la base de su posesión de capital cultural.

5.8. La Nueva Clase es una clase *nueva:* no es idéntica a la vieja clase obrera ni a la vieja clase adinerada; aunque comparte elementos de ambas, tiene también características que no posee ninguna de ellas. Como la clase obrera, la Nueva Clase se gana la vida mediante su trabajo en un sistema salarial; pero a diferencia de la vieja clase obrera, pretende básicamente controlar el contenido de su trabajo y el entorno de su trabajo, en vez de ceder esto a cambio de obtener el mejor salario que pueda negociar. Así, la conciencia de la Nueva Clase no es «economicista». Quiere producir objetos y servicios valiosos, y desarrollar las habilidades necesarias para ello. Por lo tanto, no es simplemente un proletariado alienado del trabajo, experimentado —según la imagen de Marx— como un proceso en que los productos muertos del trabajo humano pasado dominan su trabajo vivo del presente. Al aspirar a producir objetos y servicios valiosos, la Nueva Clase debe preocuparse también por controlar su entorno de trabajo. De este modo, la Nueva Clase encarna toda esperanza futura de autogestión de la clase obrera y prefigura la liberación del trabajo alienado. Esto por un lado.

Pero si bien la Nueva Clase exalta su trabajo y habilidades y la producción de objetos de calidad, no lo hace sin un interés por los ingresos concomitantes. La Nueva Clase desea obtener ingreso *y* objetos de calidad, pero no aspira a éstos sencillamente para procurarse los primeros. La Nueva Clase no está desinteresadamente dedicada a sus artes, pero éstas no son un mero instrumento para obtener sus ingresos. La cultura ocupacional de la Nueva Clase no es la caricatura del profesional dedicado a su labor y que se sacrifica desinteresadamente al servicio de sus clientes, ni es el estereotipo de la élite venal que prostituye sus habilidades para lograr ganancias.

Así como la Nueva Clase no es el proletariado del pasado, tampoco

es la vieja burguesía. Es, más bien, una nueva burguesía *cultural* cuyo capital no es su dinero, sino su dominio de culturas valiosas. Una comparación sistemática de la Nueva Clase con la vieja exigiría, en última instancia, el análisis de diferentes formas de capital, de acervos de cultura frente a la acumulación de dinero. Ambas son formas de capital, como cada una es la fuente de una corriente de ingresos en curso. Lo que se necesita para el análisis sistemático de la vieja y la Nueva Clase es una *teoría general del capital* en la que el capital dinerario sea considerado como una parte de la totalidad, como un caso especial del capital. Y a la inversa, lo que se requiere para la comprensión de la cultura como capital es nada menos que una economía política de la cultura[32]. Aunque no nos es posible elaborarla aquí, más adelante daremos al respecto algunas indicaciones tentativas.

[32] El examen contemporáneo del llamado «capital humano» fue iniciado, principalmente, por Theodor Schultz en su alocución presidencial a la American Economic Association en 1960. Véase su artículo «Investment in Human Capital», *American Economic Review,* marzo de 1961, y su artículo sobre el capital humano publicado en la *Encyclopedia of the Social Sciences* (Nueva York, 1968), volumen 2. La dificultad más importante en la posición de Schultz es que supone demasiado fácilmente que los ingresos superiores asociados a la educación superior obedecen sencillamente a la mayor productividad de los más cultos, supuesto que no comparto, por las razones indicadas en la discusión de la nota 31. La crítica más importante (aunque implícita) de esta concepción es la de Randall Collins, en «Functional and Conflict Theories of Educational Stratification», en J. Karabel y A. H. Halsey, recs., *Power and Ideology in Education* (Nueva York, 1977). Collins arguye que las mayores exigencias de instrucción no se deben principalmente a las mayores habilidades que requieren los trabajos, o a las habilidades transmitidas por la educación, sino que son sobre todo maneras por las que los grupos de status rivales monopolizan los trabajos, mediante la imposición de sus normas a la selección de personal. Collins cita estudios que al parecer indican que los trabajos con educación no son necesariamente más productivos que los menos educados. La principal actividad de las escuelas, sostiene, es enseñar culturas de status, socializando de este modo a las personas para obtener su admisión en grupos de status y sus privilegios. Sin embargo, Collins reconoce que «la instrucción en profesiones específicas, como medicina, ingeniería, investigación científica o erudita, enseñanza y derecho, puede ser considerada, con plausibilidad, vocacionalmente importante y posiblemente esencial» (p. 1006). Estas, por supuesto, figuran entre las ocupaciones fundamentales de la Nueva Clase. Hay una importante coincidencia entre la principal tendencia de la incisiva obra de Collins y el penetrante análisis de las profesiones de Freidson, aunque en cierto modo Freidson es más «radical» en su crítica de éstas. Ambos cuestionan la existencia y la significación de las habilidades, técnicas o conocimiento especiales producidos por la educación avanzada. Pese a que Collins lo niega, su análisis tiende sobre todo a cuestionar que las habilidades y el conocimiento *técnico* sean producidos realmente por la educación superior o sean necesarios. Bajo la envoltura de una «teoría del con-

5.9. Notas sobre el Capital y el Capital Cultural. El capital, para definirlo de una manera sucinta pero general, es todo objeto elaborado que se utiliza para obtener utilidades vendibles, proporcionando así *ingresos* a su poseedor o pretensiones a ingresos definidas como legítimas por su imputada contribución a la productividad económica; estas pretensiones de obtener ingresos son reforzadas, normalmente, retirando o amenazando con retirar el capital-objeto. Así, aunque el capital (de *cualquier* especie) no necesariamente aumenta la productividad, es *definido* culturalmente como una contribución a la productividad, lo que hace posible el modo típico en que el capital refuerza sus pretensiones de obtener ingresos, esto es, alterando el acceso de otros al capital-objeto o amenazando con hacerlo.

5.10. Así como no es verdad que la educación aumente necesariamente la productividad, tampoco puede afirmarse que *cualquier otra* forma de capital aumente necesariamente la productividad [33], aunque,

flicto» *general*, sostiene que los requisitos educacionales reflejan «los intereses de cualquier grupo que tenga poder para imponerlo», más que requisitos de la tarea. Los considera como un modo de promover los intereses de grupos de status específicos, empeñados en una guerra de todos contra todos por la riqueza, el prestigio y el poder. La cohesión es una fuente importante de la capacidad de los grupos de status para lograr privilegios especiales (mediante la lucha dentro de las organizaciones), y es en las escuelas donde los grupos de status adquieren ahora, en forma creciente, culturas cohesivas. En una concepción radicalmente relativista, Collins ve a todos los grupos de status como igualmente egoístas, aunque considera que ninguno contribuye más que otros al bien colectivo; la pretensión de un grupo de que sí lo hace sería una *ideología* para favorecer la lucha de ese grupo por lograr privilegios especiales. En suma, no hay ninguna «clase universal» en la teoría de Collins. En una visión demoniaco-durkheimiana, considera a todos los grupos de status igualmente viles. Esto es también un eco del pesimismo de Weber, que preveía una situación conflictiva que sólo podría resolverse por la guerra. Pero la teoría de Collins tiene también un realismo refrescante, que escapa de la mitificación marxista del viejo proletariado como la «clase universal». No obstante, y como lo aclaro en la introducción a este ensayo, rechazo el nihilismo de la teoría general del conflicto que propone Collins a favor de una concepción de la Nueva Clase que la ve como una clase moralmente ambigua, históricamente transitoria, pero, pese a todo, «universal». Mis razones para ello están expuestas en la Tesis 14.1. Un reciente y valioso examen de la educación como legitimación, examen que extiende las ideas de Collins, se hallará en John W. Meyer, «The Effect of Education as an Institution», *American Journal of Sociology*, julio de 1977. Una obra básica que ha influido en mis concepciones sobre el capital humano es la de Irving Fisher, *The Nature of Capital and Income* (Nueva York, 1927).

[33] La crítica de la educación, tal como la desarrolla Collins, puede ser una crítica de este sector institucional limitado (como tiende a ser) o puede ser convertida en una crítica general del capital en sus variadas formas, como aquí recomiendo.

como la educación, puede hacerlo. Una teoría desmistificada del capital humano (o educación *qua* capital) debe formar parte de una crítica más general del capital, la cual reconozca que la primera preocupación del capital se refiere a sus *ingresos*, no a su productividad, a sus requisitos propios más que a su contribución a la sociedad. Esto es, en buena medida, lo que quería significar Thorstein Veblen con su distinción entre «negocio» e «industria», cuyos diferentes intereses, señalaba, podían entrar en conflicto. El capital, es decir, *cualquier* forma de capital, aumentará, si puede, sus ingresos aunque no incremente la productividad. La contribución del capital a la productividad se produce principalmente cuando sus ingresos están ligados *de manera necesaria* al aumento de la productividad.

5.11. Una estrategia básica de toda forma de capital, tradicional o humano, es disociar sus ingresos de sus actividades, de modo que los ingresos se mantengan aunque sus actividades fracasen. La segunda estrategia básica, desde luego, es ocultar tales fracasos. El capital, pues, trata de obtener «algo por nada», según palabras de Veblen. El vínculo entre los ingresos del capital y sus actividades fue forjado históricamente por la competencia, que *obligó* al capitalista a aumentar la productividad para evitar ser destruido por otros que lo consiguieran. Pero la competencia, claro está, puede ser limitada por los monopolios, los *cartels* y otros ordenamientos de los poseedores de capital, cortando de este modo el vínculo entre los ingresos y la productividad. Un control muy semejante sobre la competencia se produce entre los poseedores de capital humano, mediante las organizaciones profesionales y de otros tipos, con la disociación resultante entre sus ingresos y su productividad. Otra táctica básica, que permite discrepancias entre ingresos y realizaciones, es que el grupo de actividad logre una completa autoridad para juzgar sus propias realizaciones, lo cual le permite ocultar sus fracasos y toda disparidad resultante entre realizaciones e ingresos.

5.12. El uso de cualquier forma de capital se efectúa cuando favorece las pretensiones de obtener ingresos o cuando permite establecer controles sobre el proceso económico. Los usos crecientes de capital convencional no están siempre demostrablemente asociados con aumentos en la productividad, pero pueden ser empleados porque reducen la dependencia de otros grupos involucrados en el proceso económico, colocando éste y su excedente bajo el *control* de los que

poseen capital. El capital no sólo puede *aumentar* la producción, sino que también puede permitir *controlarla*[34].

5.13. El capital, pues, es un objeto elaborado cuya finalidad pública es aumentar la productividad económica, pero cuya función latente es incrementar los ingresos y el control social de quienes lo poseen. En esta perspectiva, es evidente que la educación es un capital tanto como los edificios o las máquinas de una fábrica.

5.14. Para desarrollar el concepto general de capital formulado antes:

1) El capital es un objeto *elaborado,* no una materia prima «natural» o siquiera un talento innato, y como tal es un producto de *la labor y la cultura* humanas.

2) Es también un producto no empleado para obtener satisfacción en su consumo, sino para producir *otras* utilidades y riquezas. El objeto del capital no es el consumo, sino el dominio instrumental. Así, se trata de «bienes que producen bienes».

3) No hay ninguna manera de determinar si algo es un elemento de «consumo» o es «capital» sin conocer los objetivos y las *intenciones* de quienes lo usan. Nada es capital a menos que sea usado con la *intención* de producir algo económicamente valioso; nada es *intrínsecamente* capital. Análogamente, *todo* objeto producido que es usado con la intención de aumentar las utilidades o la riqueza, se trate de maquinarias o de habilidades, puede ser capital, si se ajusta a las estipulaciones adicionales que esbozamos más adelante.

4) Todo es capital cuando sirve como base de pretensiones esgrimibles a la apropiación privada de ingresos legitimadas por su contribución a la producción de valores económicos o riqueza. El capital difiere, por tanto, del fraude, la fuerza, la violencia o la dominación usados para arrebatar riqueza como rescate, botín o tributo. El capital no es robo ni extorsión, sino que reconoce la norma de la *reciprocidad,* pues proclama que tiene *derecho* a lo que obtiene a causa de su contribución.

5) Las pretensiones a la apropiación privada de ingresos que el capital supone son sancionadas, típicamente, por factores *intrínsecos* al mismo capital-objeto. La amenaza de retenerlo, o su retención efectiva, por lo común bastará para imponer las pretensiones a los ingresos porque es (o se lo define como) «necesario» para la producción de bienes económicos. El capital, pues, presupone una diferenciación estructural entre los subsistemas económico y político-militar y sus distintos sistemas de sanciones; el último es usado por el capital sólo como último recurso o en caso de incumplimientos en las retribuciones prometidas por el uso de capitales-objetos.

6) El capital obtiene ingresos no porque aumente necesariamente la productividad o la riqueza, sino sencillamente porque sus pretensiones a los ingresos son socialmente imponibles y culturalmente reconocidas. La educación de la Nueva Clase forma parte de su capital. No es capital porque aumente necesariamente la productividad, sino sencillamente porque proporciona ingresos, porque estos ingresos son obligatorios y porque son legitimados intrínsecamente, al depender de la continua disponibilidad o la suspensión de sus servicios y actividades.

5.15. Si bien el capital de cualquier especie *no necesita* aumentar la productividad, y si bien sus pretensiones a los ingresos pueden imponerse aunque no aumenten la productividad, esta situación tiende a convertirse en una forma de «dominación», en la que se arrancan los ingresos por la amenaza o el uso de la fuerza o la violencia. Pues sin un aumento de la productividad, el aumento en los ingresos se realiza mediante un juego de suma cero, en el que la pérdida de un grupo es la ganancia de otro, y a la inversa. Pero cuando la productividad aumenta, los ingresos de un grupo pueden mantenerse y hasta aumentar sin que otro pierda. Cuando el capital aumenta la productividad, pues, la amenaza de retiro o suspensión bastará para imponer sus pretensiones a los ingresos, y éstos quedarán asegurados por mecanismos intrínsecos.

5.16. Así, la disponibilidad de sanciones políticas y militares para la obtención de ingresos limita el desarrollo del capital, pues unas pueden ser usadas como sustitutas de las otras. En correspondencia con esto, la inhibición de las sanciones políticas y militares en el proceso económico conduce al desarrollo y el uso del capital con sus pretensiones *intrínsecamente* imponibles de obtener ingresos. La eliminación de la «empresa privada» amenaza el uso y el desarrollo eficientes del capital, particularmente del capital burgués tradicional. Al mismo tiempo, la eliminación del capital burgués tradicional hace al proceso económico cada vez más dependiente de los tipos de capital cultural y habilidades técnicas de la Nueva Clase, que se convierte en el principal centro social del desarrollo del capital y de las pretensiones intrínsecamente imponibles a los ingresos.

[34] Se hallará un examen de la tecnología como un modo de reforzar el control administrativo, y no solamente de aumentar la productividad, en A. W. Gouldner, *Wildcat Strike* (Yellow Springs, 1954), en particular, p. 86.

A medida que crece la capacidad de la Nueva Clase para imponer sus pretensiones sobre los ingresos, o bien debe ser cooptada en la clase dominante, o bien debe ser sometida al control represivo de una burocracia en crecimiento. Al ser intrínsecamente imponibles, las pretensiones de la Nueva Clase sobre los ingresos se convierten en el límite principal a las pretensiones de las autoridades políticas y militares, es decir, del aparato estatal, y la Nueva Clase hereda la crítica del Estado antaño esgrimida por la vieja clase propietaria. Pero ahora su crítica del Estado adopta la forma mistificada de la afirmación del predominio y la autonomía de la tecnología impersonal.

5.17. La nueva ideología sostiene que la productividad depende principalmente de la ciencia y la tecnología y que los problemas de la sociedad son solubles tecnológicamente, mediante el uso de la competencia técnica adquirida en la educación. Aunque esta ideología despolitiza el ámbito público, y en parte *a causa* de ello, no puede ser interpretada sencillamente como una legitimación del *statu quo*, pues la ideología del proceso tecnológico autónomo niega legitimidad a todas las clases sociales que no sean la Nueva Clase. El uso de la ciencia y la tecnología como ideología legitimadora está al servicio de la Nueva Clase, pues elogia las funciones que desempeña, las habilidades que posee y sus credenciales basadas en la educación, y de este modo refuerza las pretensiones de la Nueva Clase sobre los ingresos dentro del *statu quo* en que vive. Al presentar la tecnología como un recurso social impersonal y autónomo, la Nueva Clase se oculta a sí misma y oculta su papel en el proceso, y el modo en que busca una renegociación de los ingresos favorables para ella.

5.18. La teoría de la cultura como capital se origina, al parecer, en el mismo padre putativo de la sociología, Auguste Comte, el secretario e «ingrato» discípulo del gran socialista utópico Henri de Saint-Simon. En su *Sistema de orden social* [35], capítulo segundo, Comte hizo comentarios sobre el origen del capital en el trabajo, en la capacidad humana de producir más de lo que puede consumir —esto es, de obtener un excedente— y en la durabilidad de parte de él, lo cual permite su acumulación a través de las generaciones y su transmisión a lo largo del tiempo. Pero esto es exactamente lo que implica el

[35] Véase, por ejemplo, Gertrude Lenzar, rec., *Auguste Comte and Positivism, The Essential Writings* (Nueva York, 1975), pp. 399 y ss.; y Ronald Fletcher, *Crisis of Industrial Civilization* (Londres, 1974), especialmente el Apéndice, páginas 246 y siguientes.

concepto antropológico de «cultura». Comte se hallaba, en este temprano momento, entre la economía política y la sociología, donde la cultura y el capital se mezclaban y eran intercambiables, y donde podía decirse que «la base del desarrollo social» era el capital *o* la cultura. Los conceptos nacientes de «cultura» y «capital» fueron hermanos siameses unidos por la espalda: la cultura era capital generalizado y el capital era cultura privatizada.

En efecto, fue la transformación de la cultura en *propiedad*, cuyos ingresos podían ser apropiados o legados *privadamente*, a lo que los economistas clásicos habían llamado «capital». El capital era la apropiación privada de la cultura, el cercamiento privado de bienes comunes.

5.19. Si una parte cualquiera de la cultura ha de ser «capital», debe haber apropiación privada de los bienes que produce, cuando está protegida por la costumbre y el Estado. La cultura se hace capital cuando es «capitalizada», lo cual significa: cuando los ingresos son apartados para los que poseen cultura o ciertas formas de ella, mientras se niega esos ingresos a quienes carecen de ella. El capital, pues, constituye por sí mismo una ventaja; quienes lo tienen se aseguran gratificaciones que están negadas a los que carecen de él. La provisión de ingresos especiales a quienes poseen cualquier habilidad culturalmente adquirida, mediante salarios, honorarios, patentes, derechos de autor o el otorgamiento de credenciales, es la capitalización de la habilidad.

El *otorgamiento de credenciales* es la certificación por alguien o por un grupo, considerado como una autoridad competente, de que el individuo aludido posee ciertas habilidades culturales. La reserva de ciertos cargos, beneficios o trabajos —como la reserva de ingresos— para quienes tienen las credenciales pertinentes, como en cualquier sistema burocrático, meritocrático o de administración pública, es la capitalización de estas habilidades culturales. La cultura se transmite mediante la educación y la socialización. En general, es sabido que quienes tienen mayor educación formal también tienen ganancias que exceden a las de quienes poseen menos educación, aunque parece que cada incremento en la educación produce incrementos decrecientes de los ingresos adicionales [36]. Este incremento de los ingresos refleja el valor de capital del incremento en la educación; esto es, el aumento

[36] Véase, por ejemplo, Schultz, «Investment in Human Capital». Una evaluación crítica del cálculo de Schultz de los índices de retribución de las inversiones en educación se encontrará en Fritz Machlup, *The Production and Distribution of Knowledge*, p. 114.

de los ingresos implica que la cultura por la que se paga ha sido capitalizada en un valor proporcional a la cantidad de educación que se necesitó para aprenderla.

5.20. Consideremos lo siguiente: un hombre inicia un negocio con cierta suma de capital y, después de aumentarlo a lo largo de años, decide venderlo. ¿En cuánto lo venderá? Su precio de venta es una función de sus ingresos posibles, no del capital original invertido. El precio de venta es el ingreso capitalizado. Los ingresos, pues, tienen una equivalencia en capital; éste es el valor descontado de los ingresos futuros, y diferentes ingresos suponen diferentes capitalizaciones.

5.21. El valor de capital de algo es el valor descontado del monto de los ingresos que se espera que produzca, la cantidad de dinero contante por la que sus ingresos pueden ser cambiados. Puesto que el valor económico de los ingresos es expresable como una suma de capital descontada, los ingresos y el capital son intercambiables.

Si el valor de capital depende en parte del monto de los ingresos que produce, todo —incluso la cultura— lo que aumente los ingresos aumenta asimismo su valor de capital, y a la inversa. El monto de los ingresos que rinde la cultura, y por ende su valor de capital, es una función de la oferta y la demanda, y de su posible tiempo de vida o caducidad. Los intereses de la burguesía cultural, pues, la disponen a controlar la oferta y limitar la producción de su cultura, a oponerse a todo grupo que restrinja su control sobre la cultura y a eliminar las restricciones legales o morales a los usos para los que la cultura puede ser comprada. Por debajo del «profesionalismo» está la economía política de la cultura.

5.22. La economía política clásica, como ideología de la burguesía en ascenso, tendía a definir el capital de un modo limitado, como el tipo de capital que poseía la burguesía. Ciertamente, la forma de capital controlado por la burguesía era a la sazón la parte «principal», que es lo que significa originalmente *capital*. El marxismo aceptó la dicotomía que estableció la economía política entre propiedad dineraria y trabajo, y tendió a calcular el trabajo en unidades de trabajo manual simple, asignando una función cultural principalmente al empresario y el administrador. Pero el «trabajo» no es sencillamente energía gastada, sino energía gastada de conformidad con algún requisito o patrón cultural, una norma. Así, el trabajo no necesitaba involucrar directamente a las personas. Todo lo que requiere es un gasto de energía controlado por un sistema de *feedback* que regule

su conformidad con una norma. El trabajo crea valor, como todo suministro de energía, sólo cuando se ajusta a una norma cultural. Puesto que la cantidad de energía disponible y la forma a la cual se la somete es una función de la cultura, el valor del trabajo es una función de la inversión cultural.

5.23. La economía política clásica y la economía política radicalizada —esto es, el marxismo— se fundaban ambas en una experiencia histórica con una fuerza de trabajo que, en promedio, tenía un grado bajo de habilidad. Generalizando en exceso a partir de esta experiencia histórica limitada, trataron tácitamente el capitalismo cultural como si fuera nulo. Pero el gran crecimiento del capital cultural desde entonces exige una nueva teoría general del capital, una economía política de la cultura y una teoría de una Nueva Clase con una cultura privilegiada, teoría en la cual la propiedad privada de capital dinerario sea considerada como sólo un caso especial de «capitalismo». Una inversión en educación no es simplemente un artículo de consumo. Queda algo, que produce un posterior flujo de ingresos. Es *capital cultural*, la base económica de la Nueva Clase.

5.24. La posesión de capital cultural une y separa, al mismo tiempo, a la Nueva Clase de la clase obrera. La posesión de capital cultural por la Nueva Clase no es exclusiva, pues todas las clases lo poseen en algún grado. Puesto que todos tienen algún capital cultural, ¿cómo es, entonces, que la Nueva Clase difiere de las otras? Difiere en dos aspectos: primero, *cuantitativamente* [57], pues posee una reserva rela-

[57] Marx habitualmente propendía a centrarse en el trabajo «simple», no sólo por conveniencia analítica, sino también, en parte, porque los «fines» a los que está destinado el trabajo en el capitalismo no son los suyos, de modo que la cultura-como-conducción es investida en otra parte, en la administración; en cuanto a la cultura-instrumental, como las habilidades y el conocimiento, Marx ponía de relieve su expropiación de los obreros por la administración capitalista, mediante la creciente división del trabajo y el desarrollo de la tecnología. Puesto que, para Marx, los trabajadores no establecen los fines del trabajo y puesto que pierden las habilidades que antes tenían, Marx presupone una tácita *desculturización del trabajo*. Así, dice Marx: «para nuestro propósito, basta considerar sólo la fuerza de trabajo media, cuyos costes de educación y desarrollo son magnitudes insignificantes». Luego Marx agrega al pasar que «aprovecha la ocasión para declarar que, como los costes de producir mano de obra de diferente calidad difieren, también difieren los valores de la mano de obra empleada en diferentes industrias». La conclusión que de esto extrae Marx es sorprendente: «La exigencia de *igualdad de salarios*, pues, reposa en un error, es un deseo fútil que nunca puede ser satisfe-

tivamente grande de él, y una parte relativamente mayor de sus ingresos deriva de él. Segundo, difiere *cualitativamente:* su cultura es especial, en alguna medida. A este respecto, la Nueva Clase de intelectuales e *intelligentsia* es distinguible por el hecho de que constituye también una comunidad *lingüística.* Hablan una variante lingüística especial, una variante lingüística elaborada. Su variante de lenguaje se caracteriza por una orientación hacia una cultura de lenguaje cualitativamente especial: a la cultura del discurso cuidadoso y crítico.

Tesis VI: La Nueva Clase como comunidad lingüística

6.1. La cultura del discurso crítico (CDC)[38] es un conjunto, elaborado a lo largo de la historia, de reglas, una gramática del discurso que (1) se preocupa por *justificar* sus aserciones, pero (2), cuyo *modo* de justificación no se basa en la apelación a autoridades, y (3) prefiere obtener el consenso *voluntario* de aquellos a quienes se dirige solamente sobre la base de los argumentos aducidos. La CDC se centra en un acto lingüístico específico: la justificación. Es una cultura del discurso en la cual no hay nada que, en principio, los hablantes se nieguen permanentemente a discutir o a hacer problemático; en verdad, hasta se hallan dispuestos a hablar sobre el valor del habla misma y su posible inferioridad con respecto al silencio o la práctica. Esta gramática es la estructura profunda de la ideología común compartida por la Nueva Clase. *La ideología compartida de los intelectuales y la intelligentsia es, así, una ideología sobre el discurso.* Aparte de los diversos lenguajes técnicos (o sociolectos) hablados por las profesiones especializadas, y subyacente a ellos, los intelectuales y la *intelligentsia* adhieren en común a una cultura del discurso crítico

cho... Reclamar *retribuciones iguales o aun semejantes* sobre la base del sistema de salarios es lo mismo que pedir la *libertad* sobre la base del sistema esclavista.» (Karl Marx, *Value, Price and Profit,* Nueva York, 1935, p. 39.)

[38] Esta sección debe mucho a Basil Bernstein, pues se basa en una adaptación crítica de sus «códigos lingüísticos elaborados y restringidos», que han pasado por varias reelaboraciones. Su discutida obra, ya clásica, fue publicada en J. J. Gumperz y D. Hymes, *Directions in Sociolinguistics* (Nueva York, 1972). Una reelaboración reciente de sus ideas se hallará en Bernstein, «Social Class, Language, and Socialization», en T. A. Sebeok, rec., *Current Trends in Linguistics* (La Habana, 1974). Para una bibliografía completa y mayores detalles, véase la nota 4.

(CDC). La CDC es la infraestructura latente pero movilizable de los lenguajes «técnicos» modernos.

6.2. La cultura del discurso crítico se caracteriza por tener un lenguaje que es *relativamente* más *ajeno a la situación,* más «independiente» del contexto o el campo. Esta cultura lingüística, pues, valora expresamente los significados legislados y desvaloriza los significados tácitos, limitados por el contexto. Su ideal es: «un significado para cada palabra», para todo el mundo y para siempre.

La variante lingüística especial de la Nueva Clase también exalta la importancia de los modos particulares de *justificación,* y usa reglas especialmente articuladas y explícitas, en vez de precedentes difusos o rasgos tácitos del contexto lingüístico. La cultura del lenguaje crítico exige que la validez de las afirmaciones sea justificada sin referencia a la *posición social o la autoridad* del hablante. En ella, el buen lenguaje es el que puede hacer *explícitos* sus principios y es orientado por ellos, en vez de recalcar la sensibilidad al contexto y la variabilidad de éste. En ella, el buen lenguaje, pues, tiene *teoricidad*[39].

Al estar orientada por pautas y principios, la CDC supone que aquello que se dice puede *no* ser correcto, puede ser *erróneo.* Reconoce que «Lo Que Es» puede ser confundido o inadecuado, y por lo tanto está sujeto a alternativas. La CDC es también, relativamente, más *reflexiva,* autocontrolada, capaz de mayor metacomunicación, esto es, de hablar acerca del habla; es capaz de hacer problemático su propio lenguaje y de corregirlo con respecto a sus rasgos léxicos y gramaticales, así como hacer problemática la validez de sus aserciones. La CDC, pues, exige una considerable «disciplina expresiva», para no hablar ya de «renuncia a los instintos».

6.3. Lo más importante de todo es que la cultura del lenguaje crítico prohíbe basarse en la persona, la autoridad o el status social del hablante para justificar sus afirmaciones. Como resultado de esto, la CDC desautoriza todo lenguaje fundado en la autoridad tradicional de la sociedad, mientras que se autoriza a sí misma, a la variante lingüística elaborada de la cultura del discurso crítico, como patrón de *todo* lenguaje «serio». Desde ahora, las personas y sus posiciones sociales no deben ser visibles en su lenguaje. Este se hace impersonal.

[39] Cf. Peter McHugh, «A Common-Sense Perception of Deviance», en H. P. Dreitzel, rec., *Recent Sociology, Number 2* (Londres, 1970), pp. 165 y siguientes. Sobre el buen discurso como discurso «serio», véase David Silverman, «Speaking Seriously», *Theory and Society,* Primavera de 1974.

Los hablantes se ocultan detrás de su lenguaje. El lenguaje parece desencarnado, fuera de contexto y autofundado. (Esto ocurre especialmente con el lenguaje de los intelectuales y, algo menos, de la *intelligentsia* técnica, que puede no invocar la CDC excepto cuando sus paradigmas se derrumban.)

Los miembros de la Nueva Clase se convierten en los maestros gremiales de una pedagogía invisible.

6.4. La cultura del discurso crítico es la ideología común compartida por la Nueva Clase, aunque la *intelligentsia* técnica a veces la mantiene latente. Las habilidades y las condiciones sociales requeridas para reproducirla se cuentan entre los *intereses* comunes de la Nueva Clase. En correspondencia con esto, es interés común de la Nueva Clase impedir u oponerse a toda censura de su variedad lingüística y proclamarla como el patrón del buen lenguaje. *Así, la Nueva Clase tiene una ideología común en la CDC e intereses comunes en su capital cultural.*

6.5. Dudas: ¿Está la Nueva Clase realmente «unificada» por sus reglas comunes del discurso? ¿No están los intelectuales siempre descontentos, eternamente fuera de toda clase? ¿No es necesariamente conservadora la *intelligentsia* técnica (porque opera *dentro* de «paradigmas»)? Abordemos para empezar la última cuestión.

La *intelligentsia técnica* centra su labor en la elaboración detallada del paradigma dominante en su especialidad técnica. Cuando esta especialidad es madura puede haber un solo paradigma, pero a menudo hay más de uno. Cuando hay varios, la intelligentsia técnica se enfrenta con esta alternativa: o bien abandona la discusión, alegando una total «inconmensurabilidad de paradigmas», o bien debe reactivar la cultura común latente del discurso crítico subyacente en su lenguaje técnico. Todo problema que presente un paradigma es resuelto, típicamente, recurriendo a la CDC. La gente debe dar razones: no pueden basarse en su posición en la sociedad o en su ciencia para justificar decisiones técnicas. (De este modo, son sustancialmente diferentes a los *burócratas*, aun cuando realicen «ciencia normal».) Y aunque operen con un solo paradigma, una acumulación de hallazgos anómalos les exige revisar o abandonar el paradigma, lo cual sólo pueden hacer volviendo una vez más a donar la cultura del discurso crítico.

En resumen, la CDC es un lazo común entre los intelectuales humanistas y la intelligentsia técnica, así como entre distintas *intelligentsias* técnicas. Como lenguaje, la CDC unifica del mismo modo que

las lenguas comunes, digamos, el francés o el alemán. Así como el francés y el alemán son elementos unificadores, que establecen fronteras, haciendo más fácil a los miembros de una nación comunicarse entre sí, pero haciendo más difícil para ellos comunicarse con gente que no habla su lengua, del mismo modo la CDC unifica a los que la usan y crea una distancia entre ellos y quienes no la usan.

Esto no significa, por supuesto, que no haya importantes diferencias entre quienes hablan alemán o el lenguaje de la CDC; no significa que quienes hablan uno u otro no puedan estar seriamente divididos o ser hostiles unos a otros de ciertos modos. Pero, pese a esas divisiones, hay una especial solidaridad entre los que comparten un lenguaje.

Al hablar de la Nueva Clase como «clase», comúnmente se plantea la cuestión de cuán unitaria, cohesiva o solidaria es o puede ser, cuán homogénea en sus intereses, cultura y políticas, y si se oponen o pueden oponerse a los de la vieja clase adinerada. El hecho de que los miembros de la Nueva Clase *pueden* seguir una política opuesta a la de la vieja clase adinerada parece bastante obvio por su historia, que examinamos más adelante, en la Tesis X, sobre los intelectuales revolucionarios, y, en verdad, como lo revela su papel de dirigentes de diversos grupos terroristas. Es evidente también que ha habido importantes ocasiones históricas en que la Nueva Clase estuvo muy unida, por ejemplo, en los movimientos antifascistas del decenio de 1930 y, más recientemente, en su oposición a la guerra de Estados Unidos en Vietnam. Lo que ha sido puede ser. Estos casos de amplia solidaridad social entre los intelectuales y la *intelligentsia* técnica exigen un estudio histórico más detallado. También es probable que los miembros de la Nueva Clase, intelectuales o *intelligentsia,* tengan mayores facilidades para la mutua interacción social, precisamente a causa de su educación, su cultura y sus códigos lingüísticos similares, lo cual favorece la creación de peñas, círculos sociales, lazos profesionales y proyectos políticos entre ellos. Además de tener vínculos amistosos, informales o íntimos unos con otros, también es probable que residan y tomen sus vacaciones en los mismos lugares y zonas ecológicas, y que se casen con frecuencia entre ellos.

La negación de que la Nueva Clase pueda actuar de un modo político solidario a causa de su diferenciación interna nos recuerda afirmaciones similares que se hacía antaño sobre la capacidad de las mujeres o de los negros para formar grupos de status políticamente efectivos. Desde ciertos puntos de vista, las mujeres no podrán formar movimientos políticos coherentes porque unas son pobres y otras

adineradas, unas son negras y otras blancas, unas son heterosexuales y otras homosexuales, etcétera. Sin embargo, el movimiento femenino crece y permanece. En verdad, también de la clase obrera se ha dicho que se halla internamente dividida en grupos de oficios, industriales y salariales, profundamente fragmentada por la educación, el sexo, la raza y la edad, y presa del nacionalismo y el chauvinismo; sin embargo, esto no ha impedido el surgimiento de poderosos partidos políticos, sindicatos y movimientos obreros. En realidad, la misma «clase capitalista» contiene todo género de diferencias internas y, como decía Marx, cada capitalista destruye a muchos otros.

En su mayoría, las clases mismas no entran en la lucha política activa; los participantes activos de ella son, habitualmente, organizaciones, partidos, asociaciones y vanguardias. Las clases son zonas de reserva, en las que esas organizaciones movilizan, reclutan y recaban apoyo, y en cuyo nombre legitiman su lucha. Las clases mismas nunca están unidas en la lucha de unas contra otras. Además, no hay razón alguna para suponer que la Nueva Clase, al menos en «Occidente», «derrocará» al capital según el modelo, digamos, de la Revolución de Octubre rusa. El ascenso de la Nueva Clase será más similar al de la burguesía que a las revoluciones hechas en nombre de la clase obrera. Es decir, tendrá cientos de años de desarrollo, se consolidará mediante una Reforma y tendrá el tiempo suficiente para establecer totalmente sus propios modos característicos de producción antes de coronar su ascenso con todos los atavíos de la autoridad política.

6.6. Sobre Edward Shils. Dos teóricos que son de particular utilidad para discernir la naturaleza específica de la ideología de la Nueva Clase son Basil Bernstein, cuya importancia para nuestra labor ya ha sido señalada [40], y Edward Shils [41], quien ha formulado un diagnóstico

[40] La obra de Bernstein y la de Shils sobre la cultura de los intelectuales presentan importantes coincidencias, pero se trata de coincidencias difíciles de discernir, porque mientras Shils habla expresamente de la cultura de los intelectuales, el «código elaborado» de Bernstein ha sido formulado en el marco de una sociolingüística que no presta especial atención a los intelectuales; sólo se puede ver su coincidencia con Shils después de llegar a la conclusión de que no está distribuida al azar entre los estratos sociales, sino que es la ideología especial de los intelectuales. La de Bernstein es esencialmente una traducción lingüística del análisis cultural, más común, de Shils. También ambos adoptan el «clasicismo» como punto de vista. Esto es claramente visible en la altanera actitud goethiana de Shils hacia el Romanticismo; para un examen del fundamento clásico de la variante lingüística elaborada de Bernstein, véase mi obra *La dialéctica de la Ideología y la tecnología*, pp. 91-94.

[41] Véase, en particular, Edward Shils, *The Intellectuals and the Powers and Other Essays* (Chicago, 1972).

más difuso de las características culturales de los intelectuales. También discutiré la posición de Noam Chomsky, porque, en ciertos aspectos, su análisis de los intelectuales modernos niega el carácter «antagónico» que Shils les imputa.

Shils ha recalcado de modo excepcionalmente enfático la tendencia a la *alienación* de los intelectuales, que él atribuye a su especial cultura. Considera que su cultura difiere de la de otros —a los que llama «legos»— en que ellos no se limitan a las inmediateces de la vida cotidiana. Los intelectuales se interesan más que los «legos» por los valores más remotos, supremos, y están dispuestos a ir más allá de la experiencia directa, inmediata, con lo concreto, y a vivir en un «universo más vasto». Se orientan también en mayor grado hacia las reglas, los valores y los patrones, o tienen más teoricidad que otros más orientados hacia las personas, más sensibles a las situaciones y más atentos a las diferencias en los contextos.

Los intelectuales, según Shils, también adhieren más al cultivo de alternativas, a las posibilidades, y no sólo a las realidades: a lo que *podría* ser, y no sólo a lo que *es*. Las posibilidades alternativas son examinadas mediante la «elaboración» de la tradición, dice Shils, mediante la sistematización, la tematización, la explicación, la racionalización y la formalización.

Shils hace derivar el potencial de alienación de los intelectuales de su especial orientación hacia la cultura, mientras que yo, *en parte*, la hago provenir de su cultura del discurso crítico:

> El proceso de elaborar y desarrollar las potencialidades inherentes a un «sistema» de valores culturales entraña también la posibilidad de «rechazar» el conjunto heredado de valores... En todas las sociedades, aun en aquellas en que los intelectuales se caracterizan por su conservadurismo, los diversos caminos de la creatividad, así como la inevitable tendencia al negativismo, impele a un rechazo parcial del sistema prevaleciente de valores culturales [42].

El examen de Shils de la disposición a la alienación de los intelectuales implica, claro está, una *crítica* de los intelectuales (más que simplemente una apreciación), de su «ilustración». Esta crítica tiene un centro especial: se limita principalmente a la destrucción por los intelectuales de la solidaridad social, a su ruptura con la *tradición establecida*, y a su oposición a la *autoridad constituida*. Lo que Shils *no* toma en consideración es que la negatividad de los intelectuales encarna un conjunto disimulado de pretensiones que promueven su

[42] *Ibid.*, p. 7.

propia candidatura como nueva élite. Shils no considera esto como una lucha entre dos élites, sino sencillamente como el negativismo nihilista de los intelectuales, que puede terminar en el anarquismo y el derrocamiento de toda jerarquía. Por ello, Shils no ve la posibilidad de que la «negatividad» de los intelectuales sea sólo el gambito de apertura para el reemplazo de la vieja clase por otra nueva, y de una vieja tradición y jerarquía por otra nueva.

Shils hace la crítica de los intelectuales desde el punto de vista de la vieja clase y, en verdad, de estratos aún más arcaicos que ésta. Habla en nombre de lo «sagrado» y de la «tradición». Cuando Shils dice que la «tradición de desconfianza hacia la autoridad secular y la eclesiástica —y, de hecho, hacia la tradición en sí— se ha convertido en la segunda tradición principal de los intelectuales», no ve a los intelectuales como una nueva clase, sino como sacerdotes *manqués*, como tutores de los Nuevos Príncipes, que deberían conservar su lugar.

El diagnóstico de Shils de la formación *cultural* es útil, al menos con respecto a los intelectuales *occidentales*. Esta formación, sostiene, involucra cuatro elementos: cientificismo, romanticismo, revolucionarismo y populismo, cada uno de los cuales tiene su propio potencial de alienación específico. El *populismo*, la creencia en el valor de las personas comunes y en el valor de su sencillez y sabiduría, puede disponer a los intelectuales a elogiar a la gente popular como más veraz y sabia que los miembros de su propia élite social, más artificiales y más influidos por lo extranjero. La tradición *revolucionaria*, afirma Shils, deriva de una antigua tradición milenarista en la que el mundo cotidiano es considerado profundamente divergente de los valores sagrados, en verdad, como corrupto y malo, como no susceptible de reformas parciales, sino que exige una transformación urgentemente necesaria e inmediata. El *romanticismo* se rebela contra las reglas y las tradiciones, consideradas externas, impuestas y extrañas, porque frenan la espontaneidad, los impulsos y la creatividad. Finalmente, el *cientificismo* afirma que no debe permitirse que la tradición externa ni el impulso interno gobiernen el juicio, el cual, en cambio, debe reposar en la experiencia filtrada por la reflexión crítica. Así, todas las tradiciones específicas que constituyen la formación *cultural* de los intelectuales (occidentales) encienden la rebelión contra la tradición y la autoridad existentes [43].

Pero hay una estructura común más profunda subyacente a estas

[43] *Ibid.*, p. 18.

diversas tradiciones concretas en las que se centra Shils. Se la puede llamar «voluntarismo» o quizá, mejor aún, «autofundamentación». Incluye y se refiere a lo interno más que a lo externo, a lo elegido más que a lo impuesto, a lo nativo más que a lo extraño, a lo natural más que a lo artificial. *Se refiere a lo que es capaz de moverse y orientarse por sí mismo más que a lo que es conducido exteriormente.* La estructura más profunda de la cultura y la ideología de los intelectuales es su orgullo por su *autonomía*, a la que entienden como basada en su reflexión, y su capacidad para decidir el curso a tomar a la luz de esa reflexión. Así, toda autoridad que exija obediencia o toda tradición que exija conformidad sin reflexión y decisión voluntaria es sentida como una tiránica violación del yo.

La autonomía, o autofundamentación, se convierte en uno de los ideales más importantes de la noción de racionalidad de los intelectuales modernos. Se afirma que un argumento debe sostenerse sobre sus propios pies, debe ser autosuficiente, que se debe «tomar en consideración el lenguaje, no al hablante», que debe abarcar todo lo necesario y brindar una exposición completa de todos los supuestos requeridos para sustentar la conclusión. Esto se convierte en una regla básica de la gramática de la racionalidad moderna; aparece del modo más cabal en la prueba geométrica, con su vasta estructura de axiomas y teoremas, y está en el fondo de lo que Heidegger llamaba el «proyecto matemático». La ideología básica del discurso, como ideología de los intelectuales y la *intelligentsia*, supone una esfera de autonomía en la cual el lenguaje y la acción se orientan por normas, en vez de estar causalmente controlados por fuerzas externas, en la cual las conclusiones son *seleccionadas* reflexivamente y construidas a la luz de ciertas reglas, en lugar de ser impuestas por la fuerza, la tradición, el impulso o las «leyes» imperativas de la ciencia.

El énfasis en la autonomía, sin embargo, no debe ser entendido simplemente como un valor espiritual importante para los intelectuales o como si fuera deseado porque sin él ellos no podrían trabajar adecuadamente. La autonomía no es sólo un requisito de trabajo o una aspiración ética, sino también una expresión de los *intereses* sociales de la Nueva Clase como grupo distinto. La exaltación de la autonomía es la ideología de un estrato que se halla aún subordinado a otros grupos cuyos límites trata de eliminar, en parte consciente y en parte inconscientemente. Esta aspiración a la autonomía expresa un impulso *político* hacia esa autoadministración del trabajo característica de (al menos) los trabajadores cualificados y «profesionales»

que tratan de controlar «los términos, las condiciones y el contenido de su trabajo...», por razones *gremiales*[44].

Con mayor generalidad, la perspectiva de Shils de las diversas fuentes culturales de los intelectuales modernos es unilateral al concebirlas como una *formación*. Al enfocarlas como elementos que entran en la formación de los intelectuales modernos, descuida el otro aspecto, a saber, el hecho de que también son *hechas* por los intelectuales bajo el sello de sus propios intereses de grupo de status, de que son todas aspectos de la ideología de los intelectuales y un síntoma del surgimiento de la Nueva Clase.

Consideremos, por ejemplo, la formulación que hace Shils de la significación del «cientificismo». Este es una inferencia acerca de la cultura de los intelectuales hecha a partir de un examen de movimientos sociales históricamente más específicos y concretos en los que se vieron envueltos los intelectuales en un tiempo. El cientificismo, por ejemplo, es a lo sumo una inferencia hecha a partir del significado del positivismo de principios del siglo XIX. Pero el positivismo no fue sólo la exigencia de que el juicio fuera el resultado de la experiencia cribada por la razón; en verdad, ésta podría ser la concepción hasta del prudente hombre de negocios. El positivismo, en cambio, tal como se expresó en la obra de Henri de Saint-Simon y los sansimonianos, implicaba una concepción del mundo moderno que lo veía como verdaderamente basado en la ciencia y la tecnología, que para ellos constituían los intereses universales de la humanidad. La ciencia y la tecnología eran consideradas fundamentales porque permitirían superar la antigua escasez y, mediante el aumento de la productividad, ligar la clase obrera a la sociedad. La ciencia también *integraría* a la nueva sociedad, según esperaban, porque proporcionaría un conocimiento cierto (esto es, «positivo») de lo verdadero y, por ende, una base para creencias comunes y para la solidaridad social. La nueva sociedad industrial y positivista iba a ser rescatada de la escasez, integrada y legitimada por la nueva ciencia y la tecnología, y los nuevos científicos-tecnócratas iban a convertirse en los «sacerdotes» de esta sociedad.

La autoridad ya no reposaría en el cargo heredado o en la fuerza y la violencia —*o ni siquiera en la propiedad*—, sino en la habilidad y la ciencia. En efecto, el positivismo fue un intento prematuro de la Nueva Clase naciente para presentarse como la fuente esencial de la legitimidad y la productividad en la sociedad moderna. Pero las nuevas clases adineradas, que por entonces sólo comenzaban a conquistar un lugar para ellas y debían combatir la acción «restauradora» de retaguardia del Antiguo Régimen, no estaban dispuestas a aceptar esta señorial concepción de la que todavía era una secta pequeña y escuálida. Toda historia seria de la Nueva Clase, pues, debe ver al positivismo históricamente específico (no al vago «cientificismo») como un momento decisivo en la temprana evolución de la Nueva Clase y de su autoconciencia naciente.

[44] Cf. Freidson, «The Futures of Professionalisation».

La visión de Shils del romanticismo como una revuelta contra reglas represivas y externas es esencialmente correcta, aunque simplificada. Podríamos añadir que el romanticismo también encarnó el desprecio por el «filisteísmo» de los nuevos ricos, quienes sólo valoraban lo que daba dinero. Eran los filisteos adinerados quienes tenían ahora el poder de la censura[45]. Si los positivistas sostenían que la naciente clase adinerada no podía ser legitimada sin apelar a las nuevas ciencias y tecnologías, los románticos insistían en que era menester algo más: su apoyo a la cultura y las artes. En un plano, pues, positivistas y románticos coincidían en su juicio de la Nueva Clase adinerada, se burlaban de sus deficiencias y se ofrecían para ayudarla a superarlas. Al mismo tiempo, el ascenso romántico también implicó una crítica de la nueva ciencia y la tecnología —y sus funcionarios—, en la que los románticos veían ciertos rasgos comunes entre el «materialismo» de éstas y el filisteísmo de la clase adinerada.

Los nuevos ingenieros, científicos y médicos positivistas tenían reservado un futuro en el nuevo orden industrial que vieron nacer a principios del siglo XIX, y por ello su crítica de él era ambivalente. Pero aunque tenían futuro en la nueva sociedad industrial, sólo podían entrever un lugar subordinado para ellos. Los positivistas llegaron a la crítica de la clase adinerada, de la burguesía, a causa de esto y porque temían que la propiedad industrial privada, al ser heredable privadamente, pudiera caer en manos incompetentes, con el despilfarro resultante de una riqueza social. Este fue el origen del «socialismo utópico» sansimoniano. Los románticos, al ser artistas, músicos, poetas y novelistas, tenían aún menos razones para comprometerse con la burguesía naciente, pues tenían menguadas perspectivas en el nuevo orden científico; estaban a merced de las fuerzas del mercado, que, si bien los liberaba del dominio personal de amos individuales, hacía precario su sustento. Así, los románticos comenzaron a formar

[45] Sobre la importancia de la censura en la formación política de los intelectuales, véase A. W. Gouldner, *La dialéctica de la ideología y la tecnología*, pp. 164-66.

las bohemias nacientes, a librar una guerra de guerrillas y emboscadas contra el nuevo orden en ascenso, y a crear una «contracultura».

No puede entenderse el marxismo, según sugiere Shils, como el residuo de un antiguo milenarismo. Era más probable que el milenarismo atrajera a los *desvalidos* y sufrientes que a los hijos de los favorecidos y privilegiados —la vanguardia de la Nueva Clase— que crearon el marxismo, y que estaban también altamente secularizados. Se comprende mejor al marxismo como la fusión del romanticismo y el positivismo, fusión *en la cual un sector de la Nueva Clase alienada busca una base de masas en el proletariado.* Su mensaje es que el mundo sólo puede ser transformado eficazmente mediante la comprensión científica de la sociedad que él brinda, no mediante un mero acto de voluntad. Como el romanticismo, la «teoría del valor basada en el trabajo» que propone el marxismo considera la creatividad como tema central. Pero el marxismo ve al proletariado como la fuerza creadora esencial de la sociedad, de hecho como la única fuente de valor económico y plusvalía. En vez de juzgar la creatividad como el don carismático de una pequeña élite, el marxismo la considera como la posesión exclusiva de las masas desheredadas.

Los lazos del marxismo con la Nueva Clase derivan tanto de su herencia positivista como de su herencia romántica y, más aún, de su tendencia a un socialismo en el que la expropiación de la propiedad privada no solamente eliminaría los límites irracionales a la productividad, sino que también suprimiría el límite estructural impuesto a las ambiciones de la Nueva Clase bajo el capitalismo. Con el derrocamiento de éste, ya no hay una burguesía a la que la Nueva Clase esté sujeta. Marx juzgaba su propia obra superior al «socialismo utópico» de Saint-Simon y Fourier; pero, al ser anterior a la aparición masiva de la Nueva Clase, Marx no fue el primero de los socialistas científicos, sino el último de los utópicos.

6.7. Sobre Parsons y Habermas. No es éste el lugar adecuado para hacer una historia de las ideologías de la Nueva Clase, y las observaciones que aquí hacemos sólo pretenden ser notas y sugerencias para una tal historia. Fundamentales para esta historia, por supuesto, serían las ideologías del «profesionalismo», sobre todo, quizá, entre los sociólogos modernos. En verdad, la vasta *oeuvre* de Talcott Parsons puede ser comprendida mejor como una compleja ideología de la Nueva Clase, expresada por y mediante su halagüeña concepción del *profesionalismo.* Parsons, en efecto, define la sociedad moderna como caracterizada por el profesionalismo, más que por su carácter capitalista. De este modo, Parsons pone de relieve la convergencia entre los negocios y las profesiones más que la divergencia vebleniana entre los negocios y la industria. Parsons destaca las características comunes a los negocios y las profesiones; por ejemplo, presumiblemente hay una común adhesión a la eficiencia, en la que cada uno acepta esferas limitadas de competencia y autoridad, y también cada uno es universalista y se gobierna por reglas generales e impersonales [46]. La concepción de Parsons del profesionalismo, pues, sirve en gran medida para asimilar los negocios a las profesiones, ocultando la primordial búsqueda del beneficio por los primeros. Al asimilar los negocios a la capital importancia asignada a la colectividad por las profesiones, Parsons brinda una nueva legitimación a la vieja clase empresarial e insinúa su inminente resurrección moral.

El concepto que tiene Parsons de las profesiones supone un cambio con respecto al positivismo, pues exalta su devoto carácter moral más que su fundamento en la ciencia y el conocimiento codificado. Su visión de las profesiones encubre el carácter egoísta de éstas como grupo de status con intereses creados, con lo cual da ideológicamente un aspecto romántico tanto a la vieja clase como a la nueva. Prosiguiendo su esfuerzo habitual dirigido a eliminar las contradicciones de la vida social, Parsons también ignora las tensiones entre la vieja clase y la nueva, y los modos en que la ideología del profesionalismo de la Nueva Clase tácitamente *subvierte* la legitimidad de la vieja clase al fundarse a sí misma en una orientación moral hacia la colectividad y en el conocimiento y las habilidades científicos, ausentes en el egoísmo de la vieja clase, que sólo busca beneficios. Según el cuadro fundamental que pinta Parsons, la nueva élite nacional de los Estados Unidos estará formada por una clase empresarial *modernizada* y profesionalizada, unida a, y fundida con, los profesionales de la Nueva Clase. El surgimiento de la Nueva Clase en los Estados Unidos, en opinión de Parsons, se producirá, pues, dentro del marco de una sociedad empresarial y mediante el elevamiento moral de la vieja clase por la nueva. Ligada por respeto y prudencia a la vieja clase, a la que concibe como aspirando principalmente a la productividad para la sociedad más que a los ingresos en sí mismos, la sociología de Parsons se caracteriza por el impulso a revitalizar la legitimidad de la vieja clase en declive uniéndola a la Nueva Clase y profesionalizándola.

Parsons vacila entre usar la Nueva Clase como soporte para apun-

[46] Un examen más detallado se hallará en A. W. Gouldner, *The Coming Crisis of Western Sociology* (Nueva York, 1970), sobre todo pp. 151 y ss.

talar a la vieja clase en derrumbe o someter a la vieja clase a una reforma total bajo la tutela de la Nueva Clase. Busca un compromiso entre ésta y las pretensiones de la vieja clase. Por ello, la teoría de Parsons es una *incómoda* sociología de la Nueva Clase; sigue mirando hacia atrás, convencida aún de que la vieja clase tiene futuro, e imagina erróneamente que las debilidades de ésta son primordialmente debilidades de legitimación. Parsons usa la Nueva Clase para resolver la «crisis de legitimación» de la vieja.

Desde el positivismo hasta Parsons, la sociología (como disciplina) ha estado especialmente abierta a las pretensiones y las perspectivas de la Nueva Clase. En sus comienzos positivistas, la sociología *no* fue (como dije llanamente en *La Crisis de la sociología occidental)* «la creación intelectual de la clase media propietaria», sino más bien la de una nobleza desclasada y «de una naciente *intelligentsia* técnica» [47], que en un comienzo carecía literalmente de derechos políticos. Si bien la sociología de Parsons surgió inicialmente en una situación anterior a la del «Estado» Benefactor, después de la maduración de esta forma de Estado su sociología y otras sociologías académicas representaron cada vez más las pretensiones de la Nueva Clase. Comparada, por ejemplo, con la economía académica, la sociología adopta claramente el punto de vista de la Nueva Clase.

Al exaltar la importancia de una moralidad revitalizada [48] como base para la «crítica» y el discurso práctico, la teoría crítica de Jürgen Habermas muestra una sorprendente convergencia con la estructura profunda de la sociología de Talcott Parsons. A diferencia de éste, sin embargo, Habermas no tiene ataduras sentimentales con la vieja clase adinerada. Recalca, con todo, que los peligros de la dominación social no serán eliminados sencillamente «socializando» los medios de producción. Habermas es críticamente sensible a las proclividades elitistas de la Nueva Clase, que para él socavan las prerrogativas populares en la adopción de decisiones.

[47] *Ibid.*, pp. 106, 153 y 320.

[48] Habermas subraya que la coincidencia tecnocrática y la racionalidad instrumental implican una represión de la ética, lo cual socava los requisitos de la razón práctica y la política pública. Véase, por ejemplo, J. Habermas, *Toward a Rational Society* (Boston, 1970), pp. 112-13. Evidentemente, al centrarse en la «Crisis de Legitimación» (Boston, 1975), Habermas ha hecho la problemática weberiana y durkheimiana fundamental para su propio proyecto. El objetivo más importante de la obra de Habermas es fundamentar la «crítica» (como alternativa a la ciencia social positivista) *estableciendo y justificando un sistema de normas morales,* cosa que ni Marx ni la vieja generación de teóricos críticos había hecho. La crítica que hace Habermas en la «Lógica de los Problemas de Legitimación» de la doctrina de Max Weber, según la cual la sociología estaría exenta de valores, su obra sobre la evolución sociocultural y sobre la deducción de las características de la situación lingüística ideal, están todas inspiradas por ese objetivo, y de este modo converge con la sociología centrada en la moral de Parsons.

Habermas representa, del modo más básico, la lucha interna en la Nueva Clase, la lucha de una vieja élite humanista contra las élites tecnocráticas más recientes, y se centra especialmente en los efectos *anómicos* y desmoralizantes del énfasis de la *intelligentsia* técnica en la eficiencia instrumental. Habermas busca un nuevo marco institucional —la «situación lingüística ideal»— dentro del cual no sólo puedan elegirse los medios técnicos, sino que también revitalice la moralidad y seleccione los objetivos mismos a los cuales aplicar la tecnología. La meta de Habermas, pues, es controlar a la élite técnica y facilitar la participación popular en la efectiva adopción de decisiones, estableciendo los requisitos institucionales de un sistema social que puede subordinar a los técnicos a las exigencias de una moralidad racional y una razón práctica, pero que debe también *subordinarlos a los Guardianes de esta moralidad y esta razón.* La teoría crítica de Habermas es una crítica de la *intelligentsia* técnica y la política burocrática del socialismo «científico», tanto de la *intelligentsia* como de la burocracia, desde el punto de vista de una élite humanista más vieja. En su concepción, la vieja clase es considerada como históricamente anticuada; ve el futuro compartido entre los estratos políticos y los técnicos, unos y otros con fuertes elementos de irracionalidad y elitismo que deben ser sometidos a efectivos controles públicos y fijación pública de objetivos.

El teórico crítico, en esta concepción, es el nuevo Guardián del fundamento moral de la acción social, que permite al conjunto del pueblo desempeñar un papel más efectivo en el discurso práctico de la vida pública, y someter las irracionalidades y los límites de las élites técnica y política a una crítica trascendente. El «apoliticismo» de Habermas representa el supuesto de que la transformación en la conciencia a la que él aspira puede ser alcanzada, no por la revolución política, sino por una reforma cultural. Tal teoría crítica, pues, es la ideología de un sector con preocupaciones morales de la Nueva Clase que afirma la prioridad de sus propias preocupaciones culturales sobre las puramente técnicas y burocráticas. De este modo, es la ideología evolucionista, fabiana, de una especie de sacerdocio secular, primordialmente terapéutica y revitalizadora de la moral en sus intenciones básicas, más que política.

6.8. Sobre Noam Chomsky. Si Shils hace resaltar, y hasta exagera, la disposición a la alienación de los intelectuales, Noam Chomsky niega que ellos se opongan verdaderamente al orden establecido y, en cambio, exagera su sometimiento al poder. Ambos, sin embargo, se unen en la condena de la Nueva Clase, aunque por razones opuestas.

Chomsky es un sabio de inmensa autoridad moral (muy justificada) y de abundante energía moral (ocasionalmente mal empleada). En su conferencia Huizinga comienza citando aprobatoriamente la condena por Bakunin del reinado de la Nueva Clase por juzgarlo aristocrático, despótico, arrogante y elitista [49]. Sin embargo, uno se pregunta inmediatamente por qué Chomsky cita a Bakunin a tal efecto, ya que él mismo no cree que la Nueva Clase tenga poder alguno. «Contrariamente a las ilusiones de los teóricos de la sociedad post-industrial —insiste Chomsky— el poder no está pasando a sus manos» [50]. Es interesante que Chomsky no rechace la advertencia de Bakunin de que el gobierno de sabios socialistas «es el peor de todos los gobiernos despóticos»; en verdad, al parecer la considera una caracterización bastante apropiada de la sociedad soviética. Aparentemente, el reinado de la Nueva Clase es inminente (y pernicioso) en la sociedad soviética, pero meramente quimérico en la sociedad del capitalismo tardío. Pero si la Nueva Clase tiene aquí tan poca importancia, ¿por qué perder el tiempo en denunciarla?, ¿por qué no ignorarla, sencillamente? Aquí la posición de Chomsky no es muy clara.

Sin embargo, su descripción de la conducta a menudo desvergonzada de la Nueva Clase es convincente. Sus adulaciones para obtener favores, promociones, recompensas y notoriedad; su ansiedad por brindar servicios y argumentos (pagados) a la industria y al Estado; su disposición a ser la «sirvienta del poder» (según la oportuna frase de Loren Baritz), figuran entre los más desagradables rasgos de la Nueva Clase. Pienso que ninguno de los epítetos que usa Chomsky es totalmente injusto.

Pero, desde otra perspectiva, quizá éstas sean sencillamente características comunes a los grupos en ascenso antes de tomar el poder. Uno se pregunta por qué piensa Chomsky que la Nueva Clase debe ofrecer un nuevo modelo histórico de moralidad. En la mayoría de las sociedades, la mayoría de las clases sirven casi siempre a los poderes existentes. ¿Por qué la Nueva Clase no habría de ser al principio la «sirvienta del poder»? La burguesía, por ejemplo, fue la sirvienta

[49] Chomsky, «Intellectuals and the State», p. 2.
[50] *Ibid.*, p. 10.

de la corte y la corona durante tanto tiempo como tuvo que serlo. Y la clase obrera actual es en todas partes la sirvienta de algún poder.

Chomsky aparentemente espera un mayor nivel moral de la Nueva Clase que de las otras; pero ¿por qué? Esto implica que, para él, el inconveniente con la Nueva Clase no es que sea una élite, sino que no sea una élite *moral*. El trata básicamente de «normalizarla», esto es, de hacer de ella una élite *buena*. La crítica de Chomsky de la Nueva Clase tácitamente afirma que la suya (según la frase de Julian Bendan) es una «traición de los clérigos» [51]; es decir, tácitamente trata a los hombres de la Nueva Clase como sacerdotes *manqués*, y en esto recuerda a Edward Shils.

Sobre todo, el punto de vista de Chomsky es el de un moralista: al observar, por ejemplo, que, según el estudio de Charles Kadushin, la «élite» intelectual norteamericana se opuso enérgicamente a la guerra de Vietnam, Chomsky se queja de que no lo hizo por las razones «correctas». Se opuso, afirma, por razones pragmáticas, por el temor de no poder ganarla, no por elevados principios morales. La esencia de la cuestión para Chomsky, es que «Estados Unidos sencillamente no tenía ningún derecho legal o moral a intervenir por la fuerza en los asuntos internos de Vietnam» [52]. Estoy totalmente de acuerdo. Pero desde un punto de vista moral, ¿no sería menester añadir, quizá, que tampoco los vietnamitas tenían ningún derecho moral a intervenir en Camboya (ni los camboyanos en Vietnam)? Y desde un punto de vista intelectual, cabe *comparar* la política sobre Vietnam de la élite intelectual con la de otras élites norteamericanas; pues al parecer la élite intelectual se opuso más a la guerra, y se opuso más por razones *morales*, que *otras* élites norteamericanas, como la política, la militar y la económica. Pero éste es un punto de vista secular, comparativo, de la élite intelectual, no el punto de vista de la eternidad.

Para Chomsky, hasta los más vigorosos adversarios del sistema, en realidad, le brindan una secreta ayuda, pues por su misma oposición pública dan por sentado que el sistema es democrático. «Cuanto más vigoroso es el debate, tanto más sirve de propaganda al sistema...» [53]. La posición de Chomsky se funda en la tesis de Marcuse de la unidi-

[51] Es decir, se supone que el grupo debe ser juzgado en términos de los valores más sagrados, y no solamente de los de la vida cotidiana que se aplican a la gente «ordinaria». En cierto modo, la desidealización resultante es el anverso de la idealización que hace Parsons del profesional.
[52] Chomsky, «Intellectuals and the State», pp. 20-21.
[53] *Ibid.*, p. 26.

mensionalidad de la sociedad moderna, por la que hasta la oposición al sistema lo vigoriza. Tal concepción, aparte de ser a menudo errónea, estimula el pesimismo político, el quietismo social y la aquiescencia con el *statu quo*. Los más efectivos logros de la propaganda norteamericana, concluye Chomsky, «son atribuibles al método de la fingida disensión practicado por la *intelligentsia* responsable»[54]. Así, la Nueva Clase no sólo ayuda y da estímulo al sistema con su oposición a él, sino que su oposición es simulada y ficticia: es «fingida». Esto implica, finalmente, que los enemigos del sistema no *pueden* cambiarlo, mientras que los amigos del sistema no *quieren* hacerlo. Por ende, no es posible ningún cambio racional.

Sin embargo, la Tierra se mueve; las masas de la Nueva Clase se opusieron, moral y eficazmente, a la guerra. La insistencia de Chomsky en que la oposición era fingida oscurece la oposición real. Quizá la élite de los intelectuales se opuso a la guerra principalmente por razones pragmáticas, pero los intelectuales en su mayoría no eran miembros de esa élite y muy a menudo sintieron hacia la guerra esa indignación moral que Chomsky encomia. Si aparecen desdibujados en el cuadro de Chomsky es porque no concuerdan con la imagen que él quiere dar de la Nueva Clase como grupo firmemente devoto a los poderes del Estado y la industria privada, como ingenieros de la legitimación del sistema.

Esto crea un dilema. ¿Qué ocurre con aquellos a quienes Chomsky cita favorablemente, como David Noble, con su crítica de los ingenieros en *America by Design?* ¿O qué ocurre con la crítica de Christopher Lasch de las profesiones del bienestar social, en su libro *Haven in a Heartless World?* ¿Es auténtica su oposición o es «fingida»? Mejor aún, ¿qué ocurre con el mismo Chomsky? ¿Es la oposición del propio Chomsky al sistema o a la Nueva Clase especiosa o contraproducente? Si no es así, ¿cómo ha escapado él al destino servil supuestamente común a la Nueva Clase? Suponer que él escapa a esto equivale a afirmar tácitamente que él es un miembro de una rara élite, superior a la Nueva Clase ordinaria y, en verdad, superior al común de la humanidad. Así, la posición de Chomsky es elitista y contradictoria. No puede explicarse a sí mismo y a su propia y auténtica resistencia y efectividad.

Sin pretender en modo alguno desaprobar la muy especial contribución de Chomsky, yo sugeriría que él no es tan diferente de los miembros ordinarios de la Nueva Clase. El sencillamente se les *adelanta* en las elevadas esperanzas históricas que pone en ellos. En verdad, su misma capacidad de llevar a cabo una crítica del sistema dominante depende, en parte, de su uso del mismo código (CDC) *normal* en la Nueva Clase y que fundamenta su capacidad, no sólo para una crítica del *statu quo*, sino también para la misma *auto*crítica reflexiva que manifiesta Chomsky.

[54] *Ibid.*

He aquí mis propias conclusiones: Chomsky moraliza demasiado. Traza un cuadro racionalista del mundo social como un tejido inconsútil; su ansioso moralismo es una parte vital de su elitismo tácito. La crítica misma que hace Chomsky de la Nueva Clase pone de manifiesto el propio y familiar elitismo farisaico de ella. Su resistencia al sistema muestra también la capacidad de la Nueva Clase para oponerse al sistema, y tal resistencia forma parte del ser social de esta clase tanto como su sometimiento. La Nueva Clase es contradictoria, pero el racionalismo de Chomsky oscurece sus contradicciones. En el fondo, Chomsky no es enemigo de la Nueva Clase. Es su vanguardia.

6.9. La Ecología y la Teoría del Sistema como Ideologías de la Nueva Clase. Edward Shils y otros ya han esbozado los lineamientos de una historia de las ideologías de la Nueva Clase: partiendo de la Ilustración, tal historia pasaría luego a la reacción romántica, al cientificismo positivista, a la fusión del positivismo y el romanticismo en el marxismo y a la moderna conciencia tecnológica que desciende linealmente del positivismo (más adelante nos referiremos a esto con mayor detalle). También he señalado la importancia del «profesionalismo» como ideología *ocupacional* principal de la Nueva Clase. Están apareciendo otras dos formas, más nuevas, de la ideología de la Nueva Clase: la ecología ambientalista y la teoría general de sistemas.

La nueva ideología ecológica significa que la anterior ideología instrumental de la Nueva Clase está siendo reemplazada por otra con mayor preocupación por los objetivos de la acción, y que se niega a ceder esos objetivos a otros y a limitarse a especificar los medios de la acción. Su carácter multicientífico proporciona un marco ideológico que permite unir varios tipos de *intelligentsia* técnica. Al mismo tiempo, su rechazo de la idea de dominio sobre la naturaleza, su propuesta de un maridaje e incluso de un retorno a la «naturaleza», es también atractivo para muchos intelectuales humanistas.

Como la ecología, la teoría de sistemas encarna una nueva visión de la unidad. Pero mientras que la ecología se basa en la metáfora del organismo y tiene antecedentes románticos, la teoría de sistemas apela a una metáfora mecanicista más afín a la conciencia tecnocrática y, a

diferencia de la ecología, representa un imperialismo humanístico centrado en la tendencia a administrar (dominar) el ambiente. Si la ecología tiene un fuerte matiz populista, la teoría de sistemas está imbuida de un elitismo más fuerte, pues es «la ideología 'natural' de los planificadores y centralizadores burocráticos...» [55].

Pero ambas ideologías apuntan tácitamente al problema de la *des*unión de la Nueva Clase, y pueden ser interpretadas como diferentes esfuerzos para tender un puente entre sus diversas facciones rivales y divergentes. Sin embargo, el elitismo de la teoría de sistemas circunscribe la solidaridad social que puede promover, limitándola —a lo sumo— a la *intelligentsia* técnica; la capacidad de la ecología para promover la unidad, aunque también en una visión multicientífica, es, al menos en algunas de sus versiones, accesible para un público más vasto y puede engendrar una solidaridad más amplia, que incluye a los humanistas tanto como a la *intelligentsia* técnica.

Tesis VII: La educación y la reproducción de la Nueva Clase

7.1. La institución necesaria para la producción en masa de la Nueva Clase y su especial cultura del discurso crítico es el sistema, históricamente único, de «educación pública», sea en el nivel secundario o en el terciario. Este sistema se caracteriza por el hecho de que (a) brinda educación *lejos del hogar* y, por tanto, lejos de la supervisión de los padres; (b) es una educación proporcionada por un grupo especial de la Nueva Clase, los «maestros», cuyo rol los insta a adoptar el punto de vista de la colectividad como un todo, y quienes preparan a los estudiantes para creer que el valor de su discurso no depende de sus diferentes orígenes de clase, que es menester atender, no al hablante, sino al discurso. (c) Todas las escuelas públicas, por consiguiente, son escuelas destinadas a efectuar una *conversión lingüística* que *aparta* a los alumnos de los lenguajes ordinarios de su vida cotidiana y los desplaza hacia la CDC.

7.2. La Nueva Clase al principio es preparada para la lucha contra la vieja clase por y en el nuevo sistema de educación. El sistema de la escuela pública se separa cada vez más del sistema familiar. La

[55] Robert Lilienfeld, *The Rise of Systems Theory* (Nueva York, 1978), p. 263.

educación de los jóvenes se realiza mediante un grupo *semi*autónomo de maestros que hablan en nombre de la nación o la sociedad «como un todo», y sin ninguna obligación de preservar los privilegios de una clase específica. De este modo, puede aumentar la divergencia entre la ideología de los estudiantes y la de los padres. Estos ya no pueden reproducir los valores de su clase en sus hijos. Los valores familiares manifiestan más diferencias internas a medida que las madres adquieren más cultura y forman alianza con las escuelas. Al funcionar la escuela como centro de conversión lingüística a la CDC, en la que se prepara a las personas para no justificar aserciones invocando el status social del hablante, *todas* las pretensiones de autoridad son ahora *potencialmente posibles de desafío*. La autoridad de los padres, en particular la del padre, es cada vez más vulnerable y, por ende, menos capaz de exigir que los hijos respeten la autoridad social o política *fuera* del hogar. Se crea una base para la enseñanza de los miembros de la Nueva Clase y para su alienación de la vieja clase. Colegios y universidades son las escuelas donde se completa la preparación de la Nueva Clase para la resistencia a la vieja clase.

7.3. Las escuelas, especialmente las escuelas terciarias (pero no solamente ellas), hacen tanto como las fábricas, y a veces más, para radicalizar la sociedad capitalista. Es la escuela la que brinda una importante base para la alienación de la Nueva Clase. Pero, ¿cómo es posible esto? ¿No son las escuelas, como concuerdan en afirmar Emile Durkheim, Herbert Marcuse y Louis Althusser [56], las correas de transmisión de los valores dominantes de la sociedad? ¿No enseñan las habilidades necesarias para la fuerza de trabajo y las actitudes de obediencia necesarias para la autoridad de la vieja clase? ¿No es el carácter abierto de las escuelas sencillamente una «tolerancia represiva» para hacer retroceder toda disensión, convirtiéndola en una herramienta para la reproducción del *statu quo*?

No hay duda de que las escuelas y sus cuerpos docentes hacen mucho de eso. La academización a menudo aparta de la preocupación por las crisis importantes de la sociedad, y la sublima en la obsesiva solución de rompecabezas, en intereses «técnicos». Los profesores

[56] Véase Emile Durkheim, *Education and Sociology* (Glencoe, 1956); Louis Althusser, *Lenin and Philosophy and Other Essays* (Londres, 1971), en especial el capítulo sobre «La Ideología y los Aparatos Estatales ideológicos»; y Herbert Marcuse, *One-Dimensional Man* (Londres, 1964) [Trad. castellana: *El hombre unidimensional*, Barc., 1970]. La continuidad entre Durkheim y Althusser, quien considera las escuelas como el «aparato estatal ideológico» dominante, es notable, pero no es la primera vez.

obsequiosos pueden dictar un curso avanzado de cobardía social, y los especialistas transmitir estrechas habilidades requeridas por las burocracias. Pero Ronald Reagan no se propuso poner freno a la Universidad de California porque fuese una sirviente del capitalismo. ¿Y por qué el ataque a la CUNY (The City University of New York), si también ella era una sirviente de los monopolios?

7.4. Para comprender las universidades y colegios modernos necesitamos cierta sensibilidad para las contradicciones, pues las universidades al mismo tiempo reproducen y subvierten la sociedad. Debemos distinguir entre las funciones que las universidades *prometen* públicamente cumplir —los bienes sociales para cuya producción están programadas— y algunas de sus consecuencias actuales que, si bien por lo común no son intencionales, no por ello son menos reales: la generación de disensión, de desviación, y el cultivo de una cultura del discurso crítico que subvierte la autoridad.

Hagamos una analogía: ¿qué puede haber más autoritario que la familia patriarcal occidental? Destinada a reproducir los valores de los progenitores, y especialmente los del padre, también origina inesperadamente el complejo de Edipo, la rebelión contra el padre. Como la familia patriarcal, la escuela es concebida indudablemente por sus administradores como un instrumento para la autoperpetuación del *statu quo*. Pero en ambos casos, aunque raramente se *enseña* la rebelión, muchos jóvenes la aprenden durante su educación. Es fundamental distinguir lo que la institución se propone *enseñar* de lo que realmente se *aprende* en ella, en virtud de las condiciones existentes. Aunque la escuela está destinada a enseñar lo que se adapta a las instituciones dominantes de la sociedad, también da cabida a menudo a una cultura del discurso crítico por la cual la autoridad es socavada inconscientemente, se promueve la desviación, se desafía al *statu quo* y se engendra sistemáticamente la disensión.

7.5. Con el incremento de la educación pública, la acumulación y distribución del capital cultural ya no está tan estrechamente correlacionada con el capital dinerario. Se crea, entonces, una Nueva Clase de los culturalmente favorecidos que no se integra a la vieja clase de los ricos ni depende de ella, como ocurría antaño. En verdad, el capital cultural controla en forma creciente los recursos necesarios para la reproducción del capital dinerario, pero éste controla cada vez menos los recursos para la reproducción del capital cultural. La educación terciaria, que abarca la reproducción de la *intelligentsia* técnica, aun en los países capitalistas depende ahora menos del sector privado y cada vez más del sector público, o estatal. Algunos consideran esto como la «socialización» de los costes de investigación y desarrollo de la industria privada; en otras palabras, como un modo del sector privado de transferir estos costes al público. Esto es correcto, pero pasa por alto las contradicciones de la situación. Pues al «socializar» esos costes, el sector privado afloja su control sobre la reproducción de la Nueva Clase y, cada vez más, ellos se convierten en intereses creados de la misma Nueva Clase.

7.6. Aparte de anécdotas incidentales, ¿hay alguna prueba de que las universidades (al menos a veces) promuevan una cultura del discurso crítico? Hallaremos un resumen conveniente en el reciente y cauteloso examen de Howard Bowen de un vasto conjunto de elementos de juicio sobre las diferencias que genera el ir a la universidad. Obviamente, esos estudios diversos no fueron conducidos teniendo en cuenta mis intereses particulares y, por ende, sólo en parte pueden ser coordinados con lo que aquí me interesa; pero si se los considera cuidadosamente, son importantes. Si bien éste no es el lugar para examinar sus datos, al menos debe señalarse su disponibilidad.

Por ejemplo, un estudio de Lehmann y Dressel halló que el pensamiento crítico (incluyendo el reconocimiento de supuestos no explicitados) «aumentó sustancialmente en los cuatro años, aunque el incremento fue mayor en los dos primeros años de universidad que en los dos últimos» [57]. Otros estudios de Feldman y Newcomb y de Heist y Yonge, informan de que en las universidades se producen pequeños incrementos en el pensamiento reflexivo abstracto y en la teoricidad [58]. Varios estudios (por ejemplo, los de Lehmann y Dressel, y los de Spaeth y Greeley) han usado autoevaluaciones, y «casi todas indican que una abrumadora mayoría de los estudiantes y ex alumnos creen que han logrado un considerable progreso en... racionalidad en la universidad» [59]. Es innecesario decir que tales autoevaluaciones no pueden ser tomadas como prueba de un aumento real en la racionalidad, pero implican que esas personas *desean* ser consideradas como habiendo incrementado su racionalidad, lo cual indica que las universidades pueden transformar las auto-imágenes o identidades sociales de los estudiantes de modos que podrían reforzar la racionalidad. Por razo-

[57] Todas las citas están tomadas de Howard R. Bowen, *Investment in Learning: The Individual and Social Value of American Higher Education* (San Francisco, 1977), p. 73.

[58] *Ibid.*

[59] *Ibid.*, p. 77.

nes similares, es notable que otros estudios también hayan encontrado que personas de la clase alta y graduados creen que la universidad ha estimulado su capacidad para pensar críticamente, lo cual es indicio de que, aunque no refuercen el pensamiento crítico, las universidades pueden elevar el *valor* que los estudiantes le atribuyen.

Es particularmente importante para nuestra noción de CDC (la cual, recordemos, rechaza la justificación por la autoridad) señalar que, según muchos estudios, la universidad genera una disminución de la religiosidad, una reducción de la rigidez, el autoritarismo, el dogmatismo y el etnocentrismo, a la par que incrementa la autonomía y la complejidad:

> Los hallazgos [de la evaluación de estos estudios realizada por Feldman y Newcomb en 1969] eran tan claros y sorprendentes que exigían muy poca explicación o interpretación. Casi todos los estudios revelaban un sustancial aumento de la tolerancia intelectual entre los estudiantes universitarios, desde los de primer año hasta los del último... Los resultados... muestran una sustancial disminución del dogmatismo... [Había] sustanciales incrementos, durante el tiempo pasado en la universidad, en complejidad, no autoritarismo y madurez social... espectaculares diferencias en los incrementos entre los que asistían a la universidad durante cuatro años comparados con los que abandonan antes la universidad, para trabajar o convertirse en amas de casa. Estas conclusiones siguieron siendo válidas cuando se introdujeron controles de los niveles de capacidad y status socioeconómico de los estudiantes... el aumento de la tolerancia [intelectual] es mayor en los estudiantes de artes y ciencias que en campos profesionales como los vinculados con las empresas o la ingeniería [60].

Nuevamente, estudios realizados desde 1929 al decenio de 1960 han descubierto que la educación universitaria *seculariza* a los estudiantes: «... indican que los estudiantes se hacen menos favorables a la iglesia, menos convencidos de la realidad de Dios, menos favorables a la observancia del domingo, menos receptivos al dogma religioso... el mayor cambio se produce en los estudiantes de las artes liberales, y el menor en los de campos profesionales» [61].

Asimismo, y con respecto al cosmopolitismo y los hábitos de lenguaje importantes, se encuentra que «los más cultos tienen un conocimiento más amplio y más profundo, no sólo de datos librescos, sino también de muchos aspectos del mundo contemporáneo... Hay [también] abundantes indicios de que los ex alumnos universitarios leen más que los graduados escolares. Compran, poseen y leen más libros... Estas diferencias en los hábitos de lectura persisten cuando se estratifican según niveles de ingresos a los grupos universitarios y no universitarios» [62].

[60] *Ibid.*, pp. 78 y ss.
[61] *Ibid.*, pp. 125-26.

Finalmente, con respecto a la *reflexividad*, que es fundamental para la CDC, es notable que los hallazgos indican que la asistencia a la universidad coincide con una mayor autoconciencia y amplitud: «... la gente con mayor educación parece más dada a la introspección, más preocupada por los aspectos personales e interpersonales de su vida. ... Los encuestados de mayor educación... parecen más conscientes *tanto* de los aspectos positivos *como* de los negativos de su vida...» [63].

Tesis VIII: La intelligentsia y los intelectuales

8.1. Hay al menos dos élites dentro de la Nueva Clase: (1) la *intelligentsia* cuyos intereses intelectuales son fundamentalmente «técnicos» y (2) los *intelectuales*, cuyos intereses son primordialmente críticos, emancipadores, hermenéuticos y, por ende, a menudo políticos. Ambas élites utilizan una variante lingüística elaborada, y ambas adhieren a la CDC. Por ello, ambas se resisten a la vieja clase, aunque lo hacen de diferentes modos, en diferentes encuadres y en diferentes grados.

Aunque los intelectuales a menudo figuran en los liderazgos revolucionarios, también sirven para acomodar el futuro al pasado y para reproducir el pasado en el futuro. Esto es lo que produce el amor a los libros. Si bien la *intelligentsia* con frecuencia sólo desea que se le permita gozar de sus narcotizantes obsesiones con problemas técnicos, es su misión social revolucionar continuamente la tecnología y, por consiguiente, dislocar las solidaridades sociales y los valores culturales establecidos por no estar nunca satisfechos con el *statu quo*. Los intelectuales revolucionarios son los transmisores de una antigua moralidad; los intelectuales acomodaticios, los transmisores de una nueva moralidad. ¿Qué es más revolucionario?

8.2. La sociología y la psicología social de la vida ocupacional de los intelectuales y de la *intelligentsia* técnica difieren considerablemente, lo mismo que sus procedimientos cognoscitivos. La idea de Thomas

[62] *Ibid.*, pp. 94-95.
[63] *Ibid.*, pp. 116-17.

Kuhn de «ciencia normal»[64] es una clave para comprender la vida cognoscitiva de la *intelligentsia* técnica y sus diferencias con los intelectuales. Una «ciencia normal» es aquella cuyos miembros concentran sus esfuerzos en resolver los «problemas» de los «paradigmas» con los que opera la ciencia normal. La *intelligentsia* técnica se concentra en las operaciones realizadas dentro del paradigma (o los paradigmas) de su disciplina, explorando su espacio simbólico interno, extendiendo sus principios a nuevos campos y afinándolo. Los intelectuales, en cambio, son aquellos cuyos campos de actividad carecen, por lo común, de paradigmas consensualmente convalidados, pueden tener varios paradigmas rivales y, por tanto, no toman la ciencia normal, con su único paradigma dominante, como caso habitual. Los intelectuales transgreden con frecuencia las fronteras de la división convencional del trabajo en la vida intelectual; sin embargo, no rechazan la erudición, sino solamente la *normalización* de la erudición.

8.3. Sería tentador, pero demasiado simple, decir que los intelectuales son los «leones» de la Nueva Clase, mientras que la *intelligentsia* le proporciona sus «zorros». Quién sea león y quién sea zorro depende de quién halle bloqueado su camino hacia arriba. Allí donde el reclutamiento de profesores universitarios está bajo el control del ministerio nacional, como en Israel, por ejemplo, los miembros del Partido Comunista Israelí y cualquiera que parezca simpatizar con él tienen pocas posibilidades de ser aceptados[65]. En algunos países del Medio Oriente, pues, a menudo se da el caso de que los maestros y otros intelectuales sean relativamente prudentes en materia política, mientras que los médicos, ingenieros y abogados —al ser «independientes»— pueden ser más abiertamente radicales. El Che Guevara, como se recordará, era médico, como George Habash; Yasir Arafat hizo la carrera de ingeniería.

[64] Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago, 1970, segunda edición ampliada). [Trad. castellana: *La estructura de las revoluciones científicas*. México, 1977.]

[65] Véase Khalil Nakhleh, «Palestinian Dilemma: Nationalist Consciousness and University Education», manuscrito, 1976.

Tesis IX: Los burócratas de viejo cuño y la nueva intelligentsia de plantilla

9.1. Con el crecimiento de la *intelligentsia* técnica, desaparece la autonomía de la vieja clase. La *intelligentsia* de la Nueva Clase administra los nuevos medios de administración y gestión; también adquiere el control inmediato de los nuevos medios de comunicación y de *violencia*. Si concebimos el aparato represivo del Estado en los términos del marxismo, no hay modo de explicar las revoluciones recientes de Etiopía y Portugal, donde los militares desempeñaron un papel importante. En países menos desarrollados, la *intelligentsia* militar a menudo es la vanguardia de la Nueva Clase.

El marxismo pasa por alto la paradoja de que la vieja clase puede influir en el Estado, o en cualquier otro sistema administrativo, sólo por la mediación de la Nueva Clase. No se trata sencillamente de la escisión entre «administración y propiedad» en el capitalismo: primero, porque esta escisión no es menor en el «socialismo», y segundo, porque no está limitada a la producción de mercancías, sino que también llega a la producción de *violencia*. A medida que las unidades organizativas de la economía y el Estado se hacen cada vez mayores y más burocráticas, el vigor y el control de la vieja clase se atemperan, se hacen más indirectos y cada vez más dependientes de la *intelligentsia* de la Nueva Clase.

9.2. El instrumento organizativo fundamental de nuestro tiempo, la organización burocrática, se hace cada vez más científico. Los viejos funcionarios burocráticos al principio brindan una cubierta protectora para el crecimiento de la Nueva Clase. Pero a medida que aumenta el número y la importancia de los expertos técnicos que operan con la CDC, se produce una creciente división entre los burócratas de viejo cuño y la *intelligentsia* técnica. Aun para los que *administran* la organización, se les hace cada vez más difícil sencillamente comprender las habilidades de la Nueva Clase, por lo que no pueden ejercer un control permanente y estrecho sobre ella. La organización burocrática, como tipo organizativo dominante de la era moderna, está controlada por una incómoda coalición de tres elementos: (1) los altos directores administrativos designados desde fuera de la burocracia y que habitualmente no dominan las especialidades técnicas de la Nueva Clase ni los complejos detalles que conocen los funcionarios burocráticos, (2)

los expertos de la Nueva Clase y (3) los funcionarios burocráticos comunes, cuyos modos de racionalidad difieren[66].

9.3. Los cuadros de la *vieja* estructura burocrática son funcionarios, «burócratas», que fundan sus órdenes en su *autoridad* legal: «haga esto porque *yo* lo digo y estoy autorizado para decirlo». Son la *vieja* élite de la burocracia, los «burócratas» del estigma legendario, los funcionarios «regulares» cuya posición depende simplemente de su rigurosa conformidad con las reglas de la organización, la obediencia a las órdenes de sus superiores, la legalidad de su designación y la mera antigüedad en sus cargos. Su función principal es *controlar* la conducta de quienes están por debajo de ellos y de los que están fuera de la organización. Impera en ellos el elemental impulso a la dominación. En resumen, son el viejo «cerebro de serpiente» de la organización.

No pudiendo aducir razones, el funcionario burocrático no justifica sus acciones con el argumento de que contribuyen a alcanzar algún objetivo deseable. Sencillamente dice que se ajusta a las reglas, a las que considera, como dice Max Weber, como «una base para la acción por sí misma»; según la siniestra frase, «cumple órdenes». De cualquier modo, sirve como correa de transmisión. Transmite órdenes o políticas que debe obedecer, sean cuales fueren sus sentimientos personales, y esté o no de acuerdo con ellas.

Esas órdenes o políticas, pues, están más allá del dominio de la cultura del discurso crítico. El viejo funcionario burocrático estaba destinado a ser un «agente» que debía obedecer acríticamente a los altos *directores,* quienes, a su vez, transmitían los intereses ideológicos y económicos de grupos sociales externos a la burocracia, y eran designados justamente porque se confiaba en que lo hicieran. Los funcionarios burocráticos son los agentes de un colonialismo interno, los instrumentos de la Dominación Indirecta. Los funcionarios burocráticos son la parte bruta de la burocracia, las barreras en las que la *intelligentsia* técnica es enjaulada, y al mismo tiempo son la cubierta protectora del primer crecimiento de la Nueva Clase dentro de la burocracia.

9.4. A diferencia de los viejos burócratas, la nueva *intelligentsia* tiene un vasto capital cultural que aumenta su movilidad. Las habilidades de los viejos burócratas a menudo no pasan de saber leer, escribir y archivar, y están limitadas a su cargo burocrático. El mayor

[66] Para un examen más detallado de las diferencias entre los burócratas y la *intelligentsia* técnica, véase mi obra *La dialéctica de la ideología y la tecnología,* pp. 328 y ss.

capital cultural de la nueva *intelligentsia* es, en verdad, *más fecundo en bienes y servicios,* y por ende sus miembros se preocupan menos de proclamar su superioridad personal o de obtener deferencia de los que están debajo de ellos. Como resultado de esto, los viejos burócratas y la nueva *intelligentsia* elaboran y reproducen sistemas diferentes de control social. Los burócratas emplean un aparato de control basado en «ordenar y prohibir», en amenazar y castigar al desobediente o renuente. La *intelligentsia* de la Nueva Clase, capaz de aumentar los servicios y la producción, trata típicamente de controlar *recompensando* a las personas por su conformidad con lo que espera de ellas, brindando más incentivos materiales y, también el adoctrinamiento educacional. La *intelligentsia* de la Nueva Clase es una élite centrada en su tarea y su trabajo, que tiene considerable confianza en su propio valor y su futuro, y, por consiguiente, con menos ansiedad de status que imponer irracionalmente a otros. Es menos autoritaria y menos propensa al castigo. Además, no necesita buscar status dentro, solamente, de su organización y de su personal o sus clientes, sino que también lo busca en las asociaciones profesionales; desea la consideración de los entendidos.

9.5. La *intelligentsia* técnica de la Nueva Clase es controlada por gente incompetente para juzgar sus realizaciones y cuyo control, por ende, es experimentado como irracional[67]. La *intelligentsia,* pues, siente cierto desprecio por sus superiores, pues éstos no son partícipes competentes en el cuidadoso discurso concerniente al cual se toman las decisiones técnicas. La *intelligentsia* es controlada por dos escalones que están por encima de ella: los *funcionarios burocráticos,* los «funcionarios de oficio», que están *directamente* por sobre ella; y los *políticos* que dirigen la burocracia en la cumbre, quienes no son nombrados sobre la base de su competencia técnica, sino porque representan al capital dinerario o son los «comisarios» políticamente fiables. La estructura fundamental dentro de la cual trabaja la mayoría de la *intelligentsia,* pues, genera sistemáticamente tensiones entre sus miembros, de una parte, y los funcionarios burocráticos y los administradores, de la otra. Es dentro de la estructura burocrática donde buena parte de la *intelligentsia* técnica de la Nueva Clase comienza su lucha por ascender. Tiene uno de sus primeros enfrentamientos embozados

[67] Como consecuencia de esto, cuando la *intelligentsia* técnica es controlada por superiores de la organización, «lo que cuenta son los resultados», pues a menudo sólo éstos *pueden* ser juzgados.

con la vieja clase dentro de una estructura organizativa específica: la burocracia.

9.6. En comparación con los burócratas de oficio, los miembros de la *intelligentsia* técnica son verdaderos filósofos. En comparación con los intelectuales, son verdaderos *sabios idiotas*. Pero, en contraste con los burócratas, la *intelligentsia* no busca nada por sí mismo, da razones sin invocar autoridades y no considera nada dirimido de una vez para siempre. Para ella, nada está exento de re-examen. A diferencia de los burócratas, los miembros de la *intelligentsia* no son «ritualistas» que hagan algo sin considerar su eficacia.

9.7. Pero al mismo tiempo, nada es sagrado para ella; su preocupación primaria es la eficacia técnica de sus medios, más que su propiedad moral. Sus integrantes son nihilistas pragmáticos. Son capaces de emancipar a los hombres de viejos formulismos, pero son emancipadores que no conocen límites. Su emancipación tiene un efecto colateral: la destrucción cultural, la *anomia*. La disolución cultural que producen es, precisamente, la que siempre ha estado implicada por la cultura del discurso crítico, la que comúnmente aliena a las personas de la tradición [68]. En suma, *como los intelectuales, también la intelligentsia es una fuerza revolucionaria*. Pero el poder revolucionario de la *intelligentsia* técnica está represado por la barrera burocrática y la vieja forma de la propiedad.

9.8. Si la subélite técnica de la Nueva Clase tiene las cualidades de una élite «benigna», con todo, sigue siendo una *élite*. No tiene ninguna intención de instituir un orden social en el cual todos sean *iguales* independientemente de su capital cultural. No se considera a sí misma como un «proletariado intelectual», y menos todavía un proletariado común. Al contribuir al incremento del excedente social mediante la creciente productividad de su capital cultural, aumentará benévolamente los fondos disponibles para el bienestar social, y hasta puede aceptar la participación obrera en la incentivación, el aumento del consumismo y una mayor seguridad laboral. Aunque lo busca para sí, no tolera el «control obrero» ni cree en la igualdad [69]. Los que hablan de «control obrero», por lo general, son los que pertenecen a un sector diferente de la Nueva Clase, los *intelectuales* radicalizados, no la *intelligentsia* técnica.

9.9. El maoísmo fue esencialmente un esfuerzo dirigido a evitar el resurgimiento de los funcionarios burocráticos del viejo cuño *y* de la *intelligentsia* técnica de la Nueca Clase. Pero ésta es la élite más racional, que aumenta tanto la productividad social como la comprensión social, y ahora China está liquidando la «revolución cultural» y optando por la Nueva Clase [70]. Reducido a lo esencial, el maoísmo fue un esfuerzo para reforzar la posición negociadora de la clase trabajadora (con inclusión del campesinado) en sus ineludibles futuras negociaciones con la Nueva Clase. Por su parte, y a diferencia del maoísmo, el estalinismo fue una fuerza profundamente regresiva porque trató de subordinar la *intelligentsia* técnica al sector más arcaico, los viejos funcionarios burocráticos [71].

A medida que la vieja clase se deteriora y pierde el control, especialmente con el nacimiento del socialismo de Estado, las opciones reales son entre la nueva *intelligentsia* técnica y los burócratas de viejo cuño. Y *es* una opción real. El dominio de los funcionarios burocráticos es duro y autoritario, mientras que el dominio de la nueva élite cultural, capaz de aumentar el nivel de productividad,

[68] El testimonio sobre esto es venerable: en la *República* de Platón, Sócrates propone diferir la enseñanza de la dialéctica hasta que los estudiantes hayan pasado los treinta años y hayan sido sometidos a otras pruebas. Aun entonces, advierte, es menester una gran cautela:

«—Por qué gran cautela?

—¿No ves —dije— cuán grande es el mal que ha provocado la dialéctica?

—¿Qué mal? —dijo.

—Los estudiantes de ese arte carecen de leyes.»

(Republic, 437, DE.) Una discusión más detallada se hallará en mi libro *Enter Plato* (Nueva York, 1965), p. 279. En resumen, la dialéctica, como la CDC, tiene ciertas costas intrínsecas que Nietzsche fue uno de los primeros en señalar. Así, la CDC no puede ser sencillamente identificada con el «buen» lenguaje.

[69] Como indica la nota 37, esto no es menos cierto del contingente marxista de la Nueva Clase que de otros. La igualdad nunca ha sido un valor de elevada prioridad para el marxismo.

[70] Mientras preparaba este libro para la imprenta, un reciente congreso del pueblo realizado en Pekín eliminó los «comités revolucionarios» de la Revolución Cultural en las fábricas y las escuelas, comenzó a restablecer las diferencias en los salarios y reforzó la educación superior, el mecanismo reproductor esencial de la Nueva Clase.

[71] El argumento de Louis Althusser de que el estalinismo fue un torpe ataque a la Nueva Clase presenta muchas dificultades. No es la menor de ellas el hecho de que aproximadamente el 26 por 100 de los delegados al XVIII Congreso del P.C.U.S., realizado en 1939, dos años después de las purgas, tenía educación superior, mientras que de los delegados al XVII Congreso, de 1934, que fueron el blanco principal del terror estaliniano, sólo el 10 por ciento tenía educación superior. Una discusión más detallada de esto se encontrará en A. W. Gouldner, «Stalinism», *Telos,* Invierno 1975-76.

puede confiar más en las recompensas que en los castigos y en la ejecución desmitificada de tareas, sin la mística de la autoridad o la extorsión de deferencia personal.

Tesis X: Los intelectuales revolucionarios

Es oportuno comenzar estas tesis sobre la política revolucionaria de los intelectuales con ciertas observaciones de Fidel Castro: «Para ser totalmente honestos, debemos admitir que a menudo antes, cuando se planteaban problemas cruciales, como la agresión y los crímenes imperialistas, fueron los trabajadores intelectuales quienes mostraron la mayor militancia, quienes reaccionaron con la mayor decisión, y no aquellas organizaciones políticas de las que, en toda conciencia, cabía esperar que estuvieran a la cabeza» [72]. La ocasión de estas observaciones fue el famoso discurso de Castro pronunciado en La Habana, en enero de 1968, ante el Congreso de la Cultura sobre el papel de los intelectuales en la revolución. Las observaciones de Castro implican buena parte de los argumentos que expondremos más adelante en estas tesis.

10.1. El erudito historiador marxista Eric Hobsbawm nos dice, llana y correctamente, que en la Revolución Rusa «la dirección bolchevique estaba formada, en una abrumadora mayoría, por intelectuales, al igual que la de todos los otros partidos de oposición populares». De los 25 miembros del Politburó del Partido Comunista Ruso de 1919 a 1950-51 (y de cuya educación estamos informados), nueve tenían educación universitaria, dos habían asistido a seminarios y seis a escuelas superiores. Pero obsérvese también que, probablemente, estos datos tienen detrás el prejuicio de los líderes comunistas a informar sobre su educación avanzada; obsérvese, asimismo, que esta muestra se refiere a los años de Stalin, cuando los intelectuales no eran favorecidos. No hay duda de que los altos rangos de los viejos bolcheviques estaban constituidos, en su abrumadora mayoría, por intelectuales que provenían de la clase media, viajaban mucho y leían y escribían intensamente. El miembro medio del temprano Politburó, indudablemente, escribía más libros que el profesor de economía

[72] K. S. Karol, *Guerrillas in Power* (Nueva York, 1970), p. 401. [Trad. castellana: *Los guerrilleros en el poder*. Barcelona, 1970.]

medio. Hasta Stalin escribió varios libros, que cuidó de que tuvieran muchos lectores. Los primeros bolcheviques estaban dominados por intelectuales que, evidentemente, creían en la regla: «publicar o perecer». Más tarde, Stalin les enseñó otra: «publicar *y* perecer».

10.2. En todo el Tercer Mundo, como sostenía el austromarxista Franz Marek, «son los intelectuales quienes muestran a los campesinos cómo organizarse y quienes de hecho los organizan». Mao nos dice que él fue «el sabio de su familia». Chou En-lai estudió en China, Japón, Francia y Alemania. Chu Teh, junto con Chou En-lai, también estudió en Europa. Liu Shao-ch'i estudió economía avanzada en la U.R.S.S. De los 29 miembros que tuvo el Politburó del Partido Comunista Chino desde sus comienzos hasta 1965, sólo dos carecían de educación superior, sólo dos habían recibido únicamente una educación china y 25 de los 29 habían estudiado en algún país extranjero [73]. El primer líder del Partido Comunista Chino fue Ch'en Tu-hsiu, quien enseñaba en la Universidad de Pekín y que, junto con el principal bibliotecario de ella, Li Ta-chao, comenzó a organizar a los socialistas un año después de la Revolución Rusa. Uno de los primeros proyectos de Ch'en fue organizar la Escuela de Lenguas Extranjeras de Shangai, a fin de preparar a los jóvenes radicales para estudiar en el exterior.

10.3. La élite revolucionaria de Vietnam se asemeja inconfundiblemente a la de China en cuanto al papel descollante que desempeñaron en ella los intelectuales: «En el Vietnam tradicional, el liderazgo de las guerras de resistencia contra los invasores extranjeros lo tuvieron sabios confucianos que habían permanecido en sus aldeas, en vez de aceptar cargos oficiales como mandarines... De la manera consagrada, los sabios dirigieron la primera resistencia sostenida contra los franceses, los Movimientos *Van Than* (La Resistencia de los Sabios) y *Can Vuong* (Lealtad al Rey) de 1885-97... Los discursos y hazañas de este período se agregaron a los relatos sobre anteriores levantamientos conducidos por los sabios» [74].

La figura dominante de la Revolución Vietnamita, Ho Chi Minh, fue hijo de un talentoso sabio confuciano de quien se cree que tomó parte en la Resistencia de los Sabios. Después de haber sido Ministro

[73] Se encontrará documentación sobre esto, y sobre el nivel de educación extraordinariamente elevado de los primeros líderes revolucionarios de la U.R.S.S. y Vietnam en mi «Prologue to a Theory of Revolutionary Intellectuals», *Telos*, Invierno 1975-76.

[74] Christine Pelzar White, en J. W. Lewis, rec., *Peasant Rebellion and Communist Revolution in Asia* (Stanford, 1974).

de Ritos en el Palacio Imperial de Hue, en 1905, el padre de Ho fue posteriormente despedido por los franceses a causa de su nacionalismo, y la familia de Ho quedó en la miseria. El padre de Vo Nguyen Giap, principal estratega militar de Hanoi, fue un sabio pobre que también había participado en la Resistencia de los Sabios. Las historias familiares de muchos otros líderes de la Revolución Vietnamita muestran que los hijos de sabios y mandarines desempeñaron un papel especial, particularmente si sus padres habían sido nacionalistas que se resistieron a los franceses. Evidentemente, a menudo la revolución es un proyecto de dos generaciones; a los jóvenes revolucionarios se les puede aplicar las palabras del Antiguo Testamento: «Los padres han bebido las heces de la amargura, y los dientes de los hijos se han afilado».

Como en el caso de China, muchos jóvenes revolucionarios vietnamitas recibieron su educación en el exterior, particularmente en Japón y Francia. Desde 1905, un destacado sabio confuciano, Phan Boi Chau, tomó medidas para que jóvenes vietnamitas —en su mayoría hijos de los que habían participado en la Resistencia de los Sabios— estudiasen en Japón. Formaban el *Gung Du,* o Movimiento de Estudios Orientales, que llegó a su fin cuando la presión francesa motivó su expulsión del Japón. Chau, visitante asiduo de la casa de Ho, quería que el padre de éste lo enviase a estudiar a Japón, pero el padre creía que era más práctico el francés y lo envió a la primera escuela superior de Vietnam que combinaba la educación vietnamita con la occidental. Las facilidades educacionales que Ho proporcionó más tarde no fueron menos importantes que aquellas de las cuales él gozó. Así, mientras Ho estuvo con el equipo del Comintern encabezado por Borodin en Catón, en 1924, organizó y dictó un curso especial sobre la revolución, cuyos discípulos iban más tarde a formar parte del primer Politburó del Partido Comunista Indochino.

10.4. La revolución en Camboya también se basó en una fusión del campesinado y los intelectuales, bajo la tutela de intelectuales excepcionalmente ascéticos. Algunos cuadros militares del movimiento comunista, el Khmer Rojo, fueron adiestrados en Hanoi después de 1954. Posteriormente a 1959, se les unieron cantidades crecientes de intelectuales de Phnom Penh desilusionados por la corrupción de su ciudad y que habían recibido una educación francesa[75]. Entre los primeros que llegaron figuraban maestros radicalizados como Ieng Sary, Saloth

[75] Cf. William Shawcross, «Cambodia Under Its New Rulers», *New York Review of Books,* 4 de marzo de 1976.

Sar y Son Senn. Uno de los que llegaron posteriormente fue Ieng Thirith, diplomado en estudios shakesperianos.

Después de que la revuelta campesina de Battambang fuera ahogada en sangre por Sihanuk (revuelta a la que dieron su ayuda fuerzas militares comunistas), otros intelectuales de izquierda huyeron de Phnom Penh, entre ellos Khieu Samphan, quien se incorporó a la dirección del nuevo régimen comunista. Samphan había escrito una tesis de doctorado sobre los problemas de la industrialización de Camboya, como estudiante universitario en París en el decenio de 1950. Los ingredientes de la Revolución Camboyana fueron clásicos: un campesinado en rebeldía y desangrado, dispuesto a unirse a fuerzas guerrilleras bajo la guía de una élite intelectual muy culta, cuyos impulsos ascéticos se intensificaron por la corrupción de un viejo régimen al que identificaban con la ciudad. Se añadió un elemento adicional en la forma de una región de apoyo, el Vietnam, del que al principio recibieron preparación militar y equipos, así como refugio.

10.5. Apéndice. Obsérvese que los mencionados antes (de China, Vietnam, Rusia o Camboya) son *comunistas,* no socialistas. En todas partes se da el caso de que la preponderancia de la Nueva Clase en la dirección de los partidos socialistas es aún mayor que en los partidos comunistas. La dirección de los socialistas en Estados Unidos, por ejemplo, durante el cenit del partido antes de la Primera Guerra Mundial, estaba formada en su mayoría por abogados, directores de periódicos, periodistas y maestros. Provenía en buena parte, como decía uno de sus líderes, Morris Hillquit (periodista y abogado), «de las mejores clases...» También es verdad que la Nueva Clase ha proporcionado los cuadros fundamentales de los terroristas modernos, como el grupo de Baader-Meinhoff en Alemania, la facción del «ejército Rojo» en Japón, las Brigadas Rojas en Italia, los Estados Unidos y gran parte de América Latina.

10.6. El carácter mandarinesco de los revolucionarios comenzó con los mismos Marx y Engels, y con los hegelianos de izquierdas de los que provenían. Los hegelianos de izquierdas eran sabios de clase media, quienes, subraya Goran Therborn[76], eran típicamente «no bohemios»; en otras palabras, burgueses. ¿Quién podía haber sido más burgués que Marx, que interrogaba tiránicamente a los pretendientes de sus hijas, para exigirles seguridades de que no las tendrían

[76] Goran Therborn, *Science, Class and Society* (Londres, 1976); véase especialmente pp. 317 y ss.

en la miseria en que él las había criado? ¿Y quién más mandarín que el Marx que sabía a Goethe de memoria, leía a Esquilo en el original, cuya admiración por Shakespeare era ilimitada, leía dos o tres novelas al mismo tiempo y buscaba refugio en el álgebra como otros en los crucigramas, y que hasta escribió un «Cálculo infinitesimal». «Soy una máquina condenada a devorar libros», escribía a su hija Laura en 1868.

Marx y el marxismo son creaciones de una *intelligentsia* académica que frecuenta las bibliotecas, ramonea por las librerías y ama los museos, y por ende que dispone de ocio suficiente. Son inconcebibles sin toda esa cantidad de bibliotecas, librerías, diarios, periódicos, editoriales, y hasta escuelas de partido, cuyos cuadros y cultura constituyen una densa infraestructura en cuyo centro está la universidad occidental.

10.7. Nota Posterior. «¿Y qué pasa con Engels?», se me preguntará. Puesto que Engels nunca fue a la Universidad, ¿no es un ejemplo negativo? No exactamente. Estuvo un año en la Universidad de Berlín, mientras hacía la milicia en la Guardia Real; allí asistió a clases nada menos que de Schelling. Más sorpredentes aún son los nombres de sus compañeros de clase: Kierkegaard, Burckhardt y Bakunin. Con tal conjunto de águilas, ¡quién necesita profesor! Pero no nos apresuremos demasiado, pues hubo otro gran profesor que dio a Engels clases personales durante toda su vida; sí, exactamente...

Tesis XI: La alienación de los intelectuales y la intelligentsia

11.1. El término *intelligentsia* fue usado en Rusia, durante el decenio de 1860, para referirse a una élite consciente de sí misma, formada por los hombres cultos, y que se caracterizaba por sus tendencias críticas frente al *statu quo;* el término «intelectuales» se puso de moda con el «Manifiesto de los Intelectuales» que protestaron por la persecución de Dreyfuss por el gobierno francés.

Así, la disposición a la alienación de los intelectuales y la *intelligentsia* no es en modo alguno reciente, aunque lo que me interesa aquí son sus manifestaciones en el siglo XX. Seymour Lipset y Asoke Basu nos recuerdan que

La revuelta de Lutero contra la Iglesia halló apoyo inicialmente en el cuerpo docente y los estudiantes de su Universidad de Wittenberg y en otras partes de Alemania... Hobbes, al escribir sobre las causas de la Revolución Inglesa en el *Behemot,* concluía que las universidades fueron la fuente principal de la rebelión... En Rusia, los diversos movimientos revolucionarios tuvieron una base intelectual y estudiantil hasta la Revolución de 1905. Esta revuelta comenzó con una huelga estudiantil que posteriormente se extendió a los obreros y a sectores del campesinado [77].

11.2. ¿Cuáles son las fuentes de la alienación de la Nueva Clase? Planteemos primero una pregunta diferente: ¿cómo explican Marx y Engels la radicalización de clases distintas del proletariado? En suma: ¿cómo se explican a *sí mismos?*

Ellos señalan: «... la conciencia comunista... por supuesto, puede también surgir en otras clases por la contemplación de la situación de la clase (obrera)» [78]. El *Manifiesto Comunista* brinda otras observaciones igualmente poco esclarecedoras: «... cuando la lucha de clases se acerca al momento decisivo... un pequeño sector de la clase dominante corta sus vínculos y se une a la clase revolucionaria... y, en particular, una parte de los ideólogos burgueses que se han elevado a la comprensión teórica del movimiento histórico en su conjunto» [79]. De acuerdo con Marx y Engels, pues, algunos intelectuales se radicalizan por su «contemplación» y comprensión *teórica* de la historia. Es sorprendente cuán *idealista* es la explicación del proceso que dan Marx y Engels. Está claro que esto contradice el supuesto fundamental del marxismo de que «el ser social determina la conciencia». ¿Cómo puede surgir la conciencia de un proletariado revolucionario en aquellos cuyo ser social es el de la «clase dominante»? Las fugaces observaciones de Marx y Engels sobre los intelectuales revelan que aquí el *marxismo ha llegado repentinamente al límite de su autocomprensión.* Lo que han ofrecido Marx y Engels como respuesta a esta cuestión fundamental es, realmente, un silencio disimulado por una glosa.

11.3. Dejando de lado esta glosa idealista, ¿cómo explicaremos la alienación de los intelectuales y la *intelligentsia?* En términos de: *a)* la cultura del discurso crítico (CDC), que no se centra en aquello

[77] «The Roles of the Intellectual and Political Roles», en A. Gella, rec., *The Intelligentsia and the Intellectuals* (Beverly Hills, 1976), pp. 112-13.

[78] Karl Marx y Friedrich Engels, *The German Ideology,* Nueva York, s.f., página 69. [Trad. castellana: *La Ideología Alemana.* Montevideo y Barcelona, 1974.]

[79] *Communist Manifesto,* p. 26.

en lo cual piensan los intelectuales, sino en *cómo* piensan; *b)* el bloqueo de sus oportunidades de movilidad hacia arriba; *c)* la disparidad entre sus ingresos y su poder, de una parte, y su capital cultural y su autoconsideración, de la otra; *d)* su adhesión a la totalidad social; *e)* las contradicciones de lo técnico, especialmente la obstrucción de sus intereses técnicos.

En una parte importante, la cultura del discurso crítico constituye los valores que caracterizan a la Nueva Clase; las otras consideraciones (b-e) se relacionan con la cuestión de hasta qué punto la Nueva Clase *adherirá* a la CDC. Ignorar el papel de los valores en el condicionamiento de la conducta de un grupo es materialismo vulgar; omitir el análisis de las condiciones en que las personas se ajustan a sus valores o se desvían de ellos es idealismo vulgar.

11.4. La CDC es radicalizadora en parte porque, como variante lingüística relativamente independiente de la situación, se experimenta a sí misma como distante de (y superior a) los lenguajes ordinarios y las culturas convencionales. Un discurso relativamente independiente de la situación lleva a un *cosmopolitismo* que aleja a las personas de las culturas locales, de modo que sienten una alienación de todos los lugares particularistas, ligados a la historia, y de la vida ordinaria, cotidiana.

La gramática del discurso crítico reclama el derecho de juzgar las acciones y las pretensiones de cualquier clase social y de todas las élites de poder. Desde el punto de vista de la cultura del discurso crítico, todas las pretensiones a la verdad, por diferentes que sean en su origen social, han de ser juzgadas del mismo modo. Se democratiza la verdad, y todas las pretensiones a la verdad son ahora *iguales* bajo la inspección de la CDC. Las pretensiones y la autoimagen incluso de los grupos más poderosos deben ser juzgadas del mismo modo que las de los más ínfimos y más incultos. Se arrebata a la autoridad tradicional su capacidad de definir la realidad social y, con ello, de autorizar su propia legitimidad. El «crédito» que normalmente se otorga a las pretensiones de los ricos y los poderosos se convierte ahora en una forma de conducta desviada, ilícita, que debe ser ocultada, si no suprimida.

11.5. Obsérvese, pues, que la CDC considera la relación entre los que lo hablan, y otros *de los cuales* hablan, como una relación entre jueces y juzgados. Implica que la jerarquía social establecida sólo es una apariencia, y que la diferencia más profunda y más importante es la que existe entre quienes hablan y comprenden verdaderamente ese

lenguaje y quienes no lo hablan ni comprenden. Participar de la cultura del discurso crítico, pues, es emanciparse *inmediatamente* de lo bajo en la jerarquía social convencional, y por tanto es una subversión de esta jerarquía. Participar de la cultura del discurso crítico, por consiguiente, es un acto político.

11.6. En verdad, no es sólo una subversión del presente, sino una «revolución permanente» fundada en la cultura del discurso crítico. La esencia de ésta reside en su insistencia en la reflexividad. Existe la obligación de examinar lo que hasta entonces se había dado por sentado, de transformar los «presupuestos» en «problemas», los recursos en temas: de examinar la vida que llevamos, en vez de simplemente gozarla o sufrirla. Por ende, la cultura del discurso crítico no sólo debe desafiar al presente, sino también al antipresente, a la *crítica* del presente y los supuestos que ella usa. En otras palabras, la cultura del discurso crítico debe poner las manos en su propio cuello y ver cuánto puede apretar. La CDC siempre pasa a la autocrítica *y* a la crítica de *esta* autocrítica. Hay un regreso infinito en ella, una revolución potencial permanente; encarna esa incesante inquietud y «carencia de ley» que los griegos llamaron *anomos,* y Hegel, el «infinito malo».

Por ello, es apropiado que León Trotsky, defensor de la «revolución permanente», se haya sentido inquieto por la revolución que él mismo había hecho y que rechazara el «socialismo en un solo país». No fue sólo la política momentánea y las orientaciones políticas concretas de Trotsky lo que rechazó el estalinismo —en realidad, más tarde tomó parte de ellas—, sino toda la cultura del discurso crítico en la que se habían basado. El trotskismo representó la negativa de la CDC y su crítica a dejar que las cosas se calmaran [80].

11.7. La alienación de la Nueva Clase de los intelectuales (y la *intelligentsia)* reposa también en la obstrucción de su movilidad hacia arriba. La primera aparición política de los intelectuales radicalizados, la dirección jacobina, fue en parte estimulada por el hecho de que la carrera de sus miembros al principio había mostrado una movilidad hacia arriba, pero su ascenso futuro era impedido por los privilegios

[80] Cf. Sartre: «Lo que [Stalin] odiaba de Trotsky no era tanto las medidas que proponía como toda la praxis en nombre de la cual las proponía» (Jean Paul Sartre, «Socialism in One Country», *New Left Review,* noviembre-enero de 1977, p. 146). Mi formulación, más extensa, de la relación entre trotskismo y estalinismo se hallará en mi artículo «Stalinism», *Telos,* Invierno 1977-78, pp. 22-26.

aristocráticos; eran «individuos con el ascenso bloqueado» [81], no *déclassés*.

Un fenómeno algo similar se ha observado en los países del Tercer Mundo, donde los invasores extranjeros —para satisfacer sus necesidades de mano de obra— crearon escuelas y adiestraron a un grupo selecto de intelectuales nativos, cuyo número, sin embargo, pronto excedió las posibilidades de hacer carrera que se les abrían [82]. Así, se creó una élite educada y articulada, pero de oscuras perspec-

[81] Sobre los jacobinos como individuos que veían impedido su ascenso, véase el buen examen de Lewis A. Coser en *Men of Ideas* (Nueva York, 1970) [Trad. castellana: *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México]: «A medida que pasamos, pues, de los jacobinos del montón a los dirigentes de las diversas sociedades, la proporción de intelectuales aumenta. Y si pasamos de los grupos de líderes provinciales a los hombres que asumieron roles políticos importantes... los intelectuales se hacen predominantes. Y si consideramos el grupo más elevado, los doce hombres que formaron el Comité de Salud Pública durante el Terror, sólo encontramos intelectuales» (pp. 146-47). Coser desarrolla el argumento de que la dirección jacobina se componía principalmente de aquellos cuya carreras habían tenido movilidad hacia arriba, pero cuyo futuro ascenso se veía impedido. El estudio de diversos impedimentos en las carreras —por ejemplo, de revolucionarios con preparación profesional, de los hijos de quienes fueron muertos en luchas nacionalistas y de élites desplazadas— es decisivo para comprender la radicalización de los intelectuales. Una fuente básica y común de tales impedimentos, desde luego, es no poseer la «adecuada» identidad sexual, étnica, nacional, racial, lingüística o religiosa. Así, la primera dirección comunista en la Rusia zarista contenía una «proporción relativamente elevada de hombres de extracción no rusa», según W. E. Mosse, *Slavonic And East European Review*, 1968, p. 151. Los judíos radicalizados son sólo un caso particular de este problema más general del ascenso impedido. Pero debemos cuidarnos de no sobrestimar el papel de los intereses materiales perjudicados (en la CDC) que, cuando se los afecta, también pueden ser una fuente de radicalización. No sólo los impedimentos en las carreras pueden agudizar la radicalización (por ejemplo, Marx), sino que también una *anterior* radicalización puede provocar obstáculos represivos en las carreras que luego intensifican la radicalización que precedió al impedimento (nuevamente, Marx).

[82] Véase E. Shils, «The Intellectual in the Political Development of the New States», *World Politics*, XII, 1960, pp. 329-68. Cf. también C. W. Mills: «Engendrados por las escuelas de las naciones occidentales, a menudo están condenados a un género *declassé* de existencia... un proletariado intelectual que no puede hallar ningún lugar adecuado entre las masas incultas, ni en las incipientes clases medias ni en organizaciones extrañas de empresas o agencias gubernamentales occidentales existentes... Dada su situación, han tendido a rechazar el capitalismo occidental» (C. W. Mills, *Power, Politics and People*, Nueva York, s.f., pp. 413-14) [hay trad. castellana: *Poder, política, pueblo*, México]. Por supuesto, la mera admisión en una de tales escuelas era ya una promesa, y para muchos la experiencia de una movilidad hacia arriba que engendraba esperanzas luego insatisfechas; por tanto, «ascenso impedido».

tivas (excepto las que brindase la revolución). Tales bloqueos de las carreras, sin embargo, no son peculiares de los países menos desarrollados del Tercer Mundo, sino que también se encuentran en los mundos «primero» y «segundo». El creciente exceso de doctores y otros individuos cultos en Europa Occidental y Estados Unidos (sobre esto volveremos más adelante) es estructuralmente similar. Asimismo, las limitaciones impuestas a las carreras de la *intelligentsia* nativa en las repúblicas colonizadas de la U.R.S.S. tienen un contenido similar. Por ejemplo, en su estudio sobre la *intelligentsia* soviética uzbeka, Donald Carlisle observa que «hoy, en las filas del Partido y de la *intelligentsia* de la U.R.S.S. Uzbeka, los rusos siguen desempeñando un papel importante y decisivo, que no está en proporción a la parte que representan de la población local». ¿Crecerán las tensiones étnicas y nacionalistas, se pregunta Carlisle, «a medida que un número cada vez mayor de uzbekos salgan de las escuelas pertrechados con habilidades, pero debiendo hacer frente a rusos y ucranianos que obstruyen los canales de la movilidad y ocupan las posiciones más importantes?» [83].

Un movimiento nacionalista contra los imperialismos extranjeros es, entre otras cosas, una lucha para conquistar posiciones de élite para los intelectuales y la *intelligentsia* nativos. La creación de su propio aparato estatal es un modo que tiene la Nueva Clase nativa de dar ventajas a su propia élite cultural. El obstáculo fundamental para los intelectuales del Tercer Mundo en los países colonizados son los imperialistas *extranjeros*. Sin embargo, en el Primer Mundo del capitalismo, es la vieja clase con propiedad dineraria la que pone los límites supremos a la Nueva Clase. Son los «colonizadores internos», locales, de la vieja clase quienes constituyen el último obstáculo para el ascenso de la Nueva Clase.

El socialismo es la eliminación final de ese obstáculo. Al colectivizar los medios de producción, se destruye el poder de la vieja clase adinerada. Al transferir los medios de producción al control *estatal*, con lo cual se hincha el aparato burocrático del Estado, el socialismo extiende el dominio dentro del cual prevalece el capital cultural de la Nueva Clase. Es precisamente porque el control de los medios de producción por el *Estado* es un mecanismo que da ventajas a la Nueva Clase por lo que ésta lo defiende, en lugar de democratizar los medios de producción. El socialismo, pues, es un modo de extender el capital cultural de la Nueva Clase, esto es, de ampliar la esfera dentro

[83] Véase Paul Cocks y otros, *Dynamics of Soviet Politics* (Cambridge, 1976).

de la cual su capital cultural se asegura ingresos. El signo fundamental del socialismo es la eliminación del capital dinerario, de la vieja clase; su consecuencia inevitable, reconocida o imprevista, es allanar el camino al capital cultural, es decir, a la Nueva Clase.

11.8. Sobre el Estado: Un Modelo un Poco Expandido. El proceso básico es la extensión del Estado: de hecho, desde este punto de vista, el mismo desarrollo del socialismo es un caso especial de, o una ocasión especial para, la extensión del Estado. Hay varias etapas.

Etapa Primera. Surge un movimiento nacionalista o antiimperialista. Esto implica dos cosas: (a) extensión de la burocracia del nuevo Estado y (b) conversión de la nueva burocracia en un monopolio de la Nueva Clase indígena.

Etapa Segunda. Producción ampliada de la Nueva Clase: el Estado expande el sistema escolar y, de este modo, el número de miembros educados de la Nueva Clase.

Etapa Tercera. Sobreproducción de la Nueva Clase.

Etapa Cuarta. Adaptación socialista: aquí la cuestión es que el socialismo entraña una extensión de las funciones del Estado y, con esto, una ulterior extensión de las oportunidades burocráticas para la Nueva Clase.

A menudo las fuerzas nacionalistas y socialistas se funden —como antiimperialismo— y con el tiempo llegan a formar un solo movimiento. Una razón de que esto sea posible es que el nacionalismo y el socialismo tienen una implicación programática común: la extensión del Estado.

11.9. La importancia de que los intelectuales revolucionarios vean impedido su ascenso fue visible en la dirección parisiense de los jacobinos, pero no empezó allí. Encontramos el obstáculo para el ascenso también en la Revolución Norteamericana. Con respecto a la vieja clase y los hombres de la propiedad dineraria, los intelectuales y la *intelligentsia* ven en general obstruido su ascenso. Siendo relativamente culta, por este hecho solo la Nueva Clase ya ha iniciado su desplazamiento ascendente. Aunque estimulada por todo género de consideraciones a mejorar su posición en el mundo, la Nueva Clase de la burguesía cultural se halla intrínsecamente limitada en aquello a lo que puede aspirar. Bajo el capitalismo, está limitada por la propiedad; bajo el socialismo de Estado, por el Partido y sus requisitos de certificación ideológica (esto es, ser «rojo»). El impulso general de los intelectuales que aspiran al socialismo es eliminar a la burguesía de la propiedad, a la vieja clase, que es el obstáculo más inmediato para su ascenso permanente. A fin de cuentas es más fácil ingresar en el partido que en la burguesía.

11.10. La obstrucción del ascenso parece haber sido un factor importante tanto en la Revolución Norteamericana como en la formación de la *intelligentsia* rusa, que desempeñó un papel tan significativo en las diversas revoluciones rusas. Respecto de la *intelligentsia* rusa, Aleksander Gella observa que se desarrolló en un «Estado donde todos los cargos gubernamentales importantes estaban ocupados por la aristocracia (y) estaba compuesta, en una medida mucho mayor que en Polonia, por personas de las clases inferiores, por ejemplo, funcionarios menores». Es sabido que entre los dirigentes de la Revolución Norteamericana era mayor la probabilidad de encontrar individuos con educación universitaria que entre el público general de la época: «La educación engendró grandes esperanzas en hombres que, de jóvenes, habían gozado de escasas retribuciones socioeconómicas; con cada nueva realización económica o política, esperaban más éxito y reconocimiento. Pero la inmovilidad política prerrevolucionaria impidió a esos hombres alcanzar los más altos cargos y alejó de ellos la probabilidad de ocupar posiciones políticas de rango colonial e intercolonial» [84].

En parte, pues, lo que ocasionó la Revolución Norteamericana fue esto: los líderes coloniales sólo podían aspirar a sentarse en las cámaras bajas de las Asambleas, y puesto que éstas eran el centro de su poder, trataron de dar a las Asambleas la mayor autonomía posible. Después de mostrarse indiferentes a este proceso durante casi un siglo, la Corona y el Parlamento empezaron a restringir la autonomía de las Asambleas: «Sin ninguna perspectiva de movilidad política por encima del nivel de la Asamblea, muchos de ellos no veían ninguna razón para devolver lo que ya habían arrancado a sus oponentes de los cargos superiores» [85]. Se convirtieron en adversarios de los altos funcionarios y de la Corona, que los había nombrado, y declararon que lo que se hacía con las Asambleas era sólo un presagio de lo que ocurriría con las libertades de todos los norteamericanos. Este proceso —a saber, la reasunción británica de derechos y poderes que se habían desgastado por su anterior descuido de ellos—, recuerda también la situación anterior a la Revolución Fran-

[84] La cita de Alexander Gella del párrafo anterior es de *The Intelligentsia and the Intellectuals*, p. 29. La cita sobre la Revolución Norteamericana es de James Kirby Martin, *Men in Rebellion* (Nueva York, 1973), p. 138.
[85] *Ibid.*, p. 173.

cesa, cuando parte de la aristocracia trató igualmente de recuperar antiguas prerrogativas que habían dejado esfumarse.

11.11. La obstrucción del ascenso produce un aumento de la actividad *política* en la Nueva Clase y de los actos abiertos de enfrentamiento con la autoridad, no sólo cuando se afecta a los intereses económicos de los intelectuales, sino también cuando se les quita oportunidades de ejercer influencia *política*. La obstrucción de la movilidad hacia arriba de la Nueva Clase, *política* o *económicamente*, contribuye a su alienación. Así, en su estudio de la élite intelectual de los Estados Unidos durante la guerra de Vietnam, Charles Kadushin sostiene que su actividad política varió, según que «tuvieran o no un acceso directo a los hombres poderosos; si lo tenían, era menos probable que participasen en demostraciones y nunca llegaban a la desobediencia civil...»[86].

11.12. Obsérvense las líneas de comunicación que ha iniciado la Nueva Clase en lo concerniente a problemas públicos: en una sociedad de capitalismo tardío como los Estados Unidos, cuando los dirigentes de la Nueva Clase quieren incidir en los rumbos nacionales e influir en los hombres poderosos, se comunican con los *políticos* al nivel nacional, esto es, con «Washington». No emprenden la comunicación directa con la vieja clase, es decir, con los dirigentes empresariales. Esto implica que no ponen sus esperanzas en los líderes empresariales, y ya no los consideran los dirigentes efectivos o legítimos de la *nación*.

Aunque los primeros socialistas «utópicos», Charles Fourier y Henri de Saint-Simon, solicitaron la ayuda de ricos industriales, el celoso discípulo de este último y fundador del positivismo, Auguste Comte, pronto se desilusionó y renunció a las esperanzas puestas en los hombres de negocios, como indican sus cartas[87].

11.13. El *modo* fundamental de influencia usado por la Nueva Clase y característico de ella es la *comunicación:* escribir y hablar. A diferencia de la vieja clase, no *compra* la conformidad con sus intereses, sino que trata de *persuadir*. A diferencia de los políticos, normalmente no dispone de *fuerza* para imponer sus objetivos.

[86] Charles Kadushin y otros; véase la nota 27.
[87] Sobre estas notables cartas, donde Comte, entre otras cosas, se queja de que los hombres de negocios ofenden la dignidad teórica de los intelectuales, véase Frank Manuel, *The New World of Henri Saint-Simon* (Cambridge, 1956).

La Nueva Clase obtiene lo que desea, pues, principalmente por la retórica, por la persuasión y la argumentación, mediante la publicación y el diálogo.

Por consiguiente, los intereses políticos y económicos de la Nueva Clase dependen de su permanente acceso a los medios de comunicación, particularmente los medios de comunicación de masas, y de las libertades institucionales que protegen su derecho a publicar y hablar. La merma de estos derechos —esto es, la censura—, es un estorbo básico para el esfuerzo de la Nueva Clase dirigido a promoverse. Puesto que su ascenso depende en gran medida de su acceso a la libre comunicación, su oposición a la censura es una de las luchas principales que la ha *unido* en su historia, como en el período anterior a la Revolución Francesa y hasta en la actualidad. En verdad, la oposición de la Nueva Clase a la censura atraviesa Oriente y Occidente; es ahora una fuente importante de la alienación de la *intelligentsia* soviética, como indica el surgimiento del *samizdat*. Podemos señalar que en esto, en la oposición a la censura, los intereses de clase particulares de la Nueva Clase coinciden con los intereses universales en la racionalidad pública.

11.14. En los comienzos de la sociedad burguesa, las tensiones entre la Nueva Clase naciente y la burguesía comúnmente eran frenadas por su oposición conjunta al Antiguo Régimen, que las había sometido a una común represión y les había puesto trabas en la prosecución de sus intereses. Teniendo un enemigo común, pudieron hacer causa común. Fueron los intereses comunes de ambas clases lo que la Ilustración racionalizó y universalizó. La censura fue un fuerte motivo de queja que acució a los intelectuales a convertirse en el organismo universalizador de la propiedad burguesa.

La universalización de la lucha contra el Antiguo Régimen fue, en parte, una resistencia contra la represión lingüística de éste, es decir, contra la censura y la restricción de la libertad de los intelectuales a publicar y obtener un ingreso de sus escritos. La revolución burguesa se basó comúnmente en una alianza entre los sectores propietarios y los sectores cultos de la clase media, la burguesía y los intelectuales. La revolución burguesa, por lo tanto, reposó en una situación muy *transitoria* en la que la propiedad literaria y las otras formas de propiedad burguesa, al estar sometidas a una común opresión, se unieron. Esta alianza histórica pronto se resquebrajó, cuando la parte propietaria de la clase media conquistó el poder del Estado y la economía, incrementando su control sobre la parte culta

de la clase media. El poder económico comienza a reemplazar a la censura estatal como objeto de la hostilidad de los intelectuales; su desprecio por el «filisteísmo» expresa la transición de la censura estatal a la «censura» del mercado.

11.15. La tercera fuente de alienación de la Nueva Clase es su experiencia de una disparidad de status, la disparidad entre su gran posesión de cultura y su menor goce de poder y riqueza. Los *intelectuales humanistas* (es decir, un sector de la Nueva Clase) en una sociedad industrial tecnocrática experimentan una disparidad de status especialmente aguda entre su «elevada» cultura y sus ingresos o influencia política más limitados, por lo que se alienan cada vez más. Los intelectuales y la *intelligentsia* pueden alienarse cuando su forma de capital obtiene retribuciones inferiores, en poder y riqueza, que los ingresos del capital dinerario de la vieja clase.

La Nueva Clase cree que su elevada cultura es el mayor logro de la especie humana, la más profunda sabiduría antigua y el más avanzado conocimiento científico moderno. Cree que éstos contribuyen al bienestar y riqueza de la especie, y que, en correspondencia, debe recibir mayores retribuciones. La Nueva Clase cree que el mundo debe ser gobernado por quienes poseen idoneidad, sabiduría y ciencia superiores; esto es, por ella. El complejo platónico, el sueño del rey filósofo con el que comienza la filosofía occidental, es la más profunda expresión de deseos en la fantasía de la Nueva Clase. Pero sus miembros miran a su alrededor y ven que los hombres que los emplean no tienen la menor comprensión de los aspectos más simples de sus especialidades técnicas, y que los políticos que los gobiernan son, según palabras de Edmund Wilson, «excepcionalmente corruptos, incultos e incompetentes, al mismo tiempo» [88].

11.16. La cuarta fuente de la alienación de la Nueva Clase es su preocupación por la «totalidad» social y su adhesión a ella. Su educación privilegiada y los roles sociales que desempeña son definidos a menudo como si implicaran una obligación hacia la colectividad como un todo. Los maestros, por ejemplo, son definidos comúnmente como los «representantes» de *toda* la sociedad y los guardianes de sus tradiciones nacionales. En verdad, hasta algunas de las viejas clases, en particular las élites tradicionales, pueden sentir cierta responsabilidad hacia el grupo en su conjunto.

En contextos coloniales, las élites tradicionales desplazadas a veces se hallan dispuestas, por sus intereses de clase y su cultura, a asumir el liderazgo contra los extranjeros que corrompen las tradiciones de su sociedad; a veces han sido educados para adoptar el punto de vista de la totalidad como cuestión de *noblesse oblige*. Aunque la contemplen desde una sola perspectiva, o sea, desde arriba, pueden llegar a un cuadro coherente de toda la sociedad y desarrollar un sentimiento de obligación hacia ella. Por falsa que sea tal conciencia, a menudo es real en sus consecuencias, lo cual lleva a algunos a alienarse de esas élites, cuando las definen como egoístas y corruptas o ineficaces [89] en la protección de los intereses de los grupos más vastos contra los extranjeros.

11.17. La quinta y última de las fuentes de alienación de la Nueva Clase es la obstrucción de sus intereses técnicos. La sumisión de los técnicos a menudo es considerada como debida solamente a su venalidad, ambición y timidez. Pero esto sólo es así en parte. También está de por medio su naturaleza soñadora. Como dijo Nietzsche en una ocasión, son recolectores de setas, dedicados a sus pequeños enigmas y compulsiones. Si se presenta la ocasión, apoyarán a quienes apoyen sus «hábitos». Su interés compulsivo-obsesivo por lo técnico puede hacerlos apolíticos, pero este apoliticismo tiene un límite. Pueden ignorar la política sólo en tanto puedan dedicarse a sus narcotizantes obsesiones técnicas. Pero si se les impide esto, también ellos entran en lucha con sus superiores burocráticos. Su misma dedicación a los intereses técnicos genera disonancia con sus superiores, quienes tratan de impedir que aborden problemas sin beneficios prácticos. Es inherente al interés técnico, pues, no sólo la sumisión y la reproducción del *statu quo* del poder, sino también su potencial subversión. Hasta desde el punto de vista de su propia racionalidad instrumental limitada, la *intelligentsia* técnica encuentra el mundo demasiado poco racional. Por agrietada que sea esta racionalidad, se considera a sí misma más elevada que la racionalidad de sus superiores burocráticos. Y lo es.

11.18. La Sobreproducción de la Fuerza de Trabajo Educada, la Unidad de la Nueva Clase y la Alienación. De las cinco fuentes de alienación mencionadas, hay una que promete intensificar agudamente la alienación de la Nueva Clase en el futuro cercano *y reforzar su unidad interna contra la vieja clase.* (Volvemos aquí, por tercera

[88] *New Republic*, 14 de enero de 1931.

[89] Cf. Sebastián de Grazia, *The Political Community: A Study of Anomie* (Chicago, 1948).

y última vez, al problema de la «unidad» de la Nueva Clase.) Este factor es la intensificación de los impedimentos al ascenso provocada por el creciente exceso en la oferta de mano de obra culta que se hizo visible a fines del decenio de 1960. Hemos entrado ahora en un período en el que puede haber más mano de obra adecuada que demanda de ella, más desempleo en la Nueva Clase, más presiones para que sus miembros acepten trabajos que no desean; y, por consiguiente, mayor insatisfacción laboral entre los que trabajan. La anterior movilidad hacia arriba de la Nueva Clase, que gozó de perspectivas cada vez mejores entre el decenio de 1940 y el de 1960, se halla ahora obstruida. Los individuos cultos, que comúnmente habían manifestado una satisfacción por el trabajo mayor que la media, pronto quizá demuestren que las expectativas superiores frustradas agudizan la alienación.

Estructuralmente, esta creciente saturación de mano de obra culta es esencialmente similar a la que hallamos en los países coloniales, donde constituyó una fuente clásica de movimientos antiimperialistas en pro de la independencia nacional, y especialmente de sus líderes. El exceso cada vez mayor de personas educadas se ha difundido ahora a los países industrializados, donde se ha convertido en una fuente importante del radicalismo político, y hasta del terrorismo armado, entre los jóvenes cultos. Aunque los líderes más activos de tales grupos a menudo están motivados por consideraciones ideológicas, sus seguidores son con frecuencia jóvenes educados sin perspectivas de trabajo. Hay razones para creer que estos factores estructurales también provocarán sus consecuencias habituales en Estados Unidos, Japón, Francia, Italia y otros países industriales.

En 1973, la Comisión Carnegie para la Educación Superior predijo que la oferta de mano de obra educada superaría a la demanda, y que incluso quienes tuvieran empleo hallarían insatisfactorios los trabajos disponibles. Aunque sólo el 20 por 100 de los trabajos exigirán una educación superior a la secundaria en la década de 1970, según un estudio de la Oficina de Estadística Laboral que cita la mencionada Comisión, al menos la mitad de la generación en edad universitaria habrá asistido a la universidad, por lo menos durante un período. En resumen, y según las conclusiones del estudio aludido, casi la mitad de esta generación quizá trabaje en condiciones inferiores, en tareas que requieren menos educación de la que tienen y que resultan menos interesantes que las que habían deseado. «Cerca del 30 por 100 de los graduados universitarios de sexo masculino que han hecho carreras de cuatro años están [aún] ahora en trabajos fabriles, de ventas y de oficina... que no hacen pleno uso de su educación.» Si no se pone freno a esto, declara el informe de la Comisión Carnegie, «... podríamos terminar ... en una crisis política ... como en Ceilán, India o Egipto».

Según una comisión especial del Departamento de Sanidad, Educación y Bienestar Social (de 1972), hay «creciente insatisfacción de los empleados de oficina y creciente descontento entre los administradores». Estudios diversos han encontrado una creciente rotación en los trabajos de oficina, signos crecientes de interés por los sindicatos de empleados, creciente renuencia de los estudiantes a aceptar tareas estrechamente supervisadas, un considerable declive entre los estudiantes de la creencia en las recompensas del trabajo duro, menor sentimiento de lealtad hacia los empleadores entre los oficinistas, y mayor interés de los administradores de nivel medio por incorporarse a un sindicato [90].

En el *Occupational Outlook* de la primavera de 1977, Russell B. Flanders, un jefe de división de la Oficina de Estadística Laboral de EE.UU., señalaba que en este país «la fuerza de trabajo subió de un promedio de 10,9 años pasados en la escuela en 1952 a 12,5 en 1974. Específicamente, la proporción de la fuerza de trabajo que completó al menos cuatro años de universidad aumentó del 8 al 15 por 100 durante ese período». En poco más de veinte años, pues, la proporción de graduados universitarios casi se ha duplicado, hasta el punto de que, en 1974, uno de cada siete miembros de la fuerza de trabajo había terminado una carrera universitaria. En particular, la proporción de graduados universitarios entre los grupos minoritarios de la fuerza de trabajo aumentó aproximadamente en el 400 por ciento, pues llegó al 9,3 por ciento en 1974, a partir del 2,6 por ciento veinte años antes. Sin duda, la deteriorada situación del mercado para la mano de obra educada representará un peligro particularmente grande para ellos.

Es importante señalar que, según la conclusión de Flanders, «pese a una posible disminución modesta en las matrículas universitarias, la proporción de graduados universitarios en la fuerza de trabajo puede llegar al 20 por ciento en 1985... [y] el número de graduados universitarios probablemente siga batiendo récords año tras año du-

[90] Un buen resumen de los estudios mencionados se encontrará en David N. Smith, *Who Rules the Universities*, pp. 253 y ss. Los estudios aludidos, que desarrollan los detalles, proceden todos de la publicación oficial de la Oficina de Estadística Laboral de los Estados Unidos, *Occupational Outlook*, las citas específicas se dan en el texto.

rante todo el decenio de 1970. Se prevé que la cantidad de títulos universitarios otorgados aumente un 15 por 100 entre 1974 y 1985».

De acuerdo con Flanders, «las cifras de la oferta y la demanda indican que el número de graduados universitarios que entren en la fuerza de trabajo en el período que va de 1974 a 1985 excederá en 950.000 al número de oportunidades de trabajo proyectadas para los graduados universitarios». Como resultado de esto, el desplazamiento «de graduados universitarios a campos no tradicionales ya se ha hecho evidente. Por ejemplo, entre 1970 y 1974 la proporción de trabajadores que tienen cuatro o más años de educación universitaria aumentó en más del 60 por 100 en las tareas de oficina, de servicios y de administración... Las perspectivas no son más brillantes para los científicos e ingenieros con títulos doctorales que para los graduados universitarios en general».

El número del Verano de 1973 del *Occupational Outlook,* al examinar el Informe sobre la Mano de Obra del Presidente, observa que «la gran reducción en los nacimientos desde fines del decenio de 1950 ya ha provocado la disminución de las matrículas al nivel de la escuela elemental. Las matrículas en las escuelas públicas y privadas han bajado, desde la cumbre de 36,8 millones alcanzada en 1969, a 35,6 millones en 1972, y se prevé que disminuirán a 33,3 millones en 1977, lo que representa una disminución neta de casi 3,5 millones... se prevé que las matrículas en las escuelas secundarias disminuyan, de un punto máximo de 16 millones a mediados de la década de 1970 a 14,3 millones en 1981... En lugar de la demanda en constante crecimiento de maestros que tuvo lugar durante las dos últimas décadas... en los restantes años del decenio de 1970 se presenciará una caída de la demanda total de maestros para las escuelas elementales y secundarias, a pesar de las crecientes exigencias de suplentes... Entre 1972 y 1976 se producirá una reducción media de 13.000 puestos en los nuevos cargos docentes... y ocurrirá una ulterior reducción en la demanda, por la misma razón, también en los cinco años siguientes. El resultado será una disminución en la demanda anual media de nuevos maestros, desde el máximo de 214.000 al año entre 1967 y 1971, hasta 182.000 al año entre 1972 y 1976... la demanda de profesores universitarios [sin embargo] seguirá aumentando a comienzos de la década de 1970... pero la mayor parte de esta demanda estará destinada a cubrir las vacantes dejadas por profesores que se retiran o abandonan la profesión por otras razones. Después de 1976, el incremento en la demanda anual media de profesores universitarios disminuirá a 14.000 al año, en comparación con los 26.000 al año entre 1967 y 1971».

En el *Occupational Outlook* del Invierno de 1975, Elinor W. Abramson, economista laboral de la Oficina de Estadística Laboral de EE.UU., informa que «... las vacantes para trabajadores con títulos doctorales entre 1972 y 1985 totalizarán unos 187.000 puestos. Pero se calcula que la oferta durante el mismo período será de unas 580.000 personas. Por lo tanto, si persisten las tendencias actuales con respecto al empleo de doctores en comparación con otros trabajadores y a la proporción de personas que obtienen títulos doctorales, en 1985 habrá más de dos veces más doctores que puestos disponibles para tareas de tipo doctoral... en física, la oferta será un 50 por 100 mayor que la demanda; en matemáticas, sólo será de un octavo más. En cambio, la oferta será dos veces mayor en biología, en ciencias sociales y en psicología; tres veces mayor en artes y humanidades; cuatro veces y media mayor en la educación, y ocho veces y media mayor en los negocios y el comercio».

La presión del mercado sobre la Nueva Clase, pues, amenaza aumentar fuertemente en un futuro previsible; si persiste, hasta la *intelligentsia* técnica habitualmente privilegiada experimentará una presión creciente. Como resultado de los impedimentos para su ascenso, probablemente se produzca un aumento de la unidad de la Nueva Clase en sus variadas y diversas formas y, además, de una unidad que bien puede tomar la forma de una creciente radicalización dirigida contra la vieja clase.

Si el creciente exceso en la oferta de mano de obra educada produce una mayor alienación y unidad en la Nueva Clase, no será la primera vez que esto ocurra en Occidente. Lo mismo ocurrió durante la Gran Depresión de la década de 1930 en Inglaterra, Estados Unidos y Francia, para no hablar de Alemania, donde arrojó a parte de la Nueva Clase al movimiento nazi. En realidad, precisamente teniendo en cuenta la experiencia nazi y fascista de los años treinta, no se puede suponer a la ligera que la alienación de la Nueva Clase debe necesariamente impulsarla hacia la izquierda y hacia la solidaridad con la vieja clase obrera.

11.19. Apéndice sobre las Rebeliones Estudiantiles. ¿Cómo podemos entender la relación entre las rebeliones estudiantiles del decenio de 1960 y la Nueva Clase? Incluso una ojeada superficial a la cuestión indica que existen importantes vínculos. Entre otras cosas, los

estudiantes rebeldes eran educandos de la Nueva Clase. Pero esto no se refiere vagamente a sus «orígenes burgueses» —pues esto borra la distinción entre vieja y nueva clase—, sino que más bien tiende a dar mayor precisión a la aserción de Richard Flacks de que: «Prácticamente todos los estudios sobre los rebeldes indican que los ingresos familiares medios de los activistas son superiores a los característicos de sus condiscípulos no activistas. Pero la fuente de estos ingresos es especial: proviene de ocupaciones de carácter intelectual o profesional. No sólo tienen escasa representación en el movimiento los hijos de obreros u oficinistas modestos, sino también los de ejecutivos y empresarios»[91].

Los activistas eran a menudo hijos de la anterior generación de la Nueva Clase, con frecuencia profesionales liberales urbanos, que trabajaban para grandes organismos burocráticos y cuyos hábitos de educación inculcaban típicamente la preocupación por la autonomía y el escepticismo ante la autoridad tradicional. Esos padres les enseñaban normalmente que la autoridad no era justa sólo por ser autoridad, que la gente debe dar y recibir razones para sus acciones y políticas, y que éstas deben fundarse en algún conjunto de «principios». En otras palabras, los estudiantes rebeldes de Estados Unidos y otros países occidentales a menudo habían aprendido los rudimentos de la CDC de sus padres, *mucho antes de ir a la universidad*. En verdad, si contemplamos a los estudiantes rebeldes del decenio de 1960, hay una clara continuidad entre los valores liberales de sus padres y su propia pugna por la autonomía: de hecho, un sexto de los primeros estudiantes rebeldes, la «levadura» del movimiento, provenían de familias con propensiones izquierdistas y participaban de una persistente tradición familiar de disidencia política[92].

[91] En J. Foster y D. Long, recs., *Protest: Student Activism in America* (Nueva York, 1970), p. 137.

[92] Véase Kenneth Keniston, *Young Radicals* (Nueva York, 1968): «... muchos activistas se preocupan por vivir los valores paternos expresados pero no aplicados... muchos manifestantes "realizan" en sus manifestaciones los valores en los que sus padres creían explícitamente...» (p. 309). Sin embargo, con respecto a mi tesis principal, la observación más importante de Keniston es la de que «los activistas no provienen de grupos preteridos, ansiosos de status, marginados o incultos; por el contrario, se reclutan selectivamente entre los jóvenes norteamericanos que han tenido la educación socialmente más afortunada» (p. 307). Y con respecto a la observación hecha más adelante en el texto, que se refiere al papel activista especial de los profesores auxiliares: «Los líderes más efectivos de los movimientos de protesta no han sido los educandos, sino los profesores auxiliares. La presencia de gran número de profesores auxiliares explotados, mal pagados, descontentos y frustrados (o de otros titulados equivalentes o miembros jóvenes del cuerpo docente) es esencial en la protesta organizada y persistente» (p. 312).

La importancia de la CDC —inculcada por la familia o por otro canal— para la alienación política de los estudiantes rebeldes está sugerida, además, por el hecho de que la rebelión alcanzó el máximo nivel entre los estudiantes de humanidades, artes liberales o ciencias teóricas, que eran las fortalezas universitarias de la CDC. En correspondencia con esto, la rebelión fue también mayor en las universidades elitistas, donde la educación no se limita a una estrecha enseñanza vocacional y donde las humanidades y las ciencias teóricas son importantes.

¿No había, pues, ninguna conexión entre los desarrollos económicos y la rebelión estudiantil? Creo que la había, pero no, como se sostiene a veces, porque los estudiantes previesen con temor un futuro desempleo o trabajos insatisfactorios. Yo centraría la atención, en cambio, en el problema de la financiación del cuerpo docente durante ese período, bien sea la financiación de su investigación o la de sus sueldos, que llegaron a estar y todavía están vinculados con su capacidad para obtener fondos externos destinados a la investigación. Una consecuencia de la mayor financiación externa fue que el cuerpo docente se hizo más independiente y menos sensible a los controles internos de los administradores universitarios. Otra consecuencia fue que los cuerpos docentes cuyos fondos para la investigación aumentaron mucho (por ejemplo, en las ciencias sociales) y cuyos salarios, por consiguiente, aumentaron más que los de otros, dedicaron más tiempo a la investigación y tuvieron menos «horas de contacto» con los estudiantes. La enseñanza pasó a menudo a profesores auxiliares que debieron trabajar duramente y que, junto con el número creciente de auxiliares de investigación, se convirtieron en una especie de proletariado joven, arrojado al mercado con un bajo nivel de cualificación y una elevada carga de trabajo. A este respecto, el creciente número de graduados que hicieron posible los mayores fondos para la investigación no eran muy diferentes del mismo profesorado joven. En suma, brotó el «proletariado» académico. Los profesores menos afortunados de las humanidades no pudieron marchar al ritmo del auge en la financiación de la investigación académica en ciencias sociales y, por ende, no pudieron mantener salarios elevados, con lo que experimentaron un descenso relativo y una creciente alienación que quizá se transmitió a sus discípulos. Por estas razones, la vanguardia de la protesta estudiantil

del decenio de 1960 la constituyeron las fuerzas unidas de las ciencias sociales y las humanidades.

Se ha hablado mucho de la estrecha correlación entre la protesta estudiantil y las dimensiones de la universidad; aparentemente, la protesta era mayor cuanto mayor era el tamaño de la universidad. En parte, el mayor tamaño facilitó la protesta al promover una atmósfera universitaria burocratizada y rutinaria, con menos vínculos personales que frenaran el conflicto. El aumento en las dimensiones de la universidad afectaría, en particular, a los estudiantes provenientes de la Nueva Clase, orientados hacia la cultura del discurso crítico. En efecto, es inherente (aunque implícito) a la CDC un modelo de *educación* que entraña una *sensible* interacción social, la esperanza de poder expresar sus críticas, de que su «humilde» estado no descalificaría sus opiniones ni autorizaría a las autoridades a dejarlos sin información y sin respuestas. Con aulas cada vez más numerosas y con el creciente aislamiento de los profesores de élite, absorbidos en investigaciones bien financiadas, el modelo de educación implícito en la CDC fue abandonado cada vez más. Puesto que los «yoes» (o *egos*) de los humildes son reconocidos por la CDC, ya que hasta *sus* creencias tienen, en principio, tanto derecho a ser oídas como las de los encumbrados y más viejos, *los jóvenes y humildes tienen intereses creados en la CDC.* Con la violación de la norma de la CDC, en razón de la creación de escuelas más grandes y más regimentadas, los estudiantes sufrieron una disminución de su yo, particularmente los que ya habían sido educados en la CDC. Este perjuicio al yo estaba vinculado con la negación de la plena mayoría de edad experimentada por quienes vivían en la «moratoria» del rol como estudiantes. Así, la declinación del discurso crítico era sentida como parte de la denegación de la plena participación adulta y como un impedimento adicional al ascenso de los estudiantes a la mayoría de edad.

Esto no significa que las grandes universidades no tuviesen otros efectos sobre la protesta estudiantil. Las clases más numerosas suponían un creciente «espacio de control», pues el miembro medio del cuerpo docente debía controlar a más estudiantes; la disminución de las horas de contacto entre estudiantes y profesores y el creciente empleo de auxiliares en vez de profesores para la enseñanza involucró la decreciente efectividad de la autoridad universitaria. Esto no sólo ocurrió en el ámbito universitario y las aulas, sino también en las residencias y las pensiones estudiantiles, donde la autoridad universitaria se derrumbó casi totalmente con el aumento de las matrículas. Además, como los alojamientos universitarios no pudieron aumentar al mismo ritmo que el número de estudiantes, éstos fueron alojados cada vez más fuera de la universidad, en ghettos estudiantiles alejados de los controles universitarios. Así, el aumento de las dimensiones ocasionó el aumento de la alienación estudiantil y la disminución, y hasta la desaparición, del control universitario sobre los estudiantes. El mismo factor que intensificó la alienación de los estudiantes perjudicó también la capacidad de las autoridades universitarias para contenerla.

Sin embargo, en general, se ha exagerado la importancia del creciente tamaño de las escuelas en la explicación de la revuelta estudiantil del decenio de 1960, sobre todo porque los análisis corrientes carecen por lo general de perspectiva histórica y de datos de muchos países. Sin duda, los movimientos y «revueltas» estudiantiles no son nuevos: hubo el movimiento estudiantil revolucionario *narodnik* ruso de los decenios de 1860 y 1870, el movimiento estudiantil alemán del primer cuarto del siglo XIX asociado al naciente nacionalismo alemán, el movimiento estudiantil chino que surgió después de la Revolución de Octubre, el movimiento estudiantil parisino de la década de 1830, y muchos otros. En ninguna de estas tempranas revueltas había educación *masiva,* y la universidad estaba lejos de haber sido «industrializada». El tamaño, pues, cuando se le considera en una perspectiva histórica y comparativa, no es una condición necesaria para la alienación de los estudiantes.

Tesis XII: La familia en la reproducción de la alienación

12.1. ¿Cómo se mantiene la alienación a través del tiempo y cómo se la reproduce? El mecanismo más importante para esta reproducción es la *organización* social. La alienación debe de algún modo tener un encuadre grupal protector, para que se mantenga y se transmita. Hay al menos dos formas básicas para la reproducción grupal de la alienación: una de ellas, muy antigua, es nada menos que la familia; la otra, muy moderna, la organización de «vanguardia».

12.2. Para mantener la alienación, las personas necesitan del apoyo y la protección de otros: la familia, los amigos, los compañeros. Cuando la desviación se implanta en alguna forma de organización

grupal limitada, se llega a una nueva e importante etapa en la alienación de la Nueva Clase. Tales grupos pueden formarse en condiciones muy diferentes y alrededor de diferentes actividades. La solidaridad grupal, por ejemplo, puede surgir entre los miembros del equipo editorial de algún diario o periódico disidente. Durante un tiempo, el núcleo del Partido Bolchevique fue el equipo editorial de su periódico, *Iskra*, y el partido mismo al principio fue concebido fundamentalmente como un instrumento de ese equipo. Asimismo, los encarcelados o exiliados pueden unirse y formar agrupamientos flexibles para la protección mutua.

12.3. Pero hay un grupo, la familia, que ya existe. No es necesario crearlo; puede ser aprovechado. Antes de la organización política, con sus compañeros protectores, la familia es a menudo el primer grupo conquistado por la persona políticamente alienada. La familia es con frecuencia el primer «público» del joven alienado, el público fascinado al que trata de conquistar. A un nivel mínimo, la familia puede ayudar sencillamente no denunciando al desviado y ocultando su disidencia de las autoridades. Algunas familias, por temor a tener «problemas», denunciarán al disidente; otras pueden arriesgarlo todo para ocultarlo cuando él está «fugado». Este es el germen primitivo, la sustancia elemental, del que la guerrilla es un derivado lineal, aunque distante.

Sería pueblerino, sin embargo, suponer que la alienación familiar comienza sólo con la alienación de los hijos. En contextos coloniales, por ejemplo, el padre puede adherir a la causa nacionalista y arrastrar a la familia consigo. En este caso la familia está alienada «desde arriba».

Un momento decisivo en la alienación de una familia se produce cuando el padre u otro miembro de la familia es perjudicado, encarcelado o ejecutado a causa de sus actividades políticas, por ejemplo, el hermano de Lenin. Esto a menudo une a la familia, hace cristalizar su alienación, acrecienta su solidaridad contra las autoridades públicas; la política pública moderna, entonces, se entrelaza, sutil e invisiblemente, con las antiguas disensiones familiares.

La familia puede convertirse también en la «célula» política primitiva que socialice al joven en la tradición de rebeldía política de la familia. En este caso la familia puede servir para proteger y transmitir, aun a través de generaciones, una tradición radical. Transforma el radicalismo personal en una tradición familiar. Por ejemplo, Kenneth Keniston ha observado que muchos de los jóvenes radicales de «la nueva izquierda» del decenio de 1960 provenían de «viejas familias izquierdistas». Richard Cobb también ha señalado la transmisión familiar de la tradición revolucionaria francesa después de 1789.

Cuando una familia ha sido desangrada en la lucha contra un imperialismo colonial o un despotismo interno, la rebelión puede llegar a convertirse en un proyecto familiar: una generación derrama su sangre, las viudas no permiten que los jóvenes olviden el sacrificio y, finalmente, «los hijos de las viudas» hacen madurar la revolución.

12.4. Discusión: Sí, *por lo común*, la familia sirve como correa de transmisión de valores tradicionales y *desalienta* a sus miembros de la desviación política y de otros tipos. En verdad, la mayoría de las otras instituciones apoyan al *statu quo* la mayor parte del tiempo. Pero nuestro propósito *no* es comprender lo que ocurre la mayor parte del tiempo, sino cómo es posible ese suceso extraordinario: la rebelión contra la tradición y el *statu quo*. Si las familias fueran solidarias en expulsar a los desviados políticos, probablemente habría menos de ellos; a la inversa, en un grado sorprendente la desviación política es apoyada por el presunto pilar del *statu quo*, la familia. En muchas sociedades, las lealtades familiares son tan fuertes que sus miembros tienen derecho al apoyo familiar aun contra el resto de la sociedad. No puede decirse lo mismo de la mayoría de las otras instituciones a las que pertenece la gente. La estructura misma de la familia la hace vulnerable a las demandas de sus disidentes políticos.

Tesis XIII: Dilemas del marxismo y de la organización de vanguardia

13.1. Para comprender la organización de vanguardia y su papel en la protección de la alienación política de los intelectuales, es útil entender el marxismo y sus contradicciones. El marxismo ha vivido siempre una doble vida, al elogiar la teoría y argüir que la emancipación del presente no puede lograrse sin ella, pero desconfiando y recelando de los teóricos. La teoría es considerada necesaria para escapar a la atracción de la cultura burguesa circundante; pero el teórico es visto como enraizado en la vieja y confortable burguesía o en las

timoratas y locuaces academias universitarias, que presumiblemente sólo «se pasarán» en las últimas horas de la batalla. El marxismo encomia la función, pero estigmatiza al funcionario. Esto sirve para ocultar los orígenes de *élite* de su propia teoría, disonante por ende con un movimiento social que se propone ser proletario. Esta es la razón por la que el marxismo aspira a la «unidad de la teoría y la praxis», sin decir nada de su relación con el *hacedor* de la teoría, el teórico-intelectual [93].

El énfasis del marxismo en el papel de la teoría y del socialismo «científico» inevitablemente inviste a los teóricos, a los intelectuales —en síntesis, a la Nueva Clase—, de gran autoridad. Pues son ellos, y sólo ellos, quienes elaboran la teoría del socialismo. Pero, ¿cómo puede el proletariado someterse a la tutela de la teoría sin someterse también a la invisible pedagogía de los *intelectuales*, de la Nueva Clase? La tarea del marxismo es hallar un modo de exaltar la teoría pero ocultando a la Nueva Clase de la que ella deriva, ocultando su paradójica autoridad en un movimiento de proletarios y socialistas. La invención del partido de vanguardia fue esencial en esta maniobra.

13.2. El marxismo es la falsa conciencia de la burguesía cultural que se ha radicalizado. «Cuando se formó la (Primera) Internacional —escribió Marx—, nosotros formulamos expresamente el grito de batalla: la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma.» Pero ¿quiénes eran los «nosotros» que formularon ese grito de batalla? La adhesión a la *auto*emancipación del proletariado es un acto teórico hecho por una élite teórica y, por consiguiente, encarna una profunda falsa conciencia.

Al sostener que la clase obrera se liberará *a sí misma*, hay dos elementos de falsa conciencia: (1) la afirmación de que la clase *que debe liberarse* es la clase obrera, cuando de hecho es la burguesía cultural; (2) que la clase *que debe llevar a cabo este acto emancipador* será la clase obrera, pero sólo lo conseguirá bajo el liderazgo político y la tutela cultural de la burguesía cultural.

13.3. A fin de cuentas, el marxismo fue creado por el hijo de un burócrata prusiano de bajo rango y el hijo de un industrial multinacional, ambos con una cultura de mandarines.

El marxismo siempre ha recelado de la cultura nativa del proletariado, de su falta de una CDC [94]. Cuando Lenin codificó la Organización de Vanguardia, uno de los objetivos fundamentales fue proteger la pureza de los *teoretiki* con respecto a la *clase obrera*. Lenin, siguiendo a Kautsky, comprendió sin vacilar que el marxismo fue la creación de intelectuales cultos. Sostuvo que el proletariado no podía crear espontáneamente el socialismo y que, en cambio, debía ser llevado a él desde fuera, lo cual era la misión del Partido de Vanguardia. La vanguardia debía mantener una estructura jerárquica estricta, «el centralismo democrático», para asegurarse de que el partido permanecería bajo el firme control de los que poseían la CDC o teoría «científica», los *teoretiki*, haciendo del partido el mecanismo para la formación de los intelectuales.

13.4. Aunque el marxismo consideraba la teoría como indispensable para la emancipación revolucionaria, creía que la teoría no podía provenir de los obreros mismos ni de los académicos ordinarios de clase media. ¿Cómo podía elaborarse, pues, la teoría necesaria? Sencillamente, se necesitaba de un tipo especial de teórico. Y si se necesitaba un teórico especial, también se necesitaba una organización especial que lo formara, protegiera, refinara y dotara de poder. Esta era la Organización de Vanguardia. La función latente de la Organización de Vanguardia era superar —en parte disimular, y en parte trascender genuinamente— la contradicción entre la exaltación por el marxismo de la teoría y su desconfianza hacia los teóricos.

13.5. No nos equivoquemos: la crítica marxista de los teóricos revela un dilema real de toda teoría social que aspire a la verdad, al observar *correctamente* su vulnerabilidad al *statu quo* y señalar *válidamente* su corruptibilidad. Esto es especialmente cierto de la teoría que se propone trascender el presente, pero no lo es menos de la teoría social académica «normal». No obstante, a diferencia de la teoría social académica, cuya falsa conciencia es creerse «libre de valores», el marxismo comprendió correctamente que el mismo carácter *social* de una teoría ejerce sobre ella una inevitable presión. Por ello, trató de establecer los requisitos *organizativos* de una teoría social emancipada y emancipadora. Este es un problema que la teoría social académica

[93] Un desarrollo más detallado de mi argumentación se encontrará en mi artículo «Marxism and Social Theory», *Theory and Society*, 1, 1974.

[94] Así, cuando Marx y Engels censuraron a Wilhelm Weitling, uno de los líderes revolucionarios alemanes de origen obrero, le acusaron sobre todo de falta de «teoría», calificándolo de abyecto fraude a causa de esta deficiencia. Marx desconfiaba también de los obreros autodidactas, y afirmaba que cuando «abandonan el trabajo para convertirse en escritores profesionales, siempre caen en algún dislate teórico...» (Carta a Sorge, Londres, 19 de octubre de 1877).

nunca comenzó siquiera a abordar, pues *supone* que la universidad ya ha creado sus propios requisitos organizativos. Tampoco la teoría es lo que cree ser. La teoría social académica no está libre de valores, ni el marxismo es la conciencia del proletariado. Ambos reflejan la conciencia de la Nueva Clase, cuya ansia de poder sigue caminos diferentes.

13.6. La solución del marxismo a los requisitos organizativos de la teoría fue la invención del Partido de Vanguardia, originalmente concebida por Lenin en su trascendental libro *¿Qué hacer?* La Organización de Vanguardia es la mediadora entre la Nueva Clase y la clase trabajadora (el campesinado o el proletariado). De un lado, es el instrumento con el que el sector radicalizado de la Nueva Clase moviliza y reeduca políticamente a la clase obrera. Del otro, la Organización de Vanguardia es una herramienta mediante la cual esta parte de la Nueva Clase se protege contra sus enemigos y *contra sus aliados de la clase obrera,* aislando a la élite combatiente de la Nueva Clase de las tendencias a la acomodación (oportunismo) y de las tendencias a un purismo ideológico aislador (sectarismo).

13.7. Sin embargo, el Partido de Vanguardia no es sólo una correa de transmisión, no es sólo la expresión organizativa de una conciencia y una ideología que los intelectuales alienados elaboraron antes de entrar en el Partido. Aunque los cuadros principales de la Vanguardia provienen en un principio de los intelectuales, la Vanguardia no es sólo un disfraz y un «grupo de fachada» de ellos. Si bien la Vanguardia es un instrumento de algunos sectores de los intelectuales de la Nueva Clase, también es un instrumento para su *transformación.* Parte de esta transformación de la Nueva Clase es una «radicalización» provocada por la profundización de su compromiso en la lucha contra el sistema que está en el poder. Es una forma de radicalización que no nace de las privaciones económicas, sino del sufrimiento *político.* Es una radicalización producto de la afanosa lucha de una élite, es sufrimiento «heroico».

La Vanguardia hace pasar a sectores de la Nueva Clase de la alienación a la radicalización. La alienación precede al compromiso de la Nueva Clase con la Vanguardia; llega posteriormente al compromiso en el curso de luchas políticas cada vez más intensas. Como resultado de estas adhesiones acumulativas, es cada vez más difícil para esos sectores de la Nueva Clase volver a las carreras normales o a la vida familiar convencional. Su futuro, pues, está ligado en forma creciente a la lucha contra el *statu quo.* Una función importante de la Vanguardia es brindar solidaridades que permitan al sector radicalizado de la Nueva Clase hacer frente a las ansiedades que provoca su peligroso choque con la autoridad establecida y su alejamiento de las carreras normales y de la vida familiar.

Hay aquí un ciclo de *feedback:* la Organización de Vanguardia exacerba las ansiedades de la Nueva Clase radicalizada, en razón de sus enfrentamientos con la autoridad, y luego le enseña a dominar esas ansiedades mediante el *trabajo político.* Al definir la política como una *labor* transformadora del yo-y-del-mundo, una labor de redención, el Partido de Vanguardia es un protestantismo políticamente radicalizado y un radicalismo ascéticamente disciplinado.

13.8. La Vanguardia, pues, no es una simple extensión de la Nueva Clase, sino una *mediación* organizativa de su práctica política. Desarrolla su propia lógica y sus propios intereses distintos, que pronto entran en conflicto con los de los intelectuales originarios. Como ya he dicho, la ideología común de los intelectuales es una ideología sobre el discurso que asigna un valor fundamental al habla; pero las exigencias y peligros militares de la Vanguardia la llevan a exaltar la obediencia disciplinada. Intelectualmente, esto significa: el discurso y la crítica deben ceder el paso a la «línea». En la formulación de Lenin, la Vanguardia se funda en la *limitación del discurso.* La Vanguardia es un *síntoma* que expresa ambivalencia hacia los intelectuales: la necesidad de ellos y la desconfianza hacia ellos. ¿Quién necesita grupos de *discusión*?, preguntaba Lenin con disgusto. Con el tiempo, pues, los intelectuales, que son más útiles durante la etapa temprana de la movilización política, son sustituidos por la *intelligentsia* técnica.

Pero esto no implica el fin del liderazgo de los intelectuales en otros ámbitos, en las revoluciones posteriores. El éxito del grupo de intelectuales militantes, de formación universitaria y militares de Fidel Castro fue favorecido precisamente porque se situaron fuera de la «vanguardia» cubana. La Revolución Cubana muestra cómo un grupo de intelectuales radicalizados, en vez de ser una herramienta del Partido Comunista, transformaron a éste en su propio instrumento, al menos por un tiempo. Quienquiera que finalmente herede la Revolución Cubana, no hay duda de que al principio fue dirigida por intelectuales.

13.9. Una función esencial de la Vanguardia es crear un sistema de control sobre los intelectuales. Esta fue claramente la intención de Lenin en su debate con Martov y otros en el Congreso de 1903 de su partido, donde insistió que los intelectuales, como los demás,

13.11. La estructura de control del «socialismo» es definible en tér-

debían aceptar la disciplina del partido, si querían ser miembros de él. Sin la Vanguardia, los únicos controles a los que la *intelligentsia* está sujeta son los de sus profesiones, las universidades y los mercados de cultura. La Vanguardia, pues, es una solución al problema de arrancar a los intelectuales del control de las instituciones respetables y la cultura burguesa.

Pero la Vanguardia no somete realmente a los intelectuales al control del proletariado. En cambio, la Vanguardia expone a los intelectuales al control de otros intelectuales que han sido resocializados como cuadros de un partido. Los intelectuales mayores de la Vanguardia se resocializan a sí mismos en el proceso de resocializar a los intelectuales novicios.

El Partido de Vanguardia tiene ciertas cualidades eclesiásticas; C. L. R. James llamó una vez a sus miembros los «jesuitas del proletariado». Así como los jesuitas se proponían actuar en pro de los intereses de la Iglesia, así también, la vanguardia proletaria se propone actuar en pro de los intereses de «su» clase. Pero el proletariado es «su» clase sólo en el sentido en que una tribu «pertenece» al antropólogo que la estudia y a la que llama «mi gente».

13.10. La Vanguardia misma está dividida, en realidad, en dos élites: una élite de primera clase y otra de segunda clase. La élite de primera clase está formada por los activistas «de dedicación exclusiva», los «revolucionarios profesionales» de los que hablaba Lenin; los de la élite de segunda clase son los activistas de dedicación parcial, que dedican la mayor parte de su tiempo a ganarse la vida, con lo que contribuyen al sostén de los primeros. La maquinaria de la Vanguardia está siempre en manos de los funcionarios de dedicación exclusiva, para quienes la política está antes que la vida intelectual. Son personas intelectuales (o intelectualizadas) que han pasado a la actividad política exclusiva y que controlan la socialización y el entorno organizativo de los activistas de dedicación parcial. Los intelectuales, pues, son transformados por su recalcitrante herramienta organizativa.

Después de la conquista del poder estatal, la posición de la Vanguardia se vuelve precaria. En Rusia, fue pulverizada por el estalinismo [95]; y en China por las Revoluciones Culturales. Si la Vanguardia transforma a los intelectuales para sus propios intereses, el Estado, a su vez, transforma a la Vanguardia en su instrumento.

[95] La destrucción del P.C.U.S. bajo el estalinismo es examinada en mi artículo «Stalinism», *Telos,* Invierno 1977-78.

minos de tres niveles entrelazados: la Nueva Clase, la Vanguardia y el Estado. Cada uno de ellos trata de mantener una relativa autonomía frente a los otros dos. Hay integración y contradicción entre todos los niveles. Los requisitos para la autonomía de la Nueva Clase son socavados por la Vanguardia, y la de ésta es subvertida por el Estado. Cuanto más la Nueva Clase y la Vanguardia tratan de usar el Estado para sus intereses, tanto menor será su autonomía con respecto al Estado.

13.12. Dada una Organización de Vanguardia rígidamente disciplinada, no es necesario que haya ningún conjunto especial de condiciones para la revolución. Todo lo que puede necesitarse es la movilización efectiva del descontento existente y la explotación de algún episodio histórico calamitoso. Sin embargo, las Vanguardias Leninistas sólo han tenido éxito, por lo común, en regiones relativamente subdesarrolladas, donde las clases adineradas eran aún inmaduras, las élites terratenientes estaban desacreditadas y el Estado era débil o estaba desarticulado.

13.13. El futuro del tipo *leninista* de vanguardia, pues, está ligado a la política de las regiones *subdesarrolladas.* Aquí triunfan cuando se enfrentan con un aparato estatal subdesarrollado o cuando los órganos represivos del Estado, especialmente el ejército, han sido destruidos por otro Estado. La Revolución de Octubre fue preparada por la Vanguardia de Lenin *y por el Ejército Alemán* (y no sin cierto acuerdo entre ellos). Pero es improbable que la Vanguardia Leninista tenga mucho éxito con un Estado intacto de una sociedad industrial avanzada y con un sistema moderno de comunicación de masas. Es más posible que las iniciativas de la Vanguardia logren éxito allí donde la fidelidad de las masas al Estado ha sido minada por grandes catástrofes militares y/o por el sometimiento humillante de su propia élite impotente a un imperialismo extranjero.

13.14. Por lo tanto, en Occidente —en Europa Occidental, Estados Unidos, y quizá también en Japón—, el tipo leninista de vaguardia ha alcanzado su marea alta y está sometida a una presión que la lleva a transformarse. La vieja Vanguardia Leninista se forjó en un período de revolución inminente, de 1900 a 1917, y cuando era evidente, desde 1905, que se avecinaban grandes catástrofes sociales. La vieja Vanguardia sólo necesitó prepararse para aprovechar las oportunidades. La nueva vanguardia será más gramsciana, organizada para una

larga guerra de desgaste ideológico, y tratará lentamente de arrancar

intereses, en particular, su interés en la CDC, la inclinan a la libertad.

la hegemonía ideológica a la vieja clase mucho antes de aspirar al poder. Sostiene que «la reforma debe hacerse antes de la revolución». La infraestructura organizativa del naciente eurocomunismo es la vanguardia gramsciana [96], preparada para una larga «guerra de posiciones», no la guerra leninista de maniobras.

13.15. Un problema: ¿Hay una contradicción en esto? Es decir, si la Nueva Clase se caracteriza por su adhesión a la CDC, entonces, ¿cómo puede también incorporarse al Partido de Vanguardia, que limita y hostiliza a la CDC? Esto, desde luego, sólo es un caso especial de una cuestión general: ¿cómo puede alguien pertenecer a un grupo u organización que perjudica a sus intereses? Una vez que comprendemos el carácter general de la cuestión, podemos reconocer cuán común es que la gente haga tales cosas. ¿Por qué, pues, los intelectuales se unen a la Vanguardia aunque ésta limita la racionalidad a la que adhieren?

Primera respuesta: Los intelectuales, como cualquier otra persona, efectúan normalmente compromisos: sacrifican algunos de sus valores para realizar otros. Pueden prever que su CDC será circunscrita. Pero a cambio de esto, algunos esperan, y reciben, un aumento compensatorio de la solidaridad, la integración al grupo y el alivio de la soledad; sobre todo, algunos sienten que, por su pertenencia al grupo, pueden superar personalmente la sensación de impotencia y, según la conocida frase, poner sus manos sobre «la rueda de la historia».

La estructura fundamental subyacente es ésta: los intelectuales, como otros individuos, tratan de equilibrar el poder y el bien. Quieren un poder a la medida de lo que piensan que es su propio valor, y los intelectuales tienen una opinión muy elevada de su valor. Tener poder, aumentar su poder, por consiguiente, es muy importante para algunos de ellos. Este es un aspecto del complejo platónico, pero en su estructura básica no es peculiar de la Nueva Clase.

Segunda respuesta: Como he afirmado repetidamente, la Nueva Clase (como otros grupos) es una *clase contradictoria.* Algunos de sus

[96] La especialización en Gramsci es una próspera industria en estos días. Algunos de los mejores trabajos son: Paul Piccone, «Gramsci's Marxism: Beyond Leninism and Togliatti», *Theory and Society,* Invierno de 1976; Jerome Karabel, «Revolutionary Contradictions: Antonio Gramsci and the Problem of Intellectuals», *Politics and Society,* 6, 1976; Carl Boggs, *Gramsci's Marxism* (Nueva York, 1976).

Pero sus otros intereses, como burguesía cultural, hacen de ella una élite preocupada por monopolizar ingresos y privilegios. Todo ello supone un compromiso por el que se sacrifican algunos intereses por otros.

Sin embargo, muchos intelectuales *no* creen que haya sacrificio alguno en incorporarse a la Vanguardia. Sencillamente, no creen que la Vanguardia se oponga verdaderamente a la libertad, en especial, la libertad de discusión. Cuando aún están fuera del Partido de Vanguardia, tal vez consideren esas afirmaciones como prejuicios de la burguesía y de sus medios de comunicación. Pero una vez integrados a la Vanguardia, muchos piensan de otro modo. Evidentemente, esto es lo que ha sucedido con miles de intelectuales de todo el mundo que han producido una vasta literatura desilusionada sobre «el dios fracasado». No hay duda de que los intelectuales han sido importantes para los designios de la Vanguardia, para el proceso revolucionario, y para el politburó y los comités directivos de la Vanguardia; tampoco hay duda de que miles de intelectuales se han unido a la Vanguardia y luego *la han abandonado con disgusto.*

13.16. Puesto que los intelectuales de la Nueva Clase comúnmente se oponen a la censura, no es de sorprenderse de que, en el Bloque Soviético, la Nueva Clase haya sido uno de los focos de la resistencia al régimen soviético [97]. Debemos recordar, sin embargo, que la censura, tan perturbadora para la Nueva Clase, se manifiesta mucho antes de que el «socialismo» conquiste el poder estatal.

Los partidos de vanguardia, concebidos según el modelo de Lenin, estaban destinados desde el principio a *controlar* a los intelectuales y a *limitar* la cultura del discurso crítico. Un principio organizativo fundamental del partido de vanguardia, el del «centralismo democrático», limita el tiempo durante el cual puede mantenerse la discusión, y subraya que, una vez tomada una decisión, la discusión debe terminar y no seguir indefinidamente, y que una vez terminada la discusión la posición mayoritaria debe ser apoyada públicamente aun por aquellos miembros del grupo que se oponen a ella. Desde el comienzo, el leninismo puso fin a los «grupos de discusión».

La idea de la libre discusión, aunque esencial para la cultura del discurso crítico, es fundamentalmente contradicha por la estructura misma de la Nueva Clase como burguesía cultural. Como exponentes de la CDC, los miembros de la Nueva Clase se oponen a la censura,

[97] Véase Albert Parry, *The New Class Divided* (Nueva York, 1966).

pero como burguesía cultural con sus propios intereses creados pueden querer limitar la discusión a los miembros de su propia élite; y pueden también desear la administración estatal de la economía para eliminar los obstáculos a su ascenso, con lo cual se exponen a la censura y otros controles por parte del mismo Estado que promueven.

El eurocomunismo es el intento de hallar una solución mini-max a esa contradicción. Esto es, de una parte, el eurocomunismo sigue adhiriendo a la extensión del dominio del Estado sobre la economía, eliminando de este modo los obstáculos a las carreras de la Nueva Clase, y, de la otra, renuncia a la «dictadura del proletariado» y adhiere a una democracia pluralista, con lo cual limita la amenaza de la censura. Para el sector radicalizado de la Nueva Clase, el eurocomunismo es un compromiso óptimo y el precio que ha exigido de modo creciente en Europa Occidental para su apoyo al Partido Comunista.

Tesis XIV: La agrietada clase universal

14.1. La Nueva Clase es la fuerza más progresista de la sociedad moderna y el centro de toda emancipación humana que sea posible en un futuro previsible. No tiene ningún motivo para cercenar las fuerzas productivas ni ningún deseo de desarrollarlas solamente en función de su rentabilidad. La Nueva Clase posee el conocimiento científico y las habilidades técnicas de los que depende el futuro de las modernas fuerzas productivas. Al mismo tiempo, los miembros de la Nueva Clase también manifiestan una creciente sensibilidad a los «efectos colaterales» ecológicos o las consecuencias negativas lejanas de un continuo desarrollo técnico. La Nueva Clase, además, es un centro de oposición a casi todas las formas de censura, con lo cual encarna un interés social universal en un tipo de racionalidad más amplia que la invertida en la tecnología. Aunque la Nueva Clase está en el centro de los movimientos nacionalistas de todo el mundo, una vez asegurada esta fase, es también el más internacionalista y universalista de los estratos sociales; es la más cosmopolita de todas las élites. Su dominio de las lenguas ordinarias «extranjeras», así como de los sociolectos técnicos, le permite comunicarse con otras nacionalidades, y a menudo sus miembros forman parte de algún gremio técnico de ámbito internacional.

14.2. A pesar de todo esto, la Nueva Clase no es el fin de la dominación. Aunque representa en última instancia el fin de la dominación de la vieja clase adinerada, la Nueva Clase es también el núcleo de una *nueva* jerarquía y la élite de una nueva forma de capital cultural.

Los límites históricos de la Nueva Clase son inherentes a la naturaleza de su propia racionalidad característica y a sus ambiciones como burguesía cultural. Su cultura del discurso crítico promueve una actitud puramente «teórica» hacia el mundo. Se sostiene que los hablantes son competentes en la medida en que conocen y saben *enunciar* las reglas, en lugar de seguirlas solamente. Así, la cultura del discurso crítico valora la misma teoricidad de la que el «sentido común» siempre ha recelado por juzgarla característica de los intelectuales.

Los intelectuales han creído desde hace mucho que quienes conocen las reglas, quienes conocen la teoría según la cual actúan, son superiores porque llevan una vida «examinada». De este modo, exaltan la teoría sobre la práctica, y les interesa menos el éxito de una práctica que la posibilidad de que la práctica sea sometida a una regla razonable. Puesto que a los intelectuales y a la *intelligentsia* les interesa hacer cosas de la manera correcta y por la razón correcta —en otras palabras, puesto que valoran la conformidad doctrinaria por sí misma— tienen (tenemos) una tendencia innata al ritualismo y el *sectarismo.*

14.3. La cultura de la Nueva Clase tiene también otras exigencias: puesto que su discurso exalta la importancia de una formulación cuidadosamente corregida, esto presenta los vicios de sus virtudes. En su aspecto *virtuoso,* la autocorrección implica una encomiable circunspección, prudencia, autodisciplina y «seriedad». Pero en su modalidad negativa, la autocorrección también predispone a una enfermiza rigidez, a un lenguaje tieso y retorcido, a la inhibición del juego, la imaginación y la pasión, y a la continua presión para lograr la disciplina expresiva. Así, la nueva racionalidad se convierte en la fuente de una nueva alienación.

Al instar a la vigilancia y la autodisciplina, la CDC produce reflexividad intelectual y la pérdida de la calidez y la espontaneidad. Además, esa misma reflexividad hace resaltar la importancia de ajustar la acción a algún esquema apropiado. Por ello, hay una inflexibilidad estructurada para enfrentar las situaciones de cambio, cierto descuido de las diferencias en las situaciones y la exigencia de ajustarse a la regla adecuada.

Esta inflexibilidad e insensibilidad ante la fuerza de contextos diferentes, esta inclinación a imponer un solo conjunto de reglas a casos diferentes recibe el antiguo nombre de «dogmatismo». En el contexto de las relaciones humanas, la vulnerabilidad de la Nueva Clase al dogmatismo y su misma concentración en la *tarea* implican cierta insensibilidad frente a las *personas*, a sus sentimientos y reacciones, y abren el camino hacia la ruptura de la solidaridad humana. La brutalidad política, entonces, halla un fundamento en la cultura del discurso crítico; la nueva racionalidad, paradójicamente, puede permitir una nueva oscuridad a mediodía.

14.4. La paradoja de la Nueva Clase consiste en que es al mismo tiempo emancipadora *y* elitista. Subvierte todos los órdenes establecidos, los límites sociales y los privilegios, incluidos los propios. La Nueva Clase tiene una cultura del discurso crítico y cuidadoso que es una racionalidad históricamente emancipadora. El nuevo discurso (CDC) es el fundamento para una crítica de las formas establecidas de dominación y proporciona una vía de escape de la tradición, pero también lleva las simientes de una nueva dominación. Su discurso es una pesada maquinaria de argumentación que puede marchitar la imaginación, anular el juego y frenar la expresividad. La cultura del discurso de la Nueva Clase trata de *controlar* todo, tanto a su tema como a sí misma, en la creencia de que tal dominación es el único camino hacia la verdad. La Nueva Clase comienza monopolizando la verdad y convirtiéndose en su guardián. De este modo, hace depender de ella hasta las pretensiones de la vieja clase. La Nueva Clase se coloca por encima de las otras, al sostener que su lenguaje es mejor que el de ellas; que la vida examinada (*su* examen) es superior a la vida no examinada, la cual, dice, sólo es sueño y no es mejor que la muerte. Aunque subvierte las viejas injusticias, la Nueva Clase inaugura silenciosamente una nueva jerarquía del saber, de los informados, los reflexivos y penetrantes. Quienes hablan bien, sostiene, superan a los que hablan pobremente o no hablan en absoluto. Ahora no basta con ser sencillamente bueno. Ahora hay que explicarlo. La Nueva Clase es el embrión de la clase universal, pero sumamente agrietada.

Tesis XV: El contexto político

15.1. La perspectiva política de la Nueva Clase depende, en parte, de su talento político y de la situación en la cual lo ejerza, no menos que de la condición de la vieja clase. La principal fuerza de la Nueva Clase es su capital cultural. Este le proporciona ventajas para la negociación con la vieja clase, pues ésta depende cada vez más de la cultura de la Nueva Clase para su propia reproducción social.

15.2. Ligada al pasado por su herencia cultural, la Nueva Clase también se *libera* del pasado mediante su CDC. Sus raíces históricas y su perspectiva utópica le dan continuidad en el tiempo. Su orientación hacia la «totalidad» la dota de un cosmopolitismo que facilita el diagnóstico político, el desciframiento de los sucesos en el contexto más vasto, desde el punto de vista nacional, internacional y, cada vez más de un sistema mundial. En general, el poder de desciframiento de la Nueva Clase, al ser una función de su acervo cultural, no es superado por ninguna otra clase. Esto significa que tampoco es superada su capacidad para el diagnóstico o la orientación políticos.

15.3. La promesa de la Nueva Clase es que ella misma puede (a diferencia de la vieja clase) vivir según un conjunto de reglas porque no tiene intereses egoístas que la lleven sistemáticamente a apartarse de sus propias reglas y de la preocupación por «servir al pueblo». Sin embargo, la Nueva Clase también cree superior su propia cultura del discurso crítico, lo que equivale a decir que vive una contradicción. Por un lado, su CDC la acucia a socavar todas las diferencias sociales, y, por el otro, al creer superior su propia cultura, desea privilegiar a quienes mejor la realizan y encarnan. Su cultura, pues, contiene «las simientes de la propia destrucción» de la Nueva Clase.

15.4. Si bien la Nueva Clase se concibe como la encarnación de la racionalidad y la justicia, también se identifica con la ciencia y la modernización, y por ende con el bienestar social y el poder. La postura de la Nueva Clase sugiere que puede proporcionar los requisitos fundamentales de la gramática universal de la racionalidad social: *reunir el poder y el bien.* Al tener acceso al pleno desarrollo de la cultura, la Nueva Clase posee una racionalidad instrumental y un moralismo jacobino. Además, la orientación de ella hacia la «totali-

dad» le permite atribuirse esa «no parcialidad» que es la esencia de

15.7. La debilidad de la vieja clase no es nueva, repentina. Ya cuan-

toda legitimidad política.

15.5. Pero las debilidades políticas de la Nueva Clase también derivan de la CDC a la que adhiere. El carácter *ajeno a la situación* de su variante lingüística embota su sensibilidad para la unicidad de situaciones diferentes. Su talento para la *táctica* política, pues, es inferior a su capacidad para el diagnóstico y la *estrategia.* Las habilidades políticas de la Nueva Clase también están limitadas por su teoricidad, que generalmente la frena para la acción y embota su sensibilidad para los sentimientos y las reacciones de otros.

Sin embargo, hay una importante ideología de la era moderna que no comparte esos defectos: el marxismo. *Con su especial énfasis en «la unidad de teoría y práctica» y en el análisis contextual de situaciones históricamente concretas, el marxismo es un correctivo específico para los límites políticos inherentes a la ideología del discurso común a la Nueva Clase.* En algunos respectos, el marxismo va más allá de la CDC; en otros, se queda corto. El marxismo es un discurso crítico pendiente como una espada sobre el *statu quo,* sobre la vieja clase. Al estar dirigido sólo hacia fuera, sólo cumple a medias con la cultura del discurso crítico. Pero pugna por eludir la teoricidad y el formalismo abstracto, con lo cual ha conquistado un tercio del mundo. También ha pagado su precio por ello: la pérdida de su capacidad de *auto*comprensión y desarrollo. En muchas partes del mundo, el marxismo ha sido la comadrona de la Nueva Clase, pero aquellos a quienes trae al mundo nunca pueden verse a sí mismos en su propio espejo.

15.6. Los éxitos políticos de la Nueva Clase son atribuibles tanto a los fracasos, los defectos y la corrupción de la *vieja* clase como a sus propias virtudes políticas. Las viejas clases desplazadas por el derrocamiento revolucionario han sido las que fueron derrotadas en la guerra, colaboraron con el imperialismo extranjero y estuvieron asociadas a los métodos tradicionales de lograr la subsistencia y se volvieron pasivas.

El historial de las regiones coloniales y en desarrollo es bastante claro. Allí la vieja clase era un escándalo: al intentar forrarse los bolsillos con la crisis de su cultura, abultando sus cuentas en los bancos suizos mientras las masas morían de hambre, perdió la convicción fundamental sin la cual ninguna élite puede mantenerse en el poder, o sea, que su misión es *servir al pueblo.* Sin esta dulce falsa conciencia, una élite es sencillamente una banda de pillos.

do era una nueva clase en ascenso, la vieja clase adinerada no fue bien recibida por la antigua aristocracia, a la que estaba desplazando, ni por la nueva clase obrera, a la que explotaba en los tugurios de Lille y Manchester. También los intelectuales y la *intelligentsia* de Europa y América consideraron comúnmente a la vieja clase burguesa como deficiente en virtudes cívicas, conciencia social y sensibilidad cultural. Los intelectuales y la *intelligentsia* de ambos continentes se han burlado desde hace tiempo de la vieja clase, a la que veían formada por Babbitts, aunque a la burla siguiera una rápida mirada en derredor. Y los cristianos a menudo juzgaban a la burguesía carente de fraternidad y caridad. Esta reacción cristiana fue una fuente importante del desprecio romántico por el «filisteísmo» de la burguesía. La vieja clase, pues, nunca ha sido muy amada; su poder sobre la sociedad nunca ha sido igualado por una *legitimidad* de igual fuerza; en verdad, nació con una «crisis de legitimación».

15.8. Para empeorar su situación, la vieja clase, a diferencia de anteriores clases hegemónicas de Occidente, ha tenido que gobernar de manera indirecta. Los propietarios de esclavos y la nobleza feudal estaban preparados para defender sus privilegios con las armas en la mano. La vieja clase burguesa, en cambio, al gobernar mediante un sistema de dominación indirecta, pone el control de la fuerza y la violencia en manos de otros. Ella misma no tiene inclinación ni tiempo para la práctica de la violencia. (En cierto modo, ésta fue siempre una de sus virtudes.) Se transfiere ésta a militares profesionales, que se convierten cada vez más en una *intelligentsia* técnica y parte de la Nueva Clase. Una vez que los militares comienzan a comprender que la victoria o la derrota dependen de algo más que de las armas o la técnica, una vez que comprenden que los resultados militares también dependen de la «moral», y por ende de condiciones socioeconómicas, los militares dejan de ser una estrecha *intelligentsia* técnica y comienzan lentamente a adaptar la CDC a la elaboración de doctrinas de guerra revolucionaria.

15.9. La vieja clase tampoco tiene tiempo, normalmente, para el desarrollo y la asimilación de la cultura; así como cede a otros el control sobre los instrumentos de la violencia, así también abandona a otros la responsabilidad de desarrollar la cultura. Esto significa, pues, que la defensa de la vieja clase, mediante la violencia o mediante la ideología, no está en sus propias manos. En ambos casos, se la entrega a la Nueva Clase.

15.10. Toda clase que aspire a dominar debe establecer su hegemo-

nia en la sociedad, y esto significa que debe definirse a sí misma como una *autoridad legítima*. El requisito universal para la legitimación es la confianza en que la clase gobernará de manera *no parcial*, en nombre de la *colectividad*. ¿Quién confía hoy en que la vieja clase sea imparcial y legítima? Los sondeos de opinión no muestran que las grandes corporaciones de Estados Unidos despierten la confianza pública. La vieja clase ha fracasado en conquistar los símbolos de la legitimidad: esto es, la ciencia, la moral, la tecnología y el profesionalismo. Mientras explora una *détente* con la U.R.S.S. y cuando se va conociendo su carácter multinacional, hasta sus credenciales nacionalistas pueden hacerse sospechosas.

El factor principal que ahora mantiene el poder social de la vieja clase es su *productividad* económica: el *consumismo*. En gran parte, lo que mantiene hoy a la vieja clase no es la fuerza bruta ni la *legitimación*, sino la mera experiencia de las masas de las gratificaciones del consumidor y su asociación con el *statu quo*. Sin embargo, sucesos como el escándalo «Watergate» pueden tener un profundo efecto desestabilizador sobre las masas. Muchos parecen ahora tan dispuestos a creer en la corrupción de la vieja clase como en su legitimidad moral, y quizá más en lo primero que en lo segundo. Es también probable que las crecientes tensiones que sufren las economías de las sociedades neocapitalistas, debidas en parte a la escasez de energía y materias primas, se reflejen en un mayor deterioro de la posición social de la vieja clase.

15.11. Si bien la legitimidad de la vieja clase en Occidente ha sido profundamente afectada, en muchos países este proceso no fue tan intenso en un principio. Pero el consumismo siguió privatizando y despolitizando la existencia; la gente vive una existencia cotidiana que, por el momento, parece compensar su vida «sin sentido». Así, aunque la legitimidad de la vieja clase declina continuamente, aún son pocos los que parecen dispuestos a levantar el puño contra ella, si las condiciones siguien siendo normales. En otras palabras, es mejor describir a la vieja clase como inerte, más que como «estable».

Tesis XVI: Consuelos para una clase moribunda

Es menester recordar el contexto mundial: los Partidos Comunistas de Italia y Francia tienen masas que los apoyan y su eurocomunismo está a poco trecho de la participación en el gobierno, si no del poder. En Japón, la izquierda es también poderosa y militante. En Inglaterra, pese a la reciente mejora debida al petróleo, la vieja clase está agonizando desde hace tiempo por la inflación y los impuestos. La idea de que la vieja clase ha estabilizado su situación es una ilusión americana. Vista desde un punto de vista mundial, en perspectiva histórica, es evidente que la vieja clase ha estado agonizando con asombrosa rapidez.

16.1. La vieja clase adinerada *está* moribunda. Está siendo aplastada en lentas extrusiones evolutivas y en arrolladoras explosiones revolucionarias. Contemplemos el mapa de *1916*. La vieja clase está librando la Primera Guerra Mundial, entre otras razones, para establecer quién controlará los continentes «atrasados». No hubo ningún vencedor porque la vieja clase fue despedazada en Rusia aun antes de que tuviese la oportunidad de llegar al poder. La vieja clase fue eliminada allí en nombre de la paz, el pan y la tierra, en nombre del socialismo y la emancipación humana, en nombre de la dictadura del proletariado; y luego la Nueva Clase continuó su rápido ascenso.

Contemplemos el mapa *actual*. El terreno de la vieja clase ha quedado muy reducido. Se ha establecido un nuevo sistema social en una inmensa franja de tierra que va desde Berlín hasta Vladivostok y las islas orientales de China. Aunque la Nueva Clase no gobierna esta masa de tierra, en la que habita una de cada tres personas que viven en la Tierra, su poder crece continuamente y crecerá aún más con la liquidación del maoísmo. Y la vieja clase se halla firmemente excluida de ese territorio. Todo esto ha ocurrido en un lapso inferior a los sesenta años.

16.2. Estados Unidos es la última esperanza de la vieja clase en todo el mundo. Es el centro actual de las fuerzas mundiales de la vieja clase, como Esparta era el pilar de la aristocracia declinante de la antigua Grecia. Desde todas las partes del mundo, el dinero de la vieja clase llega en torrentes a los Estados Unidos, para comprar tierras trigueras en Kansas y bosques en Oregón. Las sucursales de

los bancos extranjeros proliferan anualmente en la ciudad de Nueva

quienes antaño pensaba que eran sus enemigos—, las sociedades «co-

York, y son la única industria en crecimiento de esta ciudad al borde de la bancarrota. La élite internacional de la vieja clase sabe lo que le está ocurriendo; el sector norteamericano de la vieja clase, que aprovecha momentáneamente el eclipse mundial de su clase, experimenta una euforia temporal causada por esta misma declinación mundial.

16.3. La vieja clase de Estados Unidos es, sin duda, la vieja clase más poderosa del mundo; sin embargo, está moribunda. *Documentación secundaria:* «La desconfianza hacia el gobierno estaba aumentando ya antes de que el asunto Watergate la confirmase. El porcentaje de gente que afirmaba no confiar en que el gobierno 'hiciese lo correcto' aumentó del 22 por 100 en 1964 al 37 por 100 en 1968 y al 76 por 100 en 1972. La creencia de que 'el gobierno es administrado para beneficio de unas pocas grandes empresas' aumentó del 31 por 100 en 1964 al 44 por 100 en 1968 y al 58 por 100 en 1972» [98].

16.4. Mientras la vieja clase se tambalea, la producción de la Nueva Clase aumenta. Al respecto, son atinentes algunas estadísticas sobre la educación superior: en 1947 (aún después del regreso de los veteranos de la Segunda Guerra Mundial), había sólo 2,2 millones de estudiantes universitarios en Estados Unidos, y sólo constituían el 16 por 100 de las personas en edad universitaria. De 1955 a 1960, este número aumentó de 2,6 millones a 3,6 millones, aproximadamente el 35 por 100 de la juventud en edad universitaria. En el decenio de 1970 había unos 8 millones de estudiantes universitarios, que eran el 40 por 100 de la juventud en edad universitaria. Según algunos cálculos, esta cifra ascenderá a 13 millones en la década de 1980. Además de los que están actualmente en la universidad, 1.000.000 son estudiantes graduados, un 12 por 100 del total. La tendencia secular de la proporción de estudiantes universitarios con respecto a los jóvenes en edad universitaria también ha estado aumentando desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad. En 1947, los gastos de educación superior fueron de unos mil millones de dólares; a principios del decenio de 1970 fue de unos 25.000 millones de dólares y se prevé que aumenten a 44.000 millones en la década de 1980. La Nueva Clase se está reproduciendo más rápidamente que cualquier otra clase de la sociedad.

16.5. Los moribundos tienen derecho a una palabra de consuelo: la vieja clase debe saber, pues, que sus enemigos —o aquellos de

[98] *Foreign Policy,* Invierno 1974-75, p. 118.

munistas» de Europa Occidental, también se enfrentan con el mismo destino. También ellas deben hacer frente a una Nueva Clase en ascenso de intelectuales e *intelligentsia.* En verdad, tal vez el conflicto en el Este entre la vieja y la nueva clase esté aún más avanzado que en Occidente. Pues en Europa Occidental, los funcionarios y burócratas del partido constituyen un obstáculo aún mayor para las ambiciones técnicas de la Nueva Clase que la vieja clase de capitalistas propietarios en Occidente. En el Este, el conflicto ya ha alcanzado proporciones de crisis que han provocado las medidas más represivas, incluso el uso masivo de armas y ejércitos en Checoslovaquia. La *intelligentsia* rusa puede convertirse nuevamente en un grupo distinto y disidente. Los burócratas del partido los encarcelan en campos de concentración, los arrojan a asilos para locos donde se los droga para lograr su sumisión vegetativa, los expulsan de sus trabajos, los mandan al exilio y los privan de la ciudadanía. Hasta ahora, la expresión suprema de la lucha entre la *intelligentsia* y los funcionarios del partido, sin embargo, ocurrió cuando los rusos enviaron brigadas de tanques a Checoslovaquia para sofocar la «primavera» checa inspirada en gran medida en los planes de la *intelligentsia.* En Oriente y en Occidente, la clase en el poder afronta un desafío común.

16.6. La base política de la *détente* en la U.R.S.S. es la alianza entre la facción centrista del P.C.U.S. (recientemente encabezada por Brezhnev) y la Nueva Clase soviética. La facción estalinista siempre ha recelado de la Nueva Clase, y ésta ha sido siempre su enemiga. Internamente, la facción centrista actual se opone a la restauración del estalinismo y a los «duros» (recientemente encabezados por Suslov). Los problemas de la economía soviética, dicen los duros, sólo pueden ser resueltos mediante el retorno a la disciplina, la austeridad y la coerción estalinistas. Los centristas, en cambio, creen que no se pueden levantar los límites sin un gran aumento en la productividad soviética. Pero los recursos de la U.R.S.S. han fracasado repetidamente en brindar este resultado, de modo que los jefes del centro político contemplan la expansión de la industria soviética mediante la intensificación de la importación de maquinaria de Occidente, sobre todo de los Estados Unidos. Pero, para lograr esto, en poco tiempo la U.R.S.S. y Europa Oriental han contraído una deuda fenomenal [99].

[99] Un análisis detallado de esta deuda se hallará en Ellen Brun y Jacques Hersh, «Paradoxes in the Political Economy of Détente», *Theory and Society,* mayo de 1978.

A diferencia de los líderes centristas del P.C.U.S., la Nueva Clase

EPILOGO

soviética con la que están aliados apoya la *détente* como manera de acelerar la industrialización y, de este modo, cumplir con las directivas de impulsar el crecimiento impuestas a ellos, crecimiento del que dependen sus carreras. La *détente* también brinda a los miembros de la Nueva Clase oportunidades para viajar a Occidente, estímulos culturales y artículos de lujo, muy codiciados por ellos. Lo que la Nueva Clase de la U.R.S.S. quiere se halla claramente prefigurado por los paseos de fin de semana cada vez más frecuentes de la Nueva Clase yugoslava a Grecia, donde visitan los lugares monumentales y se abastecen de objetos de lujo y de pantalones vaqueros, que se han convertido en el uniforme internacional de la Nueva Clase. En Europa Oriental, la *détente* es en parte una compensación que el P.C.U.S. arroja a la Nueva Clase para impedirle que siga el camino de la Primavera Checoslovaca. La *détente* y sus «beneficios complementarios» son un modo que tiene la fracción centrista del Partido Comunista de cooptar a la Nueva Clase [100].

16.7. Del lado norteamericano, la *détente* se basó en la escisión dentro del Partido Republicano. Esta escisión fue hecha pública en su convención de 1976, donde los sectores políticamente más atrasados y menos cultos se unieron al estandarte de Ronald Reagan. Este atrajo sobre todo a los pequeños hombres de negocios, granjeros y ganaderos intransigentes y anticomunistas, que son los más hostiles hacia los «melenudos» y «teóricos» de la Nueva Clase. La victoria de Gerald Ford contra Reagan significó la derrota final del anticomunismo de la Guerra Fría en el Partido Republicano por obra de los sectores de la vieja clase del capitalismo tardío en gran escala más aliados a la Nueva Clase y de muchos individuos de la misma Nueva Clase.

En el Este y el Oeste, la *détente* es un proyecto de la Nueva Clase. En ambas zonas, este proyecto se realiza de modo que, por el momento, mantiene la hegemonía de la vieja clase en Occidente y del Partido Comunista en el Este. Al mismo tiempo, las implicaciones económicas de la *détente* sólo pueden dar como resultado la intensificación a escala mundial del desarrollo y la competencia tecnológicos. A la larga, la *détente* acelerará el ascenso de la Nueva Clase y la decadencia de la vieja.

[100] Véase Alexander Yanov, *Détente After Brezhnev* (Berkeley, 1972).

Los moribundos tienen derecho a un momento de comprensión y autorreconocimiento. La vieja clase adinerada de Occidente puede descubrir que su más profunda afinidad histórica con la élite política del Este reside en que ambas fueron clases de transición. En el Este, el Partido de Vanguardia fue el equivalente comunista de la Reforma protestante; después de preparar el terreno para la Nueva Clase, se convierte (como el protestantismo) en un caparazón ideológico hueco.

El *Manifiesto Comunista* afirmaba que la historia de todas las sociedades que han existido hasta ahora era la historia de la lucha de clases: hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros gremiales y oficiales, y, luego, burguesía y proletariado. Pero en esta serie había una regularidad no explícita: los esclavos no sucedieron a los amos, los plebeyos no vencieron a los patricios, los siervos no derrocaron a los señores, los oficiales no triunfaron sobre los maestros. *La clase más baja nunca llegó al poder*. Tampoco parece probable que esto ocurra ahora.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Las tesis anteriores parten de una antigua tradición intelectual a la cual espero que contribuyan. Aunque la expresión «Nueva Clase» haya sido usada por vez primera por Mijail Bakunin, éste en realidad nació por la época en que las *ideas sustantivas* de las que aquí me ocupo fueron enunciadas primero por el gran socialista «utópico» Henri de Saint-Simon y sus seguidores. En vísperas de la revolución de 1789, Saint-Simon profetizó que en la sociedad futura la autoridad administrativa ya no se basaría en la coerción, la violencia o el privilegio hereditario, sino que reposaría cada vez más en la posesión de habilidades especializadas fundadas en el conocimiento «positivo». Sin embargo, Saint-Simon no distinguió claramente entre el capital dinerario y el llamado capital «humano», y fusionó ambos en la noción de una singular vanguardia de *industriels*.

Sus seguidores (como Enfantin y Bazard) abrazaron el socialismo porque creían que la propiedad privada de los medios de producción significaba que este recurso social podía ser heredado por incompetentes que podían derrocharlo, en lugar de ser controlado por los entendidos. Fue a estos primeros socialistas a quienes luego Karl Marx trató condescendientemente de «socialistas utópicos», porque su socialismo se desarrolló antes de la plena maduración del proletariado que pudiese ponerlo en práctica. Pero quizá sea mejor concebir a Marx como el último de los socialistas utópicos (en lugar del primero de los socialistas científicos), pues realizó su obra antes de la

maduración de la Nueva Clase a la que su socialismo representa en

Por mi parte, en estas tesis he tratado de clarificar *las condiciones en*

forma latente. Examinaré exhaustivamente esta aserción en un libro futuro, *Los dos marxismos*. Se hallarán materiales bibliográficos sobre Saint-Simon y el sansimonismo en Emile Durkheim, *Socialism and Saint-Simon (Le Socialisme)*, Yellow Springs, Ohio, 1958, edición a cargo de Alvin Gouldner, en particular pp. XXVIII-XXIX de mi introducción.

La tensión entre la propiedad y el conocimiento, claramente planteada por vez primera por los sansimonianos, fue luego desarrollada en el examen de Thorstein Veblen de la fisura entre los «negocios» y la «industria», entre los «capitanes de industria» impulsados por el deseo de beneficios, y los tecnólogos e ingenieros que, se lamentaba Veblen, eran usados «sólo en la medida en que sirven... al beneficio comercial... Para realizar su labor de la manera adecuada, estos... ingenieros y administradores deben tener libertad, no verse trabados por consideraciones y reservas comerciales...» (Thorstein Veblen, *Engineers and the Price System*, Nueva York, 1932). La obra reciente de Galbraith sobre la importancia de la tecno-estructura y la de Bell sobre la sociedad del conocimiento están en la tradición de Veblen, aunque ambos subestiman las tensiones entre el conocimiento y la propiedad. Véase, por ejemplo, Daniel Bell, *The Coming of Post-Industrial Society* (Nueva York, 1973) [hay edición castellana de Alianza Editorial, *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Madrid, 1976]; y John Galbraith, *The New Industrial State* (Boston, 1967) [trad. castellana, *El nuevo estado industrial*, Barcelona, 1967], donde sostiene que «el poder, de hecho, ha pasado a... la asociación de hombres con conocimiento, experiencia y otros talentos técnicos diversos que exige la moderna tecnología y planificación industrial» (pp. 58-59). Son ellos, afirma Galbraith, no la administración, quienes constituyen «la inteligencia rectora —el cerebro— de la empresa» (p. 71). Bell, por su parte, pone de relieve la gran expansión de la *intelligentsia* técnica, señala que su tasa de crecimiento es dos o tres veces mayor que la del conjunto de la fuerza de trabajo y subraya la creciente importancia del conocimiento teórico para la dirección de la sociedad moderna.

Bell considera que la Nueva Clase está formada por cuatro «estados»: el científico, el tecnológico, el administrativo y el cultural; aunque ligados por un *ethos* común, carecen de un interés intrínseco común, como no sea el saber. Para Bell, está sin resolver la cuestión de si la Nueva Clase puede convertirse en una sola clase coherente de la sociedad, y sobre *esta* cuestión, comparto su posición no doctrinaria.

que la Nueva Clase se alienaría en mayor o menor grado con respecto a las élites más viejas y las instituciones establecidas, y por ende se unificaría, en lugar de afirmar simplemente la inevitabilidad de esta alienación o de tal unificación.

A mitad de camino entre Veblen y Bell-Galbraith estaba, por supuesto, la obra clásica de Adolph A. Berle, hijo, y Gardner C. Means, *The Modern Corporation and Private Property* (Nueva York, 1932), y la posterior de Berle, *Power Without Property* (Nueva York, 1959). Berle y Means sostenían que la mayoría de las 200 corporaciones más importantes eran controladas por los administradores, no por los propietarios. Posteriormente, R. A. Gordon reforzó esta afirmación con un estudio en el que sostenía que «la gran mayoría de los accionistas han sido despojados del control sobre su propiedad a causa de la difusión de ésta y del crecimiento del poder de la administración» (R. A. Gordon, *Business Leadership in the Large Corporations*, Berkeley, 1966, p. 250). La crítica de Maurice Zeitlin de esta tradición erudita es importante, y la citamos y examinamos.

La contribución de James Burnham a esta tradición intelectual consiste principalmente en haber señalado el *común* carácter gerencial y administrativo del capitalismo tardío y el socialismo de Estado soviético, con lo cual elaboró una versión de la hipótesis de la convergencia para la sociedad industrial moderna análoga a la formulada antes por la teoría de la burocracia de Max Weber. (Weber afirmó que «no era la dictadura del proletariado, sino la del funcionario, lo que se estaba gestando».) Véase James B. Burnham, *The Managerial Revolution* (Nueva York, 1941). De hecho, este estudio fue la despedida de Burnham de su anterior trotskismo, el cual seguía afirmando que la U.R.S.S. era un Estado obrero esencialmente diferente de una sociedad capitalista, aunque «degenerado». Para la argumentación que presento, sin embargo, es fundamental que *no* se reduzca la Nueva Clase a la burocracia, aunque esté complejamente entrelazada y tenga afinidades, socialmente, con ella.

George Orwell ha escrito un lúcido artículo sobre el tema «James Burnham y la Revolución de los Gerentes», en el que hace los siguientes comentarios penetrantes: «Si se examina la gente que tiene alguna idea de lo que es el régimen ruso y es firmemente rusófila, se descubre que, en conjunto, pertenecen a la clase de los 'gerentes' de que habla Burnham. Es decir, no son 'gerentes' en el sentido estricto, sino científicos, técnicos, maestros, periodistas, locutores, burócratas y políticos profesionales: en general, gente media que se siente obstaculi-

zada por un sistema que es, en parte, aristocrático, y está sedienta de

la fuerza de trabajo se ha hecho cada vez más cualificada y, por ende,

más poder y más prestigio. Esta gente mira la U.R.S.S. y ve en ella, o cree ver, un sistema que elimina a la clase superior, mantiene a la clase obrera en su lugar y entrega un poder ilimitado a personas muy similares a ella. Sólo después de que el régimen soviético se hiciera inconfundiblemente totalitario, los intelectuales ingleses comenzaron, en gran número, a interesarse por él. Aunque la *intelligentsia* rusófila inglesa lo repudiaría, Burnham, en realidad, expresa su deseo secreto: el de destruir la vieja versión igualitaria del socialismo y establecer una sociedad jerárquica en la que el intelectual pueda finalmente empuñar el látigo.» Véase George Orwell, *Collected Essays, Journalism and Letters*, vol. 4 (Harmendsworth, 1968).

Weber escribió su obra antes de la plena cientificación de la burocracia moderna y se centró en su *unidad*. Yo, en cambio, he recalcado aquí y en otros escritos las tensiones y diferencias entre los códigos lingüísticos usados por los burócratas y por la *intelligentsia* (por no hablar de los intelectuales). Para la posición de Weber véase su escrito «Der Sozialismus», *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Socialpolitik* (Tubinga, 1924), y su teoría sobre la autoridad, de la que sólo es parte la burocracia, en H. H. Gerth y C. Wright Mills, recs., *From Max Weber: Essays in Sociology*, Nueva York, 1946, especialmente el capítulo 8. [Trad. castellana: *Ensayos de sociología contemporánea*, Barcelona, 1972.]

Otras dos contribuciones importantes relacionadas con el proyecto de la Nueva Clase son la de André Gorz, *Strategy for Labor* (Boston, 1967), y la de Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capitalism* (Nueva York, 1974). Gorz se asemeja a Veblen en su énfasis en la tensión entre los intereses «creadores» de la nueva clase trabajadora y las condiciones limitadas por el beneficio en las cuales trabaja. Mi opinión converge con la suya cuando señala que la nueva clase (trabajadora), interesada en su labor no menos que en sus ingresos, tratará de lograr la autogestión. Gorz subraya la contradicción entre su control del proceso productivo y su servidumbre ante la vieja clase adinerada; éste es el mecanismo central con el que explica la alienación actual de la Nueva Clase. Mi propia explicación de ella (Tesis XI y siguientes), en cambio, se basa en cinco elementos, de los cuales sólo uno, que llamo obstrucción de los intereses técnicos, coincide con el de Gorz. Para otras opiniones convergentes con la de Gorz, véase también Serge Mallet, *Essays on the New Working Class* (St. Louis, 1975).

Braverman argumenta vigorosamente contra el supuesto de que que el trabajador educado tiene ahora mayor importancia estratégica. Sostiene que la creciente especialización supone la destrucción de habilidades y, por consiguiente el debilitamiento de su posición en el mercado de trabajo; afirma que el crecimiento de la Nueva Clase a menudo sólo es una continuación de la creciente especialización técnica; por tanto, no constituye un grupo diferente de la «vieja clase obrera». Si bien queda en pie la cuestión de hasta qué punto las categorías superiores de trabajo implican necesariamente habilidades mayores, una argumentación formal y abstracta que haga resaltar el desarrollo de la especialización técnica no demuestra por sí misma que el grado de habilidad media que requieren los trabajos haya permanecido igual o disminuido; en verdad, la especialización *puede* incrementar el conocimiento y las habilidades acumulativos. Algunas especializaciones son estáticas en cuanto a las habilidades y el conocimiento que requieren; otras, permiten su desarrollo acumulativo. De todos modos, la posición de Braverman es una crítica del supuesto de que la influencia de la Nueva Clase procede de su *significación funcional*. Puesto que, según él, hay pocos trabajadores con habilidades destacadas, son pocos los que se hallan estratégicamente situados para ejercer una presión efectiva en la persecución de sus propios intereses y valores.

Por mi parte, en cambio, *no* supongo que la influencia de la Nueva Clase (o de cualquier clase) proviene sólo de su importancia funcional, aunque es un factor de ella. En la lucha de clases, la influencia de una clase es siempre función de la fuerza o debilidad crecientes de otros con los que compite, y no puede ser estimada fuera del contexto total de las clases. La importancia funcional de la Nueva Clase, pues, no debe ser evaluada aparte de la de otras clases. Al estimar los efectos de la creciente especialización sobre la Nueva Clase, por tanto, debemos también sopesar la significación funcional cambiante de la *vieja* clase adinerada, y si ella también no está sufriendo una creciente división del trabajo que hace ineficaces a sus propios miembros. El argumento de la significación funcional es un arma de doble filo.

Lo que se ha producido es el creciente desarrollo del sistema socioeconómico *como sistema*, esto es, la creciente dependencia mutua de *todas* sus partes. Ha habido un aumento de la mera «sistemidad» social. Esto significa que todas las partes dependen cada vez más de otras, deben tomarlas en cuenta en forma creciente, y cada una dispone de un poder declinante para alcanzar sus fines, de modo que todas pueden sufrir una creciente alienación. Al mismo tiempo, se plantea

la cuestión del grado en que cada clase es, *con respecto a la otra,* funcionalmente dependiente, y no debe suponerse que todas las clases

chajski podrá encontrarse en mi artículo «Prologue to a Theory of Revolutionary Intellectuals», *Telos*, 26 (Invierno 1975-76), en especial

funcionalmente dependiente, y no debe suponerse que todas las clases dependen *por igual* del sistema existente. Algunas, como la vieja clase adinerada, no pueden sobrevivir a la muerte del capitalismo tardío; otras, como la Nueva Clase, poseen evidentemente más autonomía funcional y tienen ante sí un futuro histórico independiente de él. La Nueva Clase puede permitirse ser paciente. Sobre mi examen sistemático de la noción de autonomía-dependencia funcional y su relación con el poder, véase A. W. Gouldner, «Reciprocity and Autonomy in Functional Theory», en L. Z. Gross, rec., *Symposium on Sociological Theory* (Nueva York, 1959). [Hay trad. cast.: «Reciprocidad y autonomía en la teoría funcionalista», en A. W. Gouldner, *La sociología actual: renovación y crítica*, Alianza Ed., Madrid, 1979.] Lo fundamental es que no se debe considerar la influencia de la Nueva Clase como dependiente sólo de su significación funcional. Depende en *parte* (pero sólo en parte) de ésta, depende en parte de su posesión de los requisitos socialmente especificados de cargos privilegiados como los de la educación, de su autonomía funcional relativa, de su habilidad para la acción política y su capacidad de movilizarse a sí misma y a otros, de su cantidad y la de sus aliados, de su voluntad de poder y, muy decisivamente, de *la situación de las otras clases* con las que compite. La sucesión de clases no se produce cuando una clase ha derrotado a otra, sino sólo cuando la *reemplaza*. La cuestión es quién es el heredero, no simplemente quién es el vencedor. El futuro de la Nueva Clase, pues, no depende sólo de su significación técnica; ésta es una concepción «economicista» de la lucha de clases. En cambio, el futuro de la Nueva Clase también depende mucho de su habilidad política, razón por la cual he vinculado su examen con la «vanguardia» problemática.

Una de las corrientes más importantes en el estudio de la Nueva Clase como fenómeno histórico mundial se centra en su importancia creciente en la Unión Soviética. Esa corriente se inició casi al comienzo de la Revolución Soviética, con la obra de Waclaw Machajski (1866-1926), un revolucionario ruso de origen polaco claramente influido por la oscura visión de Bakunin de la Nueva Clase, quien argüía que, pese a todas sus protestas proletarias, el socialismo era la ideología de la naciente clase media de los intelectuales y la *intelligentsia* técnica. Algunos de los escritos de Machajski han sido traducidos y publicados en V. F. Calverton, *The Making of Society* (Nueva York, 1937). Su bibliografía polaca puede hallarse en M. Nomad, *Rebels and Renegades* (Nueva York, 1932). Mi crítica de Ma-

Revolutionary Intellectuals», *Telos*, 26 (invierno 1975-76), en especial en pp. 29 y ss. Machajski ha tenido gran influencia sobre los importantes escritos políticos de Harold D. Lasswell.

El posterior examen de la Nueva Clase en la U.R.S.S. fue intensamente elaborado en las obras de León Trotsky, *Stalinism and Bolshevism* (Nueva York, 1937), y *The Revolution Betrayed* (Nueva York, 1937). [Traducción castellana: *La revolución traicionada*, Barcelona, 1976.] Al parecer, la preocupación de Nicolai Bujarin por la Nueva Clase en la U.R.S.S. surgió aún antes. Véase Stephen F. Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution* (Nueva York, 1973), pp. 142 y ss. [Traducción castellana: *Bujarin y el bujarinismo*, Madrid, 1976.] Cf. Charles Bettelheim, *Les Luttes de Classes en URSS, Deuxième Periode*, 1922-1930 (París, 1976). [Traducción castellana: *Las luchas de clases en la URSS. Segundo período*, Madrid, 1978.] Véase también Tony Cliff, *State Capitalism in Russia* (Londres, 1974); M. Yvon, *What Has Become of the Russian Revolution?* (Nueva York, 1937); Peter Meyer, «The Soviet Union, A Class Society», *Politics*, marzo-abril de 1974; Adam Kaufman, «Who Are the Rulers in Russia?», *Dissent*, Primavera de 1954; y Milovan Djilas, *The New Class* (Nueva York, 1957). Louis Althusser ha argüido, con poco fundamento, que el estalinismo puede ser entendido como un torpe ataque a la Nueva Clase. Véase Louis Althusser, *Essays in Self-Criticism* (Londres, 1976). [Trad. castellana: *Elementos de Autocrítica*, Barcelona, 1975.] Uno de los mejores estudios sobre el uso de la educación superior para la reproducción de la *intelligentsia* soviética es el de Richard Dobson, «Social Status and Inequality of Acces to Higher Education in the USSR», en J. Karabel y A. H. Halsey, recs., *Power and Ideology in Education* (Nueva York, 1977). El más penetrante estudio *comparativo* de la *intelligentsia* de la U.R.S.S. con la del capitalismo tardío occidental es el de Frank Parkin, quien concluye que «en la sociedad socialista los antagonismos fundamentales que ocurren en el nivel social son los que se producen entre el Partido y la burocracia estatal, de una parte, y la *intelligentsia*, de la otra». Parkin observa agudamente que, como la *intelligentsia* occidental no se enfrenta con adversarios tan tajantemente definidos como en el Este, es más probable que se acomode a la situación. Véase Frank Parkin, «System Contradiction and Political Education», en T. R. Burns y W. Buckely, *Power and Control: Social Structures and Their Transformation* (Beverly Hills, 1976). Véase también F. Parkin, *Class Inequality and Political Order* (Londres, 1971). Para una crítica de Parkin, véase el artículo

siguiente del volumen de Burns y Buckely, redactado por Russell Hardin, «Stability of Statist Regimes». Se hallarán también análisis

Les chiens de garde (París, 1932) [trad. castellana: *Los perros guardianes*, Madrid, 1975]; Pierre Belville, *Une nouvelle classe ouvrière*

y datos sobre la *intelligentsia* de otros países de Europa Oriental en T. A. Daylis, «The New Economic System: The Role of the Technocrats in the DDR», *Survey*, LXI, 1966; Radovan Richta, *Civilization at the Crossroads: Social and Human Implications of the Scientific and Technological Revolution* (Praga, 1967); [trad. castellana: *La civilización en la encrucijada*, Madrid, 1974]; Ota Sik, *Plan and Market Under Socialism* (Praga, 1966). El libro de Anthony Giddens, *The Class Structure of the Advanced Societies* contiene muchas penetrantes reflexiones sobre la *intelligentsia* del Este Europeo. [Trad. castellana en Alianza Editorial: *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, 1979.] Otros estudios, de los muchos que pueden consultarse sobre la *intelligentsia* soviética, son: Albert Parry, *The New Class Divided* (Nueva York, 1966); G. Churchward, *The Soviet Intelligentsia* (Londres, 1973) [trad. castellana: *La intelligentsia soviética*, Madrid, 1976]; Andras Hegedus, *Socialism and Bureaucracy* (Nueva York, 1976); Serge Mallet, «Bureaucracy and Technocracy in Socialist Countries», *Socialist Revolution*, mayo-junio de 1970.

La literatura sobre la Nueva Clase y temas asociados a ella es, desde luego, enorme, y aquí sólo podemos mencionarla brevemente. En Estados Unidos, son bien conocidas las importantes contribuciones de C. Wright Mills, Edward Shils, S. M. Lipset, Stanley Aronowitz y David Bazelon. Un estudio anterior, hoy olvidado, que me hizo interesarme por primera vez en este problema, es el de Lewis Corey, *The Crisis of the Middle Class* (Nueva York, 1935).

La contribución francesa a este problema ha sido sumamente importante. Aparte de los estudios ya mencionados, uno de los más estimulantes es el de Pierre Bourdieu, *Reproduction in Education, Society and Culture* (Beverly Hills, 1977); véase también Alain Touraine, *Post-Industrial Society* (Nueva York, 1971) [trad. castellana: *La sociedad post-industrial*, Barcelona, 1970]; y *La conscience ouvrière* (París, 1966). De similar interés son las obras de Cornelis Castoriadis, *La société bureaucratique* (París, 1973), [trad. castellana: *La sociedad burocrática*, Barcelona, 1976], y de Claude Lefort, *Eléments d'une critique de la bureaucratie* (Ginebra, 1971). Estos son sólo los más recientes de una larga serie de importantes estudios franceses, entre ellos: Julien Benda, *La trahison des clercs* (París, 1927); Louis Bodin, *Les intellectuels* (París, 1962); Pierre Naville, *Les intellectuels et la revolution* (París, 1927); Paul Nizan, (París, 1963).

Se encontrará una extraordinaria polémica contra los intelectuales y, en particular, los sociólogos, como los genios malos explotadores del período moderno, en Helmut Schelsky, *Die Arbeit tun die Anderen: Klassenkampf und Priesterherrschaft der Intellectuellen* (Opladen, 1975). Schelsky es interesante porque (a diferencia de Noam Chomsky, que cree que los intelectuales son «malos» y débiles) piensa que son malos y *poderosos*. (Sobre las implicaciones más detalladas de esta concepción, véase mi Introducción a este ensayo.)

La posición de Irving Kristol es analíticamente similar a la de Schelsky, ya que también él juzga a la Nueva Clase poderosa-y-mala, particularmente por su oposición al «mercado libre» y su tendencia a una economía planificada. Así, Kristol sostiene que la Nueva Clase «son los medios de comunicación e información. Son el sistema educacional» y como «resultado de los desarrollos tecnológicos, económicos y sociales, este grupo se ha vuelto terriblemente influyente». Si bien la Nueva Clase ha buscado tradicionalmente el poder mediante la persuasión y la educación, sostiene, ahora trata de imponerse «mediante una legislación que le permite decir a la gente lo que tiene que hacer...» y está «dispuesta a sacrificar la libertad para alcanzar» sus fines. La posición de Kristol omite el examen del creciente poder de la Nueva Clase en el sector privado, ignorando la alienación de amplios sectores propietarios por la Nueva Clase gerencial en el mismo sector privado. Así, crea la errónea impresión de que la Nueva Clase es solamente un fenómeno del sector público: «como grupo, se los encontrará en el muy vasto y creciente sector público». Kristol tampoco toma en consideración el hecho de que ciertas partes dominantes del sector privado, las grandes corporaciones, tienen tendencias monopolistas a socavar ese «mercado libre» que, según arguye, es subvertido por la Nueva Clase. Kristol procede como si el crecimiento del capitalismo estatal se produjera a espaldas y contra los deseos e intereses del sector privado; de hecho, éste presenta todo género de iniciativas para que el gobierno proteja sus intereses, subsidie la investigación y el desarrollo, de los que la industria depende en forma creciente, y utilice el Departamento de Defensa como importante mercado para sus productos. Kristol se sorprende de que el mundo de los negocios no adopte una postura agresiva hacia el gobierno y, en verdad, ni «siquiera se indigne cuando algunos políticos les lanzan

improperios». La defensa de Kristol del sistema de mercado libre contra las incursiones de la Nueva Clase sería más convincente si no hubiera sido publicado en *Exxon, USA* (Tercer Trimestre de 1975).

Cf. Irving Kristol, *Two Cheers for Capitalism* (Nueva York, 1978).

De mis trabajos recientes, los que guardan mayor relación con este ensayo son: *The Dialectic of Ideology and Tecnology* (Nueva York, 1976) [edición castellana publicada por Alianza Editorial: *La dialéctica de la ideología y la tecnología,* Madrid, 1978], y «Prologue to a Theory of Revolutionary Intellectuals», *Telos,* Invierno de 1975-76.

